DEJAME IMAGINAR QUE

NO EXISTE EL PASADO

Seudónimo
ROMEL

A Laura

La palabra pertenece por mitad
a quien habla y a quien escucha…

Montaigne

INDICE

Hacia el vacío.....4

Habitación 325.....11

Aturdida y desvelada.....18

Insistencia inútil.....25

Don Raúl.....34

La Silla.....46

Doña Amalia.....57

Hombre y mujer.....69

Dicho con amor.....80

Edgar.....92

Rosario.....97

La entrega.....102

Hacia el vacío

La habitación era pequeña, pero suficiente. Una cama tipo matrimonial con una colcha de colores obscuros, donde se dibujaban flores con toda la apariencia de haber sido bordadas a mano. Un baño con regadera y tina. Un espejo empotrado en la pared trasera de la puerta y otro más justo arriba del lavabo de tamaño breve. Más allá, entre la extensión del baño y el pasillo principal de la habitación, se ubicaba una pequeña mesa avecindada de una silla con respaldo de tela acojinada. El lugar era agradable, en cierto modo confortable.

Qué bueno que ya estoy aquí. Es horrible sentir como el sudor recorre la anatomía de mi cuerpo, sin que se le escape un escondrijo, hasta el más secreto. Parece un castigo de dios todo esto. Qué tortura caminar por las calles bajo este calorón. Algún designio divino, un mandato celestial los envía. La gente dice que todo lo que hacemos en vida debemos pagarlo, antes de abandonar este mundillo de ratas dejando las cuentas saldadas con el pasado vivido, para que te puedas ir tranquila al reposo, en ese limbo celestial, si es que ello existe en algún sitio, pronto lo sabré. Por ahora me siento fatal. Los jaiboles de anoche me están haciendo añicos la cabeza, los recuerdos malditos me envuelven en una presión asfixiante, sumado a esta infernal temperatura veraniega regiomontana. Dicen que así es siempre en la canícula, termina la temporada de lluvias y el bochorno irrumpe en el medio ambiente, para sofocar hasta el más fresco retoño.

Ya no aguantaba esta mugrosa maleta— me quedé mirándola fijamente para descargar en ella mi enfado —, carajo, cómo pesa. Debí venirme como dios me trajo al mundo, sin nada. Al fin y al cabo regresaré igual, sin nada. Hasta para morir tengo que cargar con el costal de mis recuerdos. Y es que ya no soportaba a esa vieja rabiosa de la casa de huéspedes. Me traía frita con todos sus chismes y enredos. Preguntas y más preguntas, vieja imbécil, como si yo fuera la única persona en el mundo que carga con semejantes crucigramas sin resolver; pero ni modo, tenía que ponerle un remedio a esos días en que me echaron de casa.

— ¡Papá cómo te necesito! Me siento tan vacía, inútil, estúpida sin ti; pero no podía seguir en casa —. Seguí aconsejándome mientras daba vueltas alrededor de la habitación —. Debo confesar que preferiría estar contigo a pesar de los pesares pero ahora no quiero pronunciar tu apellido y no es

que haya renunciado a él. Simplemente, estoy confundida y desorientada, no atino a pensar claramente. La flor se marchitó antes de tiempo, no dio el fruto que esperabas. Cuando ya no te vi, me asomé a la ventana esperando ver la primavera; de pronto me encontré en el ojo de un huracán, después de muchos años de sentirme segura, tantos, bajo tu protección.

Me fui al baño y me quité el vestido que traía, era de una sola pieza, me fue fácil hacerlo desabotonando todo el frente del mismo. Me estorbaba por caliente. Era de fibra sintética, en esta región aconsejan utilizar ropa de algodón, los regios dicen que el algodón absorbe eficientemente la sudoración del cuerpo y su comportamiento es térmico, en una palabra, facilita la transpiración. Me sentí mucho muy aliviada y fresca, los cuarenta y cinco grados centígrados sentidos en la calle se olvidan cuando te encuentras en un área acondicionadamente fresca. Me paré frente al espejo, estaba demacrada, ojerosa, con la piel ceniza, las mejillas infladas del calor tan intenso, aún me corrían los hilillos de sudor por el cuello que se desprendían gota a gota de la cabellera abundante ondulada y negra. Saqué del bolso mi lápiz labial, el rubor, mi juego de pinturas y el cepillo del cabello, menjurjes propios de las mujeres. Me acicalé, con severo desprecio. Eché fuera del bolso la toalla desechable, un elemento femenino que nunca estaré conforme de cargar, por todo lo que implica en nosotras las mujeres; pero que es parte imprescindible de mi naturaleza, desgraciadamente. ¡Caramba por qué no fui hombre! Ellos sólo sacuden su miembro para escurrirse. Acerqué mi rostro al espejo, para ser precisa, en la aplicación del color en los labios, no quería hallarme desdibujada. Procuré la raya de los ojos con ligero esmero marcándolos con negro, como la sombra de mis quebrantos, un poco de rubor sobre las mejillas y nariz; y por último casi me vacié el perfume francés, que recientemente había comprado en un almacén que ofrece mercancía fina.
A veces alcanzaba a escuchar el ruido de los motores de camiones urbanos — cuya misión siempre ha estado degradada por miles de problemas que sufren los usuarios — que pasaban cerca de la avenida y eso me recordaba en que lugar estaba, esperando la hora cero. No puse música, tampoco la televisión, no quería ruido, quería estar conmigo misma. Beber la última porción de mis angustias, en absoluto masoquismo, absorbente pero en silencio. Sin influencias externas y extranjeras que alejaran mi propósito. Ya tenía muchos días y noches que el dolor ocupaba las primeras letras de mi abecedario y los brazos me pesaban como dos mazos que colgaban de mis hombros, a fuerza de seguir sosteniéndolos. Quería terminar con todo.

Inútil sería prolongar esta situación, que solo me acarreaba fuertes dolores de cabeza. El único que reconocerá mi cuerpo y además quiero que lo haga, es Edgar. Aunque no sabe que estoy aquí, en su tierra postiza como él le llama, nunca se le quitará el orgullo que siente por ser potosino. Siempre tan cariñoso y afable conmigo. El amigo leal, inquebrantable, fiel, de aquellos amigos que ya no hay. Volví a meter la mano al bolso y saqué la navaja tan filosa con la que mi padre se afeitaba a diario. Era tan experto haciéndolo, que me tenía absorta cuando por las mañanas la manipulaba ligero, para subirla y bajarla, una y otra vez, con educado adiestramiento desde la patilla hasta su barbilla blanca, puntiaguda y afilada. El se regocijaba cuando yo lo miraba, sabía que me gustaba verlo, de eso estoy segura, era una especie de vibración que se transmitía en ambos sentidos. Me atraía con la penetración de su mirada, con aquellos ojos que se hundían en el rostro ajado pero blanco igual que sus canas, y así terminaba de usar su navaja. Al terminar su diaria tarea me levantaba con sus brazos largos y me subía hasta él, para tronarme un beso en las sienes; pero cuando crecí su caricia se perdió en otros mares sin playa conocida y extrañé hasta lo indecible su rasgo cariñoso y mañanero.

Al crecer y dejar de ser niña se convirtió en un padre adusto y hostil, con mirada penetrante, reservada. Al hablarme su palabra era seca y filosa, sin brillo, sin ternura. Adoptó su papel de gobernante supremo, cuyo mandato llegó a ser dogma hasta el último día en que pisó la tierra, con sus dos ancas casi tiesas pero largas como zancudo. Aunque, no he de negarlo, me gustó su papel de jefe. Como dicen, de comandante en jefe. Hablaba fuerte, claro, seguro y al punto. Mis hermanos y yo lo seguimos como la doctrina dominguera, al pie de la letra, sin hacer aspavientos, aún y cuando la adolescencia ya devenía en la madurez de algunos de nosotros, casi nunca nos atrevimos a señalarle alguna inconveniencia de nuestra parte; pero mi madre si, con mucha frecuencia. Se inconformaba a través de sus gestos de reprobación o con sarcasmos evidentes, a la luz de todos nosotros. Respondía enojada, a gritos, iracunda a todo lo que mi padre ordenaba. Fundamentalmente cuando la reprimenda cambiaba una costumbre entre sus hijos. Mi madre le había perdido el respeto, la confianza y el temor, atreviéndose a decirle, “cállate, estas viejo”. Recuerda que vienes del metate, del molcajete y los tepalcates y de eso hace ya 80 años; los chiquihuites y los huipiles forjaron tu adolescencia, ahora deja a mis hijos en paz y que crezcan con su tiempo, y no con tu pasado vetusto.

Pues bien, aquí y ahora, así lo figuro. En este momento junto al espejo, mirándolo, contemplándolo del modo en como mi padre se

acicalaba el cabello cano, así me veo hoy. Con la misma vejez por dentro; pero investida en esta piel joven que no ha servido más que para hacer gozar a tantos pendejos que quisieron llevarme a la cama, porque según ellos, estoy muy buena. ¡Qué estúpida me siento reviviendo este tipo de recuerdos! Háblame espejito, califica mi paso por esta tierra de inconscientes. Hazme saber cuáles son las mayores idioteces de mi vida, para viajar a la eternidad con esas verdades. No te preocupes, el filo de esta navaja en un instante más, acallará mis quebrantos. Se que me iré rápido sintiendo cómo la vida se escurrirá desde mis venas cayendo al piso, donde mis pies como serpientes han ido zigzagueando esta méndiga suerte. Mi familia se enterará de este gran dolor y estoy segura de que se arrepentirán de haberme echado sobre la espalda un manojo de maldiciones. Como dicen, nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. Para entonces, no seré yo quien les de una explicación de mis razones por acabar con mi existencia.

Me acomodé en la cama, mucho más fresca. Sin sudor entre mis piernas y comencé a rezar un padre nuestro seguidas de dos aves marías — aprendizaje paternal nunca olvidado —. Mi padre había sido muy devoto. No se perdía una misa cada domingo. Asistía al único templo en su natal Juan Aldama, uniéndose al peregrinaje y número de feligreses que era numeroso. Nos contaba que ir al santuario era como dar un paseo, una vuelta a la plaza, sentarse en las bancas soleadas a la orilla de los pinos crecidos, después de haber oído al sacerdote decir su sermón acostumbrado en el púlpito elevado. Hijos míos, habéis pecado, bla, bla, bla, sin razón y sin reserva, de castigo a vos les impongo rezar un montón de padres nuestros y un chorro de aves marías. Nunca recordó haber cumplido con la penitencia a cabalidad. Pero en fin, había que escuchar al padrecito atentamente resignado.

Recargué mi cabeza en las almohadas que monté una sobre de la otra, poniendo la navaja abierta sobre el mueble que amparaba la lámpara a un lado de la cama, quedando mis ojos de frente a la televisión, sin que pensara un momento en encenderla. Sin embargo, me hizo recordar de pronto el día en que llegó a la casa la primera televisión. Fue la maravilla del siglo. El mayor acontecimiento familiar. Ver las caricaturas de Tom y Jerry; El Gato con botas; del Super-Ratón; las aventuras de Lassie y Rin Tin Tin, dos perros héroes de mil batallas que siempre las ganaban todas. Y qué decir del cuento dominguero de Enrique Alonso que llenó de fábulas hermosas mis ilusiones juveniles; pero ocasionó que entre los hermanos nacieran otras batallas campales por cambiarle de canal, o porque alguno

opinaba distinto a los demás y en eso llegaba mi madre y nos ponía quietos al instante.

Agarré el auricular y empecé a marcar el número telefónico de la casa de Edgar. Sabía que me estaba esperando. Le había mencionado previamente que estaría en Monterrey, aunque no le aseguré el número de vuelo ni aerolínea, porque no deseaba ser recibida por nadie en el aeropuerto. Simplemente quería realizar mis cosas sola, enteramente sola, al fin y al cabo le había dicho que esperara mí llamado, para vernos pasado el medio día.

— ¡Edgar, qué bueno que te encuentro! ¿Cómo estas? — le dije a secas al tiempo que agradecía en mis adentros que estuviera fiel esperándome, como siempre. Fue un alivio corroborar su lealtad. En verdad, deseaba platicar con él.

— ¡Hola mi reina linda! He estado esperando tu llamada ¿Donde estas?, ¿de dónde me llamas? ¿Estás aquí o me hablas todavía desde la ciudad de México? —. Me dijo amable y cariñoso como cada vez que hablábamos por teléfono desde larga distancia. Él me amaba, yo lo sabía. Haría cualquier cosa por mí. Lo sé. Desafortunadamente Edgar ha tenido la mala costumbre desde que lo conozco, de ser un hombre muy formal, serio, severo, circunspecto, correctísimo. Se nota de inmediato que me lleva diez años de edad. Potosino de siempre, lo lleva en el alma, nunca ha renunciado a su terruño querido. Sus conversaciones siempre resultan muy interesantes y amenas, nunca me aburro con él. Será por eso que lo veo como si fuera mi hermano mayor. Él es cuerdo, congruente, coherente. Seguro como un reloj fabril. Tiene la rara virtud de que todo lo que emprende, invariablemente le sale bien, conserva una idea fija de sus metas. Es perseverante con ellas hasta que cumple con sus expectativas. Yo en cambio soy tan opuesta a su ventura, que en ocasiones me hace sentir más desdichada de lo que soy. Me pregunto si alguna vez él se da cuenta, de lo que me provoca el platicar con él.

—Aquí estoy, en Monterrey —le dije sin emoción —. Estoy esperando que el reloj haga su trabajo y marque la hora final de mi destino.

—¿Por qué tan dramática Rosario, de que hablas? Te oyes tan deprimida. Habla más fuerte que no te escucho bien. Dime con quien estás o en que lugar te encuentras, para ir por ti.

Lo escuché perfectamente bien desde mi aposento alquilado, a media luz, sólo con una lámpara encendida que ilumina mi rostro descompuesto por las ojeras de la desvelada. Recordé que así pasamos

nuestra infancia en casa, en las sombras. Con un foco encendido aquí y otro por allá, según las indicaciones celosas de quien la pagaba.

—Estoy muy cerca de ti —respondí —tan cerca que en cinco minutos podrías darme alcance.

Comencé a llorar. Me di cuenta porque él lo notó primero que yo. Las mujeres tenemos el desdichado hábito de mostrar nuestras debilidades fácilmente a través de las lagrimas, los hombres dicen que es una actitud innoble, donde predomina el chantaje. Pobres ilusos, hay veces se les oye decir tales idioteces que es preferible callar, aunque en ocasiones como ésta, mi llanto es una manifestación espontanea y sincera tan cercana al miedo y a la desesperación.

—¿Por qué lloras, qué te pasa? — Dime mi amor, cuéntame ¿Por qué estás tan triste? — guardé silencio, mirando la pared que tenía frente a mí.

—Cuando me hablaste desde la capital —prosiguió —me comentaste que algo muy grave te había ocurrido. Por favor, te suplico que me digas qué fue lo que sucedió.

Y comenzó mi perorata. Las sombras han cubierto mi esperanza, una tormenta sin pronóstico llena de desgracia e infortunios interrumpió con torrenciales huracanes la paz que yo, tu Chayo, amada ostentada —le dije, después de unos segundos —, tu reina consentida, se convirtió de forma irremediable en una esclava condenada a prisión perpetua. Estoy hecha pedazos por los imprevistos leñazos que me han orillado a un vacío sin fondo. Escúchame bien. Mi partida es cuestión de segundos que me acompañarás a contar. No estoy drogada, no te espantes. Nunca he estado inclinada por esa conducta reprochable, aunque me siento como tal, sin haber probado alguna vez esa maldita yerba. Me encuentro suspendida, en una especie de levitación permanente desde entonces, sin tocar el piso por donde camino, sin darme cuenta si avanzo o retrocedo. La brújula de mis sentidos ha perdido el norte. El faro que amparaba mi embarcación, ciega con su oscuridad, mi puerto esperado. He llorado noches enteras por haber dejado ir todo lo que tuve, o lo que pensé que era mío y al final de cuentas, quedé con cero en mi haber. El amor que yo tenía por la vida hasta hace unos días y que lo disfrutaba como la regidora de un paraíso sin igual, ha dejado una huella amarga detrás de mi sombra. Hoy y ahora, me encuentro en un hotel cerca de ti, tiritando del miedo por seguir mal viviendo, quiero escapar adonde no halle este quebranto que me tuerce el cuello sin poder tragar saliva, porque a pesar de todo no he curado mi dolor con esta congoja desdoblada y mucho menos he subsanado o

resarcido la angustia tan grande que controla la madeja de mis pensamientos.

—Espera, ¿Qué es lo que estoy oyendo? Te conozco hace bastantes años y nunca te había escuchado tan dolida ¿A qué inmensa frustración te refieres que yo no pueda encontrarte consuelo? ¿Qué es lo que tu sabes y yo no sé?

—Me voy Edgar —contesté de inmediato —. Te estoy dejando para siempre, quería despedirme de ti. Viajar hasta aquí para morir parece estúpido, aunque son mis deseos últimos. Se que tu me darás cristiana sepultura. Mi sangre viscosa caerá caliente, en la alfombra donde se coagulará mi pasado transformando mi cuerpo en mera piltrafa. Estoy en un hotel que no recuerdo cómo se llama y al que no he puesto la atención de averiguar cómo se anuncia. He llegado hasta aquí de una forma autómata, sin pensar en un punto fijo. El mundo con toda su realidad ha rebasado la fuente de mi imaginación. Ahora sólo espero el último impulso que me deja sin aliento. Pronto el silencio suplirá al ruido y reinará la muda melancolía. El reloj seguirá marcando el ritmo de mi corazón hasta agotar el tiempo que me quede. Si, he venido. Estoy aquí. Hoy las calles me han parecido un infierno ahogado por el calor que penetra hasta la profundidad de mis heridas, restregadas por las palabras atroces de los que pensaba eran mi familia. Mi salvada herencia. Caminé por ahí sin percatarme del lugar donde he caído, creo que he llegado hasta una habitación que me recuerda cuando estuve por primera vez en esta tierra milagrosa, en donde tú has tenido la fortuna de ser y tener. En alguna de estas paredes me repetiste que yo era la mujer de tus sueños, subrayaste el predicado de tu frase, el núcleo de tu oración, aquí me rogaste que me quedara contigo para crear un solo futuro. Creo reconocer en algo sus tonalidades y colores, estoy segura que envuelven en el aire un halo de tu presencia, es algo así como volver a un sitio predestinado, figurado inconscientemente por una promesa hecha declaración.

Hice una pausa, tragué saliva y traté de proseguir con lo planeado. —Edgar, Edgar — le exigí, buscando su voz, estando con el auricular sostenido por el hombro, hice un segundo llamado que prosiguió del silencio absoluto, sin percibirlo más.

—¿Por qué me dejas sola? Desdichado te necesito, te estoy hablando. ¡Contéstame! — Me colgó ¿Por qué me colgó? Volví a marcar su número de teléfono; pero nadie contestaba ¿Qué paso?

Aturdida y confusa proseguí con mi plan concebido. Con extremo temor tomé la navaja que había dejado en la mesita de lado y corté mis venas,

casi ciega por el torrente de lágrimas, sin pensarlo demasiado. Me aterroricé cuando vi la sangre gotear en todo su volumen sobre las sábanas de la cama, que hasta segundos antes estaba pulcra. Me abordó el pánico. Apreté mis venas como pude con los dedos de la mano izquierda, levanté un tanto el brazo herido y sujetando todavía la muñeca poderosamente, traté de impedir que me vaciara. Hasta en ese momento comprendí mi arrebato, éste no era un episodio más. Me estaba quitando la vida sin haber calculado la magnitud de los hechos, sin dimensionar claramente la potencia de mi actitud, mi cobardía apareció en escena, me arrepentía del violento arranque.

¿Cómo que del violento arranque? Si era lo que había querido —consignó mi conciencia —. ¿Acaso no buscaste éste momento? ¡Claro que sí! No cabe duda, es todo o nada, no puedo evadir una verdad imperiosa, no puedo vivir pensando que soy tan desdichada, no quiero la vida de éste modo, así no. Pero ver como se va extinguiendo y sentir mi propia muerte hasta la última gota, es cosa aparte. No sabía por cuantos minutos soportaría la tensión de mis brazos justo arriba de mi tórax, pero calculaba muy poco tiempo para hacer duradera esta resistencia. Mientras el rojo caía incesante desde el techo hasta mis ojos. Se incrementó la lluvia sangrienta sobre mi rostro. Pensé en mis padres. En mi viejo que se había ido. Principalmente en la figura de mi madre y en el inmenso rencor que le tenía. En mis hermanos. En Eduardo que me agrietó el alma cuando más lo necesitaba. En mi soledad que inexplicablemente me acobardó, al punto de la locura.

Comencé a gritar para que alguien me oyera, alguien debiera estar transitando por los corredores del hotel. Quería avisar que estaba muriendo a lado de un rojo caliente que se desborda como llave sin control, aún con los dedos encima y apretando. Que les echaba a perder las sábanas blancas y la colcha de intrincados tejidos artesanales. Mi llanto ya no dejó libertad para el grito que se ahogaba en mi garganta sintiéndola cada vez mas árida y reseca, sin saliva. La situación hizo endeble mi esfuerzo, estorbó a las ganas hasta que dejé caer los brazos exánimes por el cansancio para que al fin, el principio llegara a su final. Pensé; qué sola me estoy quedando. Y el silencio me hace daño, elementos no añorados ni aún cuando dormía, como ahora que el sueño y el desgano me arrebatan.

—¿Edgar, dónde estás? ¿Por qué me dejas morir sola? —Vine hasta aquí por ti; para que tu recuerdo me enterrara y tus ojos me lloraran, para que tu lealtad pusiera una flor en mi tumba cada mes de

noviembre. Tengo ganas de vivir. Señor, yo me confieso, soy culpable de todo y por todo. ¿Edgar, dime dónde estás? Mi vista se fue hacia el teléfono nuevamente; pero el auricular cuelga como mis manos ahora cuelgan del filo de la cama. Ya no tenía fuerzas para levantarlo. No sabía que todavía tenía ganas de vivir — ¿Edgar, por qué me colgaste? —Quería morir diciendo mis frases preferidas, despedirme pidiéndote perdón. ¡Oh Dios, que amargo es irse sola!

HABITACION 325

Salí de casa corriendo tras azotar la puerta. Bajé las escaleras de volada, arriesgando el físico al tiempo que mis pies recorrían saltando a cada zancada dos escalones cuesta abajo, sujetándome intermitentemente con la mano izquierda de los tubos verticales negros que dividen la escalera, pero que viajan desde la planta baja hasta el cuarto piso del edificio. Crucé a paso veloz el estacionamiento del conjunto habitacional hasta alcanzar la portezuela de mi coche. Una vez dentro, hice conducir el auto por los patios del gran estacionamiento, saliendo de la zona de condominios, hacia la avenida Revolución con un nudo en la garganta y pensando en cómo una mujer tan bella tenía esos imprevisibles arranques de desenfreno. Me tocó el rojo en el primer crucero. Tuve que esperar a que la luz del semáforo cambiara; esos segundos me parecieron horas. Encendí el radio al que inmediatamente hice callar, no estaba de humor para escuchar ruido ni algo que se le pareciera. Me acomodé mejor en el asiento abrochando el cinturón de seguridad. Sé que es una práctica segura aún si consideraba la velocidad a la que iba a conducir. Me urgía llegar, la voz de ella se notó agónica, trémula, enferma, sin duda estaba en una crisis muy severa. Llegó un momento en que sus lamentos llegaron casi a ser imperceptibles al teléfono, ni siquiera su llanto fue nítido cuando decidí dejar de lado la bocina y dar por terminado su monólogo incomprensible.

Y el maldito rojo del semáforo estático parecía estar pegado al sistema de luces de ese estúpido mecanismo. Abrí la ventanilla de mi lado. Hacía un calor infernal, llegando a los cuarenta y tantos grados centígrados recién había escuchado en casa. En ocasiones no acierta uno con este condenado calor si dejar abierta la ventanilla del auto, o de plano encerrarse para evitar que entre el aire caliente a la cabina. Qué lata con el aire acondicionado del carro, no funciona, me tiene harto. En fin, saqué el pañuelo para secarme el sudor de la frente y del cuello, por donde escurría abundantemente mi sudoración.

En eso estaba cuando se puso el verde y dejé llevar mi Lebaron amarillo detrás de la fila sobre el carril izquierdo, el que se supone es carril de velocidad aunque por desgracia siempre existe un pachorrudo por delante, que indolente maneja su auto a velocidad intolerablemente lenta. Ignoro porqué algunas personas desconocen el carril izquierdo como un carril de

velocidad. Es de todos conocido que para ir más rápido se circula por ahí y punto ¿Quieres ir más lento? ¡Entonces carajo, ve por la derecha!

En seguida subí el paso a desnivel de la avenida Chapultepec para llegar raudo a la vía rápida de Constitución, doblando hacia la izquierda contra esquina de lo que fue alguna vez la gigantesca y memorable Fundidora Monterrey, tantos años símbolo de los regiomontanos. Iba resuelto a todo conduciendo mi automóvil sin respeto a los demás y moviéndome con bastante riesgo de un carril a otro, escurriéndome entre el resto de autos que viajaban por la gran avenida. El velocímetro marcó cien kilómetros por hora por ese boulevard ¡qué atrevido! El verano estaba de verdad ardiente, con el sol quemante y brilloso para cualquier retina, la hostilidad de sus rayos rendían homenaje a las calles de Monterrey que como cada año lo esperamos resignados a pesar de las dolientes exclamaciones. Con apuradas maniobras al volante, entré a una de las calles laterales de la Macroplaza pasando a lado del obelisco donde el Rayo Lasser se luce cada noche, orgullo de la modernidad del norte del país, circundado por una enorme y verde plaza que en los últimos años ha sido el símbolo de la entidad, aunque en estos momentos no estaba yo para contemplar su magnificencia.

Siguiendo con mi actitud agresiva y belicosa al volante, entré por Padre Mier logrando encaminarme de frente a la zona rosa, mientras que mi mente no cesaba de pensar en Rosario. Ojalá que su obsesiva persecución de sí misma no la empuje hasta la muerte. Si bien es cierto que ha sufrido demasiado, espero que soporte estoicamente los tragos amargos que pasa en la actualidad. Gran parte de sus aflicciones han sido provocadas por su misma inestabilidad emocional, una responsabilidad muy peculiar de ella. Se ha autodestruido, aunque se que le dolió hasta lo indecible la muerte de su padre, pero bueno hay que salir a la superficie nuevamente después del naufragio.

Yo quería un helicóptero e ir volando en lugar de manejar este auto para sortear el tráfico. Los latidos del corazón casi los percibía en mis oídos, mis ojos los sentía tan abiertos que parecían jalados por pinzas estirados por sus extremos. Entre tanto guiaba mi vehículo sin respeto a ningún señalamiento, dejando rodar las llantas por cualquier espacio prohibitivo, tomado a la brava. Impulsado sin duda por el recuerdo de las palabras entrecortadas de Rosario en el teléfono.

—¡Edgar, ya me voy! ¡Si, me voy! Me estoy despidiendo. Sentiré y veré como mi vida se desparramará y caerá impávida hacía la alfombra.

Escurrirá caliente entre mis dedos y se abrillantarán las yemas con el rojo sanguinolento —.

¡Oye Rosario espera! ¿Qué estas diciendo? ¿Qué vas a hacer? —Le pregunté para averiguar y enterarme de lo que trataba de confesar —. Esta vida la estoy dejando, ya no la quiero vivir. Me ha ganado la carrera y me doy por vencida. Los recuerdos tan vivos que hoy me asaltan y el costo de mi apurada respiración se agota —hizo una pausa —ya no distingo los cuadros que están en la pared.

Hasta entonces comprendí lo que Rosario estaba intentando. Fue cuando colgué. Y volví a levantar el auricular marcando en seguida, casi de inmediato el número de la Cruz Roja dando aviso de lo que yo imaginaba estaba ocurriendo en la habitación de ese hotel, que también imaginaba cual era. Debido a las prisas, en mi huida había olvidado colgar la bocina. Mientras tanto salí de casa con el primer impulso de salvarla porque presentía que trataba de suicidarse.

La verdad es que nunca he podido desprenderme de ella. A la minúscula evocación de sus encantos, su recuerdo rebasa fácil el techo de mi conciencia. Mis paisajes guardados en el tiempo, con regularidad cargan su aroma. Hace ya bastantes años que la conozco. Haciendo memoria, creo que son más allá de los quince años. ¡Que mujer! llena de sueños, dueña y creadora de fantásticas ilusiones. Quiero ir a Europa, me contaba, quiero comprarme un mustang último modelo y si es rojo mejor. Quiero titularme con honores, hacer un postgrado de Desarrollo Organizacional en el ITAM, decía muy fresca. Todavía no quiero casarme porque no quiero deformar mi vientre plano, me da gusto apreciar con mis propios ojos la zona púbica de mi cuerpo, sin recurrir al espejo. Hay mujeres que jamás podrán hacerlo porque la prominencia de su vientre se los impide. Por ahora, el matrimonio no tiene cabida en mis metas femeninas. Del mismo modo no quiero que los hombres me usen, por el contrario. Mientras pueda yo, me valdré de ellos para alcanzar mis objetivos.

—¡Ajá!, entonces me estás utilizando —, le dije en aquella ocasión.

—No cariño, tú sabes que eres mi mejor amigo y que en los sentimientos que entre tú y yo existen, no hay manipuleo—, respondió dejándome un beso en la mejilla muy cerca de los labios, en una cita circunstancial que tuvimos.

El tráfico seguía insoportable, aguerrido, en desleal impostura. Decidí meter mi carro en el primer estacionamiento, lo más cerca de mi

objetivo. Así lo hice, doblando sobre la calle Matamoros encontré a un chiquillo casi a media banqueta invitándome con una banderola roja a meter mi mueble allí. Me cercioré de cerrarlo con seguro una vez estacionado y emprendí nuevamente la carrera; pero esta vez a pie firme, esquivando la multitud que parecía iban todos en sentido contrario al mío. Crucé la Avenida Juárez llegando a la empedrada Morelos, arbolada, bulliciosa, llena de comercios chicos y regulares, pudiendo ver entonces al final de la misma el hotel de donde Rosario seguro me había llamado. Sabía de antemano que ése era el hotel donde ella estaba, probablemente muriendo. Sus palabras fueron muy claras. Ahí fue donde una vez le declaré abiertamente mis intenciones de formar con ella mi futuro; pero respondió que todavía no era tiempo de amarrar su vida al yugo matrimonial. No podía ser otro el lugar, lo recuerdo tan bien como el nombre que llevo bautizado por mi madre.

El sudor inundaba mi rostro, goteaba como llave abierta, resbalaba entre los ojos y las sienes cegándome, mientras que mis dedos presurosos secaban constantemente las cejas empapadas. Mis piernas no se detenían porque obedecían a una férrea voluntad, una voluntad inquebrantable, sólida como un metal. Traducida en lealtad, veneración y adoración hacia Rosario. Por fin llegué a la entrada principal del hotel, muy agitado, cual maratonista. De inmediato busqué los elevadores. Traía grabado en la mente lo que Rosario me dijo por teléfono. *Creo recordar las mismas paredes donde una vez me dijiste que yo, era la mujer de tus sueños.*

Era la habitación 325, lo recordaba con seguridad. Al tiempo en que presionaba el botón de los elevadores en la pared del vestíbulo. Vi mucha gente en los alrededores, hablaban de mil cosas, era sonoro el rumor pero yo estaba en otro mundo, volteando insistentemente al tablero superior de los elevadores. Volví a presionar el botón extendiendo el brazo mojado por el sudor. La excitación por el calor y por la carrera emprendida era manifiesta en mi cuerpo. Supuse que la habitación 325 estaba o debía estar en el tercer piso, mientras recibía de modo directo en mis hombros el aire acondicionado del techo iluminado de las instalaciones. En esos segundos transcurridos miraba hacia todas partes sin identificar a nadie conocido entre la multitud del mezanine. Con mi vista ubiqué ansioso el tablero de los elevadores, uno venía por el octavo y el otro parecía estar durmiendo la siesta en el sexto piso ¡maldita sea, cuánto tardan en bajar! pronuncié entre dientes, mientras que alcancé a escuchar la música del bar, que a esa hora no estaba muy nutrida su asistencia.

La gente se arremolinaba entre la recepción y la sala de espera, creo que terminaba un evento ya que los comentarios rodaban en relación con horarios de sus vuelos de regreso y checaban maletas y registros, en fin, todo ese quehacer es obligado cuando uno está dejando el cuarto de un hotel, aunque pude percatarme también que la mayoría representaba a una empresa de pinturas muy popular en el país. Levanté la vista otra vez, buscando afanosamente el camino de los ascensores y para mi mala suerte todavía estaban en el mismo lugar. No sé qué tiempo había transcurrido; pero se me hizo una enorme pérdida de tiempo. No lo pensé más, abrí la puerta que conducía a las escaleras y las subí tal y como había bajado las de mi casa, de dos en dos, de modo que cuando llegué al tercer nivel, mi extenuada condición física, me obligó a efectuar un descanso de por lo menos veinte segundos para recuperarme del sobre esfuerzo. Poco a poco empecé a caminar nuevamente, sintiendo al corazón salirse de mi caja torácica, el bombeo sanguíneo golpeaba tan brusco en mis adentros, con palpitaciones tan poderosas, que por un momento pensé podría sucederme algo; pero no era el momento para pensar en mi, yo no era importante ahora.

El pasillo que me encontré medía casi dos metros de ancho, posiblemente un poco menos, con una alfombra roja y dibujos con la apariencia de ser manchas negras. Bien aspirada, combinaba perfecto con las paredes claras y las puertas de madera pulidas. Ignoro cuántas habitaciones existían en el piso, aunque yo veía muchas puertas delante de mí. De pronto, apareció en una de ellas el 312 y la que seguía decía 313, apresuré el paso, al tiempo en que veía señalamientos muy diversos en la pared, 322, 323, un poco más allá 324, es la siguiente dije, 325. Paré de pronto y totalmente, me quedé perplejo y quieto frente a la puerta, tan quieto como la estatua de una fuente. El aire acondicionado funcionaba perfecto en las instalaciones del hotel, mi organismo lo asimilaba tan bien, de modo que mi sudor empezó a impregnarse en la piel, como cinta asfáltica. Sin embargo mi agitación no había desaparecido, por el contrario al estar frente a la 325, los nervios se me pusieron de punta y el corazón siguió latiendo con el mismo impulso arrollador. Mi agitación y bronca respiración me avisaban del obstáculo a encontrar. Primero, puse mis manos suavemente sobre la superficie de la puerta y acerqué el oído para enterarme de cualquier cosa del interior; pero nada percibí. Entonces toqué una vez y otra vez. Insistí tres y cuatro veces más; pero no recibía respuesta. Pensé, ¿qué pasará allá dentro? Saqué el pañuelo y me limpié el copioso sudor que todavía perfilaba mi

rostro, como para darle tiempo al tiempo y esperar a que mi respiración tuviera un paréntesis. Una vez que el pañuelo cumplió su cometido lo metí en la bolsa trasera de mis vaqueros. Entonces, acerqué la mejilla lo más que pude al ángulo que forman el marco y la puerta que parecía hundirse en la simetría del corredor, comenzando mi voz a horadar el silencio.

—Rosario, Rosario, contéstame ¿estás ahí? —, comencé a llamarla una y otra vez, a la espera de percibir cualquier señal —, me hinqué en el piso alfombrado para recargarme mejor en la puerta y apoyar mis manos en el marco.

—Rosario, responde por favor, ¿te ocurre algo? —, y nada. Repentinamente se abrieron las puertas del elevador rompiendo mi concentración, pero ayudándome a tomar otra decisión al momento. Debía asegurarme que ella estaba registrada en éste número de habitación, corrí con todo lo que me quedaba y como pude alcancé a detener las puertas del elevador que ya cerraban. Bajé a la recepción evidentemente preocupado y todavía bañado en sudor por la tensión en que me encontraba inmerso.

—Señorita —le pregunté a la primera persona que vi detrás del mostrador — ¿en que número de habitación se encuentra la señorita Rosario Medina Flores?

—Déjeme buscar, ahora le digo —, me respondió muy cordial. Mientras ella buscaba en la computadora pedí disculpas a dos jóvenes que sin duda molesté por que mi llegada hasta ahí fue intempestiva, agresiva e inesperada. Inclusive, los hice a un lado con mi cuerpo para poder hacer mi pregunta, que enseguida estaba siendo resuelta por la recepcionista.

—Señor —me dijo —, la señorita Medina Flores se encuentra en la habitación 325. Si usted quiere llamarle, tan sólo marque el número por cualquiera de aquellos dos teléfonos, señalándome un par de aparatos que se localizaban esquinados a la derecha del mostrador de la recepción.

—Muchas gracias señorita, muy amable —. Respondí al instante, proyectándome de inmediato hacia el lado indicado —, levanté uno de los teléfonos y marqué apresurado el 325.

Línea ocupada. Estaba ocupado el teléfono. Entonces ¿Por qué no responde? ¿Por qué no se oye nada en el interior? Me quedé cavilando un momento en ese sitio y con la mirada perdida en una pared hecha ventana, donde se dominaba la calle de Padre Mier. Ahora estoy totalmente seguro que ella está en esa habitación, estoy convencido que ella está dentro y si la línea telefónica esta ocupada, es porque no ha colgado desde el momento en que me llamó. Recordé que yo fui el que colgó el auricular cuando no me daba una respuesta asertiva y clara a mis preguntas y al

final solo percibía su respiración jadeante. Llegué a la conclusión. Rosario esta sola en serios aprietos. Y en la imaginaria comenzaron a volar un torrente de desgracias. Volví a subir las escaleras afligido, casi llorando, exasperado. Esta vez sin fijarme en el status de los elevadores, llegando al tercero con la misma excitación que hacía minutos antes. Corrí hasta el fondo donde ya sabía se situaba la habitación 325 y esta vez sin pensarlo traté de derribar la puerta girando la perilla en ambas direcciones; pero para mi infortunio estaba asegurada desde el interior.

—¡Rosario! —, grité e insistí con enormes deseos de que me escuchara y abriera —respóndeme por favor, soy yo, Edgar —. Seguí ahí por unos segundos más sin saber que hacer hasta que, se me ocurrió ir en busca de una recamarera —. Si, pensé, todas ellas tienen llave de los cuartos, buscaré a cualquiera que se encuentre cerca de aquí. Extendí la mirada a lo largo del pasillo, pero no vi a ninguna mujer con su carrito conocido donde traen los singulares triques para realizar la limpieza de los cuartos. Encontré las escaleras nuevamente, pero en esta ocasión me dirigí presuroso hacia arriba. Abrí sacudiendo la puerta del cuarto nivel bruscamente, con los ojos húmedos, no sabía si era por el llanto o por el sudor persistente. Fácilmente pude localizar a uno de los carritos a solo unos metros de distancia, razón por la que entré a buscar a la mucama al cuarto que aseaba en ese momento.

—¡Oiga! —, dije presuroso con la respiración fuera de control — ¿Quiere ser tan amable de abrirme una habitación del tercer piso? —. Ella me miró extrañado y sumamente excitado.

—¿Qué se le perdió la llave, señor? porque si es así, puede pedir a la recepción que le faciliten una maestra. Son de esas llaves que abren todas las puertas del hotel. Es más, estoy segura que le acompañarán para abrir su habitación —, dijo ella con atención esmerada.

—Señorita, muchas gracias por el consejo; pero en este momento requiero de su llave por la proximidad en que usted se encuentra y porque me urge ¿comprende? ¡Me urge! — agregué conmovido, con el rostro hundido en la desesperación.

—Está bien, vamos —respondió ella —. Juntos nos encaminamos rumbo a las escaleras, mientras que ella metía las manos en su delantal para hurgar en sus bolsillos y sacar la llave que abriera la 325. Cuando ambos estuvimos frente a la puerta, ella volvió a preguntarme.

—¿Es usted huésped del hotel, verdad?

—Oh sí, no se preocupe — mentí —, ¡ábrame por favor! —. Tratando de aparentar un tono bastante familiar. Aunque me imagino que

la mucama sospechó negativamente de mi aparente veracidad todo el tiempo. Y cómo no, yo me presentaba ante la mucama, sudoroso, desasosegado, nervioso, con una prisa incuestionable, y exaltado al máximo. El recelo era casi automático.

Metió la llave y la puerta cedió rápido. Me interpuse en su camino empujando torpemente a la mujer hacia un lado, al tiempo en que con la mano izquierda sostuve la perilla de la puerta que fui abriendo poco a poco, hasta tener claro el horizonte de la habitación. Con excesivo recelo y temor seguí el viaje de mi anhelo en persecución de lo que mis ojos captaban, hasta quedar de frente a la cama donde Rosario yacía extendida y despatarrada, semidesnuda; con una gran mancha de sangre en su vientre, en su rostro y entre las sábanas. Representaba el vivo retrato de la muerte. Me quedé anonadado, mudo, sin saber qué hacer. Totalmente engarrotado, no sé cuántos segundos. Hasta que el grito de la recamarera me devolvió a la realidad. Me sacó del estupor. Ese grito fue suficiente para resucitar del tremendo impacto ante mis ojos. Volteé hacia la mujer espantada y la sacudí de los hombros para que pudiera ayudarme.

—Le grité —. Rápido, vaya por alguien, busque un médico. Muévase. No se quede allí parada, corra —. Y salió disparada de la increíble escena en la que ahora, yo no sabía que hacer primero y que hacer después.

Recordé en ese momento que había llamado a la Cruz Roja antes de salir de casa. No deben tardar, pensé. Mientras tanto yo tenía que hacer algo. Pegué mi rostro al suyo manchado de sangre para lograr advertir si todavía respiraba. Positivo, asentí. Levanté su brazo sangrante y noté con toda claridad que la sangre emanaba de las venas muy cerca de las palmas de sus manos. Presioné con los dedos sus venas y me percaté de parar el flujo rojizo. Después se me ocurrió aplicarle un torniquete con una pluma y un pañuelo que saqué de la bolsa de mis vaqueros. Más adelante, abrí uno de sus parpados, lógico, la pupila dilatada, ojos en blanco, aunque respiraba. Abrí su boca lo más que pude y jalé su cuello hacia arriba y adelante. Metí los dedos para sacar la lengua doblada en las paredes bucales y apliqué dos fuertes andanadas de aire, hasta lograr inflar su vientre. En eso estaba cuando mi afanosa labor se vio interrumpida por dos integrantes de la Cruz Roja que sin pedirme permiso me empujaron fuera del cuerpo de Rosario.

—A un lado, déjenos pasar ¿Usted la conoce? —me preguntaron.

—Si señor — respondí con lagrimas en los ojos —, hasta en ese momento me percaté de que lloraba.

—Ayúdenos por favor —dijo uno de ellos ordenando imperioso —tenemos que incorporarla —. Me sentía torpe y se me dificultaba ver, por las lágrimas —. Sujétele el torniquete con cuidado mientras nosotros tratamos de levantarla —, obedecí ciegamente.

Los paramédicos lograron asirla perfectamente, la tomaron de los brazos tratando de hacer que ella caminara por si sola; pero fue imposible. Así que la colocaron en una camilla plegable donde su cuerpo maleable y dilatado, además de pesado, se alargó sin queja alguna. Uno de ellos trajo una toalla empapada de agua y se la frotó en el rostro, tratando de que ella absorbiera algo de humedad mientras otro, enrollaba cinta adhesiva a la altura de la herida sangrante del brazo lastimado. Otro paramédico dispuso seguir dándole respiración artificial de boca a boca. Pocos minutos después y con extrema habilidad se deslizaron hacia el elevador y yo con ellos para transportarla enseguida a la ambulancia que esperaba con su torreta encendida en las afueras del hotel, con un montón de mirones que se aglomeraron en torno a ella. No se cómo, pero nunca me separé de Rosario siquiera un momento, a pesar de que la policía también hizo su obvia aparición. De pronto y sin pensarlo me vi frente a ella en el interior de la ambulancia, siendo testigo de la atención y esmero con que era procurada. Entró fácilmente la aguja del suero en el brazo opuesto al lastimado, supongo que para hidratarla y para contrarrestar la sangre que ya había perdido. Más adelante, uno de ellos, al parecer el jefe de la cuadrilla de salvamento, le daba aire por la boca colocándole una bombilla extendida desde una manguera que colgaba de una de las paredes de la camioneta, creo que era un resucitador cardiopulmonar movible. Ella se debatía entre la vida y la muerte. Y yo entre el dolor y la angustia, entre oraciones y súplicas para que se salvara. Largo fue el camino hasta el hospital y muchas las preguntas de los policías y judiciales, cuando me tuvieron a su alcance.

ATURDIDA Y DESVELADA

Los ojos me lloraron cuando enfrenté nuevamente los rayos del sol, en las afueras de la benemérita Cruz Roja, mientras abordaba un carro de alquiler que me conducía al sitio exacto donde había quedado mi auto dos días antes. Tenía un fuerte dolor de cabeza semejante a una cruda espantosa después de haber bebido litros de licor la noche anterior. Mi cuerpo lo sentía como si hubiera corrido un maratón de cuarenta kilómetros en plena canícula. Había memorizado a la perfección los pasillos del nosocomio, a fuerza de tanto recorrerlos de aquí para allá y de allá para acá. Es terrible esperar a un herido dentro de un hospital y más si se desconoce cual será el veredicto final de los médicos que lo atienden. Toda esta situación me puso la cabeza de cuadritos, pensé por un momento que no había hecho lo suficiente para mitigar su dolor. En el terrible trance en que la encontré, toda ensangrentada y doliente en esa diminuta habitación. Que momentos tan angustiosos pasé, de verdad. Ahora, Rosario estaba tendida y atendida en una de tantas camillas que ocupaba el servicio de urgencias desde el viernes en la tarde que llegamos. Según las palabras del médico en turno, la encontré justo a tiempo porque unos minutos más tarde, tal vez segundos, hubiera sido fatal. Rosario había intentado quitarse la vida cortándose las venas, afortunadamente la navaja mal guiada por su mano temblorosa no produjo el corte certero en el impulso por suicidarse.

La cuenta del estacionamiento apenas pude pagarla con el dinero que traía en el bolsillo. Cuando salí de casa, todo loco, nunca me detuve a pensar en el dinero. Es obvio que pasados dos días con sus noches completas, un carro guardado, tiene un costo considerable. Pero bueno, mejor estuvo en un local vigilado y no tirado en la calle a expensas de cualquier hijo de vecino.

Puse en marcha el motor del auto y me dirigí a casa para tomar un baño, quería estar un rato en la ducha, lo merecía. Cambiarme de ropa y alimentarme bien, sólo había probado antojos y comida chatarra en esos dos días y medio de vigilia. El tiempo pasó sin sentir desde la recepción de su esquizofrénica llamada telefónica hasta verme instalado a su derecha del camastro, en ese hospital, para vigilarla, procurarla y cuidarla. Estuve muy angustiado.

Ahora me era inaplazable conocer, cuál había sido la razón de su preferencia suicida. Era preciso justificar esa tarea, antes que resolviera volver a intentarlo. Me sentí muy cansado, ya no estaba acostumbrado a las desveladas, como hace años, que podía pasar en vela noches enteras sin que las ojeras acusaran su grotesca prominencia, recordando viejos tiempos en los que trabajé en una fabrica metalúrgica rolando turnos. Cada semana era turno distinto. Primero el matutino, al que entrabas muy temprano y salías pasadito el medio día; la siguiente semana tocaba el vespertino, de las dos de la tarde hasta las diez de la noche; y por último el nocturno que eran verdaderas jornadas tortuosas para aguantar despierto toda la noche. La tarea no era fácil, consistía en desarrollar trabajos de supervisión cotidianos, con la total responsabilidad de lo que ocurriese durante la producción nocturna. La verdad es que me disgustaba recordar lo que alguna vez me vi obligado a vivir. El caso es que hoy por obvias razones, lo ponía en mi mente.

Tenía sueño y mis ojos delataban el rojo de la irritación, en su *cajita visual* — así decía mi mamá, cuando amanecíamos con los ojos irritados —, no simulaban su deseo de cerrarse para descansar, así que me aferré al volante como si fuese novato en el asunto y encendí la radio para mantenerme despierto. De la guantera saqué un dulce y lo llevé a la boca apuradamente sin perder el control del vehículo, manejándolo con parsimonia, contrario al apremiante maltrato al que hace unos días lo había sometido. Conduje el auto por la avenida Universidad alcanzando pronto calzada Madero y desviarme a la izquierda para perderme entre sus seis carriles. Antes crucé por el monumento a la Independencia, donde los autos sortean sus columnas circulando por el arco majestuoso, en donde convergen dos arterias viales principales; pero donde también algunos choferes imprudentes se estampan de lleno en la base de sus pilares para hacer añicos sus automóviles. Iba cansado, extenuado, con ganas de dormir por lo menos un par de horas estirando mis piernas a todo lo largo de la cama, tirarme a ella y dejar que mi incontrolable ronquera, anunciara mi presencia desmayada por las paredes de la recamara arrullando mi cuerpo al ritmo escandaloso de mi garganta, sabiendo de antemano que la imagen de Rosario flecharía mi escasa lucidez, para recordarme que debía volver a ella lo antes posible.

No pude evitar dormir más de cinco horas. Después me coloqué justo debajo de la regadera, disfruté del chorro de agua durante un buen rato. No cabe duda, un organismo fatigado desploma la voluntad de cualquier persona. En cambio ahora, con un merecido descanso

reanudaba mis tareas que dejé pendientes. Comí lo primero que alcanzó mi mano en el refrigerador y dejé la cocina con los trastes sucios para después, escapando resuelto a lado de mi Rosario inconsciente. No quería que despertara sin verme allí, al pie de su camastro. Sabía que requería de mucho cariño y consuelo en este momento tan crítico. Además tenía muchas ganas de platicar con ella, de saber porque había determinado quitarse la vida. Era un crucigrama sin resolver y me ahogaba reflexivamente su conducta. Siempre he pensado contrario a mucha gente que dice que suicidarse es acción de cobardes. Yo creo, sin embargo que para tomar esa decisión se necesita mucho valor, férrea y tozuda determinación y además estar dotado de un coraje sin precedentes, o de plano estar fuera de sí. Es harto difícil ultimar la propia sentencia. Resolverse a dejar de vivir traspasando el umbral del miedo, sabiendo que en tu mente y en el puño esta la ejecución final; matar las mundanas heridas y las llagas; borrar de un tajo los tumores y las ulceras que horadan la piel de tu existencia; tener la entereza de cortar como las tijeras al papel, el presente y el futuro, es verdaderamente una osadía. A la hora de la muerte no hay papel ni mensajes y los pronunciados calificativos pierden su valor. Solo existe en la mente un final por ejecutar.

Si, yo pienso que quien se quita la vida no únicamente esta armado de valor, también esta armado de coraje y de una ansiada correspondencia con la quietud, con la esperada paz. Con el final de sus problemas. Porque hay determinantes circunstanciales que nos exponen en la vida convirtiéndonos en rapiña de otros seres humanos, para ser anzuelo de hambrientos tiburones en este mar de engaños y mascaradas. O entramos cándidamente en conflictos sin salida. De modo tal que quien decide morir por si mismo — cuando ha pensado en incontables soluciones a sus penosas situaciones — lo que menos le conmueve a su conciencia es arrepentirse del postrer acto y prefiere idealizar, que su enérgica actitud será bien habida en la gloria de su inquebrantable intención. Y yo, había frustrado y cortado con la tenacidad de Rosario para morir. Le arranqué el boleto de la mano para viajar a la muerte, en un viaje insolente, insondable, sintiéndome dueño de su vida, como si toda ella me perteneciera. Tal vez había cometido sin quererlo, la peor pendejada desde que ambos nos conocimos. Tal vez por eso buscaba irremediablemente su reproche, oír su recriminación por impedir su voluntad final, o quizá ya repuesta del fallido intento, mejorada de su salud, me vería envuelto en su abrazo agradecido y solidario para compensar *mi humana gallardía* de haberle salvado la vida. Ignoraba cual

iba a ser su reacción, pero sea cual fuere, al menos yo estaba seguro de haber tomado la decisión correcta. *El amor remunera todo.*

Cuando estuve a su costado nuevamente, seguía dormida. La luz brillante del sol se hacía presente penetrando en su cubículo, iluminándola gratis para mis ojos. La ventana hizo amistad con mi contemplación. Estuve así un buen rato, detallando sus facciones y a veces besándolas por la cercanía de cada uno de sus rasgos, lo hice con regia minuciosidad. La frente limpia, mediana, sin arrugas. Los ojos grandes casi cafés casi negros, que aunque semi cerrados por la reacción de los medicamentos dejaban translucir sus orbitas fascinantes. Ojos mágicos, que cuando miraban a los míos sin parpadeo, no resistían su influencia. Su tez morena y lisa como las hojas de un árbol en mayo, con todo y sus treinta años encima. Sus labios que estaban en plena concordia en el forzado descanso medicinal, se dejaban delinear perfectamente invitando a besarlos en un deseo francamente incontrolable. Esos labios que hasta hoy, no han querido pronunciarme las palabras que siempre he ansiado escuchar, soñando en besarlos apasionadamente todos los días desde que me nombraron por primera vez. También observaba sus brazos desnudos cuya delicadeza y fragilidad se extendían junto a su cuerpo alargado en el camastro, cubierto con una sábana de un gastado blanco algo almidonada, que dejaba entrelucir el triángulo ansiado de su hinchado pubis. Subí la vista siguiendo el rumbo de mi auscultación nada didáctica, siguiendo el viaje antropométrico hasta llegar a su cabellera negra, tan negra como una pintura en cascada adornando sus sienes, pero tan obvia como su naturaleza de cabello enchinado y surcado entre el óvalo de su rostro.

Cómo me encantas mujer — le dije al oído —, con la certeza de su sorda postura. No me escuchaba —. Eres tan bella, que daría cualquier cosa porque fueras mi mujer. Si supieras cuántas veces te he hecho el amor en mi soledad, ¡uuf!. Desafortunadamente los años y sus complicados empeños, con sus caprichos y oscuros recovecos no dejan que mi ilusión se haga realidad. Te amo como las flores aman al sol cuando son bañadas por sus rayos divinos y esplendorosos. Eres mi pasaporte vital de todos los días —. Mientras que besaba sus mejillas cariñosamente sin que ella respondiera en su inconsciencia prolongada —. Eres mi frase preferida cuando evoco la naturaleza, eres la vasija donde me alimento, el agua que me da vida para subsistir en este permanente desierto insano. Mi palabra renovada en este vocabulario pervertido, la silueta dibujada en mis visiones, la rima exacta con sus perfectos decasílabos —. Acerqué mi boca

a sus labios para alcanzar su contorno carnoso. Observé y toqué las líneas de sus comisuras que se trazaban impecables entre la nariz y su barbilla. Percibí su respiración hospitalariamente controlada, mis ojos casi tocan los suyos tratando de adivinar su profundidad —. Escucha amor, escúchame bien —, le dije murmurándole con la cercanía de piel a piel —. Si te hubieras ido por ese hueco suicida, ya me hubiera ido contigo. En esa contemplación ensoñadora permanecí fiel, enamorado, todavía un par de horas hasta que la droga asimilada en su cuerpo perturbó mi ensoñación. El medicamento perdió su capacidad y Rosario despertó aturdida y somnolienta poniendo sus ojos en todas partes, sin saber en dónde estaba, para llegar a incrustarse entre los míos, que lentamente reconoció.

—¿Edgar, qué estoy haciendo aquí? —Expresó aletargada, mirándose a sí misma a todo lo largo, desde sus hombros hasta alcanzar sus pies ¿Qué pasó? ¿Porque estoy aquí? ¿En dónde estoy? En la clásica pregunta particular de toda mujer que se siente desarmada.

—Calma, mujercita estás bien y a salvo, aquí conmigo –. La miré fijamente sin parpadear y colocándole la palma de mi mano detrás de la nuca, para que pudiera apoyarse mejor mientras que le acomodaba una almohada en el respaldo.

—¿Acaso no recuerdas nada de lo que ha pasado? Agregué del mismo modo, pero con una gran carga de ironía guardada, inculpándola, recriminándola por todo lo que habíamos pasado juntos desde aquella tarde. Ella inconsciente y yo haciéndome pedazos por rescatarla, por volverla a la vida. Ignoro porqué casi todas las mujeres tienen la infame rutina de minimizar sus errores y elevar a la máxima expresión, los de los hombres. Como si sus innumerables defectos, caprichos y carencias fueran mecánicamente condonados por nosotros, sin afectar o degradar la imagen límpida que conservamos de ellas. Volví a la carga, con el deseo de que desembuchara completamente sus incógnitas.

—¿Cuál fue la razón por la que decidiste quitarte la vida? —Le pregunté sin vacilaciones y mirándola directo al rostro.

—¿Qué yo qué…..? — Respondió con una expresión llena de asombro, en completo fuera de lugar. En pleno desorden de sus ideas, con sus ojos aglutinados por la pesadez. No era sencillo desmenuzar el bloque de sus recuerdos, trataba de adivinar donde estaba. Noté como se empeñaba en agudizar sus pensamientos, en ponerlos en orden. Hacía mucho esfuerzo por sobreponerse y recordar que había pasado, retomó las miradas que parecían extraviadas hacia las paredes y a la cama donde reposaba, la lengua la condenaba al uso de inoportunos gestos bucales estorbando el

buen pronunciamiento de sus palabras. Lo pude captar por su intención de querer asimilar sus preguntas y de responder pronto al misterio de sus dudas, que recaían encima de su imprevisible despertar.

—¿Por qué cortaste tus venas? ¿Recuerdas esos momentos? ¿Recuerdas dónde estuviste por última vez? —. Insistí con necedad, buscando verter su más cercano pasado. Ella empezó a abochornarse, a sudar por la frente, quería ordenar y clasificar los pormenores de lo ocurrido. Vagó unos instantes en el filo de sus pensamientos desorientados y sus ojos se perdieron en su propia humedad, capté que a partir de ese momento recobró su conciencia.

Después de un lapso breve dijo —. Porque soy la mujer más desdichada que existe sobre la tierra —, respondió enfáticamente, sin prudencia, toda vez que entraba al proceso dialéctico de su pretérito.

—Dime Rosario ¿a qué viene esa actitud tan compasiva y deprimente de tu parte?, hace sólo sesenta días eras la mujer más feliz sobre este planeta. Tu misma lo dijiste cuando hablamos por teléfono —, se lo dije encarando de lleno la situación. Se acomodó en la cama apoyándose como pudo con sus codos, para defenderse del interrogatorio a que la estaba sometiendo.

—Si lo dije fue porque no soy clarividente. No puedo ver el futuro que me espera. Desgraciadamente hoy el destino, si es que existe, me ha tendido una trampa. Estaba ciega, confiada; y contaba erróneamente con la supuesta protección vitalicia de mi padre, así como del amor de mi pareja. Ahora sin ellos me siento estúpida, vulnerable, quebradiza. En aquel entonces, ignoraba lo que iba a ocurrirme, razón por la que hoy en día me aflige tanto el hoy y el mañana. Ya no brilla el sol en mi horizonte, no se que hacer y lo peor es que, tampoco se que haré, ni donde estaré la próxima semana —, dijo en una extravagante conjugación de verbos ser o estar —. El llanto la interrumpió intempestivamente. En cambio yo dejé que llorara para apaciguar su impotencia, su ira contenida. Hasta este momento la impresión sobre sus actos, según yo, tenían un gran contenido de torpeza. Tal vez porque poco o nada entendía de su enraizado juicio de despreciarse así misma. Sin embargo siguió diciendo —, ¿como pude ser tan estúpida y no darme cuenta de la realidad teniéndola frente a mis ojos? Bien dicen que la ignorancia o el desconocimiento de las cosas, recrudecen las dudas y agigantan las distancias. En nuestro papel de hija de familia, son espejismos todos los innobles sentimientos, no ves otra cosa, solo estas programada para seguir obedeciendo a la tradición paterna, sin tener aún la capacidad de análisis, en las consecuencias

posteriores de esa ciega obediencia. Creces con tus padres, de su brazo y de su apoyo, con su palabra, con su consejo, bajo la tutela de sus conocimientos; pero cuando creces te das cuenta que tu dependencia es dañina y pobre, en términos de educación, de delegación familiar y de como enfrentar tus nuevos días sin la física de ellos. Esta sempiterna formación con efectos nocivos en el mañana de los hijos, es boleto único de nuestros padres que con la donación de su cariño extremadamente suyo y tergiversado, de ciega y a veces sorda protección, astilla nuestro porvenir hasta un punto laberíntico, en que sin ellos abruptamente, no somos nada. Lo terrible de esto es que te enteras cuando la situación es francamente espinosa, irremediable, a una edad tierna, diría, temprana. Te enfrentas a la vida con una serie de incógnitas por resolver, que invalidan tu supuesta seguridad, mamada por tus padres, tanto así que hoy me es imposible calcular, si lo vivido con mis padres, tuvo resultados positivos, o si todo se fue a la coladera.

—Y ahora el que no comprende soy yo ¿de qué estas hablando? —le dije mirándola a los ojos.

—De mi padre por supuesto. Que por su posesivo afán de estructurarme exactamente a su medida hoy me hallo desnuda. A él es a quien señalo; a quien responsabilizo. Por eso estoy pasando las de Caín —. Hizo una pausa, tragó saliva y agregó —¿Por qué fue así conmigo? — se preguntó a si misma, como si estuviese sola —¿Acaso es el trabajo de todos los tutores en la vida? ¿Maniatar a sus hijas en tareas domésticas para entregarlas quebradizas a todo hombre en matrimonio; cuya solvencia económica y protección masculina esté garantizada, tan solo porque es similar a la prodigada por ellos? como si nosotras fuéramos un pinche paquete al que se estafeta, para hacer que se sientan tranquilos y realizados al término de su supuesta y ardua vigilancia durante toda nuestra adolescencia. Si es así, entonces déjame decirte que nunca como ahora he encontrado a la paternidad, en su papel más estúpido e inverosímil —. Me miró a los ojos por primera vez, lúcida desde que despertó, sumando otra pregunta enseguida

—¿Este es el invaluable trabajo de los padres? —. Pude notar que para entonces ya estaba plenamente identificada con la realidad que tenía enfrente. Ella misma reacomodó su espalda en las almohadas y me miró convencida al final de su monólogo. Así que intervine.

—Estamos acostumbrados por herencia, a no invadir esa área paternal. Se supone que el cariño de los padres no tiene cálculo, ni medida, ni superficies geométricas. El amor paternal, se proporciona sin

rendición y punto. Y por favor no los enjuicies — le dije en un tono severo —, no se vale crucificar a los padres por su atinado o desatinado proceder cuando han sido colmados de bendiciones en la familia, en la historia y en los libros escolares. No los culpemos por el tino o infortunio de nuestra determinante circunstancial. Cierto es que su inexperta directriz muchas veces deforma lo que ya tiene línea; pero aquí intervienen factores de idiosincrasia, de hábitos muy repetidos, de cultura, de herencia, recogidos desde antaño. Ojalá no seas de aquellas gentes, que imprimen en el ámbito de su futuro, la huella educativa dejada por sus padres, recargando en ellos, los éxitos o fracasos que como persona tienes en tu desarrollo. Es decir, si te va mal fue por ellos y si te va bien, es porque tú eres muy chingón.

—¡Es que no sabes lo que pasó, por eso alabas el ayer! —, respondió enfáticamente.

—¿Qué no se lo que pasó? Caramba, si supieras en la que me he metido desde que recibí tu llamada telefónica, no hablarías así —dije con cierta ironía.

—Me refiero a la educación y ordenanzas de mi padre, tonto —, agregó suavecita.

—Pues si no me cuentas nunca lo sabré Rosario. ¡Anda dime!

El llanto hizo su aparición nuevamente en su cara, pero esta vez fue tan estridente que el médico de guardia que rondaba por allí se acercó a ver lo que ocurría. Más bien para verificar que al fin había despertado de su letargo, llegando hasta ella justo a la orilla de su cama.

—Hola Chayito —dijo dulcemente el doctor —, pórtese bien para que podamos tomarle los signos vitales, présteme su manita por favor —. En eso, entró una de las enfermeras casi de inmediato, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo. La de blanco fue hacía la botella del suero que colgaba de un tripie y observó detenidamente el gotero del frasco, controlando la caída de las gotas con el reloj que portaba en la muñeca. Decidí salir un momento para que la atendieran sin mi escrupulosa acechanza, mientras que Rosario, dócil se dejaba llevar como una muñeca rota en todas sus partes permitiendo que, la asistencia armara su rompecabezas que estuvo a punto de extinguirse.

Horas después, logré sacarla del hospital de la Cruz Roja, no sin antes agradecerle al cuerpo médico sus atenciones y su enorme cooperación para que mi Chayo saliera del hospital lo mejor posible. Puse algunos billetes por encima del escritorio de la recepción, ensalcé los cuidados y vigilancia a la que fue sometida mi enfermita, reconociendo que

su ayuda fue providencial y en el momento más oportuno, eso si, sin lugar a dudas. Todo hubiera sido inútil si los paramédicos no llegan a tiempo. Mi noción sobre los primeros auxilios es bastante precaria y en extremo limitada como para haber aliviado una situación verdaderamente apremiante. La saqué de allí, pero inmediatamente la llevé a otro hospital de aspecto distinto y fachada distinguida. Con una atención personalizada donde estuviera mejor, con médico de cabecera, cuarto con aire acondicionado, televisión y todas esas características que hacen de un simple cuarto, una verdadera habitación de hospital para hacer sentir mejor al paciente. Sin olvidar evidentemente las primeras instrucciones del médico de la Cruz Roja, quien señaló, ya había pasado su situación más crítica; pero que siguiéramos tomando las precauciones debidas.

Habíamos utilizado una ambulancia para el traslado de un hospital al otro. Por cierto que viajar en una ambulancia produce una sensación nada agradable, aunque ésta cruzó rápido el centro de la ciudad tomando en seguida la avenida Morones Prieto, que circunda a la vera del Río Santa Catarina. Un río cuyo cause es impresionante, principalmente cuando se aparece algún huracán perdido que toma por sorpresa a la ciudad. Muchos años tarda en llegar un huracán; pero cuando se le ocurre reaparecer, causa verdaderos peligros, poniendo en un gran dilema a la ciudad metropolitana de Monterrey. A la que todos conocemos como la Sultana del Norte.

Dilatamos un rato en el trayecto. Desde mi ventanilla también admiré la encendida cruz de la Basílica de Guadalupe imaginándome sus altares muy visitados y repletos de flores. La Virgen de Guadalupe en el país es un verdadero acontecimiento religioso y cultural.

Había pretendido negarme acompañarla nuevamente para evitar revivir las noches anteriores, sin embargo, Rosario me rogó hasta lo indecible, que fuera con ella en el interior de la ambulancia. No se por qué me ocurre a menudo, pero pocas veces le niego algo a las mujeres. He llegado a pensar que es cuestión de crianza a la que no puedo escapar, mi padre siempre decía en su cotidianidad absurda; primero las mujeres, segundo las mujeres y hasta el último los hombres. Así que estando a su lado y durante el recorrido me tomó de las manos repetidas veces y las besó, ejemplificando una delicada actitud de la hija hacia el padre, con los ojos hundidos en la profundidad de su melancolía y con miradas henchidas de agradecimiento. De repente subía sus manos y las rosaba con mis mejillas cariñosamente, con el propósito de inclinarme hacia ella buscando besarme en la barbilla áspera de mis recientes cuarenta años.

No se si bien vividos, nunca me he preguntado que hubiera sido de mí, si otra matriz me hubiera dado la vida. Como dicen, son factores circunstanciales que no valen la pena reparar en ellos, mucho menos cuando se está tan ocupado en llenar la existencia que nos toca por vivir. Por ahora, mi quehacer era Rosario y punto.

INSISTENCIA INUTIL

En una habitación ancha, bien equipada, con el sistema de aire acondicionado en red, televisión por cable, teléfono en cabecera, atención de primera y al instante, y con una enfermera en la puerta, eran las nuevas condiciones que se establecían en cuanto a la diferencia de los próximos días que le quedaban por reposar a mi bella morenita. Sin pensarlo me vi envuelto en una especie de capricho infantil en donde buscaba a toda costa que estuviera cómoda, confortable, nada excitada; con el fin de que la pasara lo mejor posible y ganarme su amor, por fin, hasta lograr serenarla. No iba a ser fácil; pero lo intentaría.

Después de tomar un baño auxiliada por la enfermera, se sintió de mejor talante para aligerar el rumbo de nuestra conversación. Nos sentamos en un sillón de esos llamados dúplex — que al ocupar el asiento se mira uno de frente — de piel oscura que se orillaba a la ventana, el color café oscuro del mismo, combinaba con su camisón largo, medio transparente, que ese día lucía. Aunque también lucía unos ojos que naufragaban en la tristeza, con los pómulos hundidos, sin sonrisa en los labios y las manos sin brújula cuando charlaba, como figura desorientada. Obedeció a mi instrucción de relajarse un rato invitándola a platicar de cualquier cosa. Aún así ella se atrevió a reiniciar el diálogo.

—¿Qué has hecho últimamente Edgar? —, preguntó mirándome al rostro y tomándome de la mano. Aproveché para ajustar mi trasero en el sillón de piel buscando mayor comodidad, abusando del momento de su cercanía para depositarle con extremo cariño un beso en la mejilla fría y amarilla, sintiéndola como una papa en el congelador.

—Lo de siempre. Vivir, esperándote a que te decidas vivir conmigo.

—Es muy difícil vivir, Edgar. Muy difícil.

—Así es. La vida no es nada fácil — le dije —, los riesgos existen desde el momento mismo en que te incorporas al nuevo día y como el día comienza cada veinticuatro horas, entonces debes estar preparada para enfrentarlo con ánimos renovados cada mañana. Déjame decirte que estoy pasando por una situación difícil en mi trabajo. Tengo agrios problemas para conservar mi empleo. La compañía donde trabajo ha liquidado mucho personal debido a una política de adelgazamiento en la estructura organizacional de los recursos humanos. Están afanosos en la búsqueda de una novedosa cultura de productividad, que impacte directamente en

favor de la preferencia del cliente. La competencia externa empuja diario a la interna, para exigir una mayor aplicación en todos los rincones de la compañía. Me las he visto negras para subsistir en tales condiciones. En donde gana el que consigue y maneja mayor información, en base, no solo a sus conocimientos, sino al poder de negociación sobre la materia de tu trabajo y del modo en que hagas distribuir ésta, para lograr las preferencias atractivas de tus clientes. Efectivamente, hoy en día la vida no es nada obvia; pero es hermoso saber vivirla, pocos saben disfrutarla —. Terminé diciendo efusivamente.

—Yo, ya no quiero vivirla - dijo tristemente.

—¿Por qué, Chayo?

—Porque no tengo nada. Estoy en el desierto, no miro nada para delante. Me pregunto ¿Dónde están esos motivos de los que hablas? Me he quedado sola, sin padre, sin madre, sin familia, sin trabajo, sin dinero y sin el hombre al que yo amaba.

Justo donde estábamos sentados la percepción del aire acondicionado sobre ambos era casi directa así que estiré el brazo y me hice de la colcha que desprendí de la cama a espaldas de nosotros, y nos envolvimos con ella para evitarnos un resfriado. Ella aceptó de buena gana que la abrazara dentro de la apartada intimidad en que nos encontrábamos.

—Que frases tan extrapoladas dices ¿Qué nadie te quiere? Eso es una mentira, sabes bien que te amo y para muestra, este botón —, le dije resbalando mi mejilla en la suya y apretando su hombro contra el mío amorosamente.

—Corazón, yo lo se — me respondió romántica y solidaria —. Sujetándome una mano y suavizándola con sus caricias al tiempo en que me regalaba su mirada enternecedora.

—Yo también te quiero, pero no como tu pretendes que lo haga, es más, no anhelo amarte del modo como quieres que te ame. No sabes como pienso en ti. Muchas veces lo hago Edgar, cuando estoy a solas. Tú eres mi seguridad, mi confianza, eres el único hombre en la vida al que nunca he escondido un solo sentimiento. Contigo mi secreto es excluyente, eres la persona a la que nunca he mentido una sola vez. A cualquier mujer le gustaría tener un hombre confidente, sin los arrebatos masculinos del clásico macho. Contigo soy íntegra, sincera, completa, transparente, sin escombros en mis palabras cuando te hablan y te buscan. Tu eres mi amigo, mi verdadero amigo, más que mi hermano o pariente. Te amo Edgar, de verdad. Pero te amo con un amor distinto, no profano, sin lujuria, desinteresado, tienes un valor especial que resulta imposible

encontrar en otro hombre, porque nadie me respeta como tu. Contigo no pienso en sexo, ni fornicar como hembra animal, no lo pienso, nunca me imagino contigo en la cama revolcándome entre las sábanas, ni te veo como el posible marido opresor que me encerrará en la cárcel del hogar, ni al hombre que prohibirá mi conducta equivocada si busco la aventura. Tu eres mi confesión y secreto, eres la luz de mi oscuridad insondable, eres el verbo conjugado con el bien, la palabra exacta que corrige la semántica de la mujer, eres el punto donde descansa mi oración rencorosa cuando ha dicho vilipendios en contra de la existencia masculina. Porque tú eres el amor que no puedo comprar, ni corromper, eres lo más digno, razón por la cual no te quiero ensuciar con estas manos y este cuerpo, que se han enlodado tratando de encontrar la semilla de la correspondencia mutua, en el eterno acuerdo convenenciero que se mantiene con los hombres.

Sin hacer un alto en su perorata siguió acaloradamente —. Con el paso de los años, tú me has enseñado a tratarte como persona, realmente como una gran persona, buscando con respeto perfeccionar nuestra amistad —¿Cómo entonces puedes decir que no te amo? Si no te veo como cualquier pelafustán masculino —. Una mujer y un hombre pueden tener la capacidad de amarse de eso estoy segura, sin tocar la almohada del asqueroso deseo carnal, sin penetrar en la vagina para poseerse, sin masturbar el pene para sentirse amad —. Tú has inventado una nueva definición de la amistad. Yo creo firmemente en tu amistad y me ciño fiel a tu consejo, contigo soy capaz de andar ciega por las calles si sintiera que viajaras a mi lado, porque eres ley. Creo en tu acento cuando me respondes, cuando me alineas, cuando tonificas mis dolencias. Presumo de un hombre como tu, de una sola intención y voluntad. Y te amo, porque tú me amas que finalmente es la razón más poderosa que nos une.

—Debería sentirme halagado con esta hermosa descripción, que me parece excelsa. Aunque ansío de ti mucho más. Por el momento dejaré las cosas como están ¿Lo que no entiendo es porque dices tonterías y vociferas que te has quedado sola? —dije con toda la intención de averiguarlo.

—Mira Edgar. A ti no te cambio por nada en el mundo porque, eres mi sentido correcto y el juez de mi moral, mi ortodoxa conciencia. Creo que quedó claro con todo lo anterior, sin embargo ya te había dicho que mi padre falleció, ¿verdad? —. Subí mi pierna derecha al sillón ladeando mi cuerpo un tanto y moví a Rosario de tal modo que su espalda se apoyara en mi pecho quedando su nuca frente a mis ojos favoreciendo la extensión de mis brazos en su tórax. Pensé que era una posición afable y confortable

en ambos para seguir platicando. Así que mi voz la tenía prácticamente en su cerebro.

—Sí, me lo dijiste. Aunque intuí que ibas a tomarlo con cierta resignación. Nuestros viejos algún día nos dejan, tarde o temprano y uno debe estar preparado para esperar la hora cero. La paternidad no es eterna, es permanentemente móvil, cambiante. Uno debe repetirse en forma constante. Ayer él fue mi padre. Ahora, lo seré yo de mis hijos. Es un círculo humano insalvable de la memoria en ésta cónclave a la que acudimos insoslayablemente todos. La fórmula debiera ser la de tratar de conceptualizar al padre como medio para dar la vida y no como al responsable total y único del futuro de nuestro destino. Claro, existen macabras excepciones. Me refiero a la generalidad de quienes nos cuidaron desde la infancia. De este modo, la curva elíptica seguirá orbitando sobre su propio eje, gravitando en la heredada concepción de la geografía del hombre. Así es la vida, ayer fue tu madre, mañana lo serás tú. Para millones la paternidad es gloria. Sé que no es sencillo. Tienes que acostumbrarte a la inexorable biología de los mortales y respetar la vida de los que nos antecedieron para cargar con un mañana sin rencores sembrados en el pasado.

—Si, Edgar tienes razón como siempre —, dijo Rosario sentenciando mis señalamientos —. Esta bien, pero déjame contarte algo que desconoces de mi padre. Me siento obligada a narrarlo para no quedarme con la cruda, es necesario que me escuches. Pensándolo bien, él debiera ser el único responsable, perdóname si soy testaruda e insista en esta postura, pero mi padre siempre quiso que yo fuera como él quería verme. Posesivo hasta la madre. Siempre me vio como "su niña". Si, su niña mimada y consentida a pesar de menstruar desde los trece años. Yo hubiese querido ser guiada por él totalmente. Erigida y conformada por su palabra y deseo, como la estatuilla que adorna una sala, como la escultura que se moldea al antojo, sin que él hubiese encontrado mi resistencia. Siempre y cuando mi padre me hubiera advertido conscientemente de la vida de hoy. El, bien pudo marcar la diferencia al tiempo debido. Aunque la realidad fue otra, para mi padre todos los años fui una niña aún y cuando ya era toda una mujer. Y cuando enconada le dije gritando que ya lo era, me desconoció dejándome casi de hablar. Carajo, todos los niños algún día llegamos a ser adolescentes —casi lloraba diciéndolo, marcando con enfática amargura sus aseveraciones —. Siempre me pareció que le disgustó verme hecha una mujer, su mente se quedó con la niña, con la Chayito. Su idea involucionó en ese sentido, nunca me perdonó que lo viera como su hija

mayor, como una mujer que le buscó para encontrar el consejo, el alivio, la palabra, la experiencia. Escasos, pero en muy escasos instantes me regaló una sonrisa franca, abierta y espontánea, en cambio él deseó que volviera la sonrisa e inocencia pueril de mis cinco años. Te podría apostar que él hubiera querido parar el tiempo en aquellos días en que sus niños corrían hacia él para abrazarle sus piernas largas y flacas, cuando lo miraban entrar por la puerta después de haber trabajado todo el día. Papito, papito, que bueno que llegaste. Y aligerando aún la memoria, déjame decirte que por lo menos desde que tengo uso de razón y capacidad para resolver mis contradicciones, no recuerdo alguna acción que me haya aplaudido, no recuerdo que me haya felicitado por tener buena conducta en la escuela, o por haberme portado bien en casa, o quizá por obtener una calificación de excelente en el salón de clases. Ahora, después de estos años que han pasado permíteme decirte con toda seguridad que nunca tuve un reconocimiento, apoyo o cariño de su parte. Suena cruel, hasta hoy se lo reprocho a pesar de la gran admiración que siento por él. Sin embargo —siguió diciendo —analizando otra faceta de su vida, mi padre fue sabio, conocía la estrella de su suerte, atinado para manejar sus asuntos de negocios en los que nadie se metía, solo él tomaba el riesgo debido, razonando e indagando sus asuntos casi con lujo de exploración. Siempre resolviéndolos adecuadamente. Nos demostró a toda la familia que tenía la pericia y el juicio exacto para manejarnos y además manipular a mi madre desde el nacimiento de sus ideas o pensamientos, hasta el paso dado. Y aunque en ella si encontraba férrea oposición, casi siempre supo someterla responsablemente, con argumentos. Quiero reconocer también, porque es una comprensiva consideración paternal, que tener un refrigerador invariablemente lleno hoy en día, es harto difícil. Con la mesa bien servida y los platos rebosados que son un deleite para la panza vacía. Es loable. Porque la vida de hoy es muy cara, lo se. Estoy segura que años atrás mi padre tuvo problemas gruesos para ganarse la vida y conseguir dinero. El control de la economía domestica es un tema que nunca ha sido tratado en universidades e institutos especializados; pero representa y de hecho lo es, una responsabilidad de todos los tiempos. Si no sabes administrarte eres un cero a la izquierda. Y si en casa, no tienes el talento para controlar tus gastos, mucho menos lo tendrás para aplicarlo en el trabajo. Dicen que esas cosas se aprenden en el aula y en el pizarrón. Yo digo que las aprendes en la eterna tarea hogareña de nuestros padres. Y mi tutor siempre cumplió con ese acostumbrado cometido. Como dicen, si quieres ser un buen primero, deberás ser un buen segundo.

—Entiendo —dije en un tono casi pensativo —, padres solamente una vez y con un estilo de mandato único. El trabajo de ellos se hace a su independencia y libre arbitrio, por tradición, por herencia recogida de nuestra cultura e idiosincrasia.
—Mira, Edgar —prosiguió hablando mientras que se desembarazaba de mi abrazo y la ayudaba a incorporarse del sillón comenzando a caminar de un lado a otro de la habitación del hospital, con la cobija encima de sus hombros. La intensidad del aire acondicionado le obligaba a realizar un poco de ejercicio —, después de todo lo que he pasado, hubiera querido tiempo en mi ayer para saber como actuar hoy. Si volviera a nacer le pediría a mi padre que me formara sola, con su consejo y con la mano, con una sonrisa abierta y reprimenda conjugada evitando la monotonía, que me enseñara a quererlo como su hija, no como al proveedor. Verlo desde la tribuna del estadio donde se ubican los fanáticos y admiradores hasta aprender de su ejemplo experto y grabarme sus mañas consabidas en el juego de la vida. Como torcer las curvas sin quebrarme, esperando ansiosamente ser mas tarde una protagonista con estilo igual al suyo. Con los años verme convertida en su investidura, en su prolongación sanguínea y moral. Y entonces permitirle admirar su propio trabajo desde la misma banquilla donde yo estuve, dándome así la oportunidad de intercambiar posiciones con él. Exigiéndole al principio que adopte su papel de padre, mirando a la hija y después de amigo a mujer, atestiguando así la transformación de su palabra, en acción. Y yo sintiendo su acento calificado en mi nueva experiencia de ser mujer, hasta llegar a ser tan fuerte y segura como él. De eso precisamente me quejo, de falta de apoyo y orientación, del espacio esperanzador muy suyo que anhelé y no recibí. Del tiempo que debió concederme como su hija mayor para conducirme, educarme y encauzarme. Estoy segura que si hubiera sido así, habría aprendido a idolatrar a mi viejo; pero su palabra se quedó en la sala de espera. En un hospital sin rehabilitación. En cambio, si vigiló con estúpido celo la impaciencia juvenil que me tocaba vivir en mi adolescencia. Fue el supervisor de mis tiempos gastados, el policía que checaba el horario y las distancias —, de repente me miraba, tomaba aire y enseguida proseguía con su monólogo que parecía no tener fin, yo la escuchaba paciente, sin moverme —. Desgraciadamente este señor impidió que alzara el vuelo con la oportunidad debida. Con ese velo de protección paternal blindado y estúpido, que como tutor se ocupó en exigirme el respeto a un horario riguroso, frenándome para salir sola a cualquier parte siendo prácticamente imposible llevar invitados a casa, para compartir con

ellos mis ideas, sueños, y anécdotas cotidianas. Más aún. El darme cuenta de no poder confiarle nada y platicarle de mis cosas personales, sin que lo transportara al morbo, a la perversa frontera de lo vedado. *Al eterno e infranqueable deber ser y querer ser.* Al percatarme de ello, entonces llegué al hermetismo y coloqué una barrera que al paso del tiempo se hizo una muralla impenetrable entre la palabra del adulto y la juventud. Precisamente ahí fue cuando me volví sorda y no quise enterarme que tenía un trabajo arduo por delante, una tarea por cumplir en la vida, y me enconché en una rebeldía ridícula convirtiendo el amor familiar en una lucha entre guerreros de la misma sangre.

Mi padre, al observar la conducta retadora de sus hijos, reforzó su papel reaccionario con terquedad y nos impuso renovadas instrucciones, amenazándonos con correrno de casa y despojándonos de sus opiniones y propios valores recogidos en la edad del crecimiento. De este modo el tutor se transformó en un dictador, semejante al papel de un gobernante o un autocrático director de empresa. Además de seguir siendo dueño del papel categórico de insustituible proveedor trayendo billetes en la mano. Y como el dinero es de primerísima importancia para sobrevivir en la familia, los hijos nos sometimos a la esclavitud que provocó el suministro religioso, subrayándose como parte fundamental del seno familiar.

Por estas ilustres razones, pretendí creer que él me sacaría eternamente de mis problemas, que los solucionaría fácil y rápido. Que en la vida, nunca estaría sola y cuando algún día ellos me faltaran como dices, me quedaría acompañada del resto de la familia, de la herencia venosa, del halo del bien, del ejemplo a seguir, del camino andado. Pero cuando la predicción falla, la lógica se tuerce y revira en tu contra. Todo se derrumba, tu inmunidad se desmorona como las migajas del pan, tu destino se diluye en las manos, la mente se transmuta, se hace añicos y la mentada esperanza se difumina en un horizonte carcomido por la rabia, la impotencia y el coraje. En cuanto a ti, bulto —, me dijo mirándome provocativa —sobre la insinuación que dejas entrever de mirarte como el padre que no me regaló el destino, estas en un error. Debo admitir con franqueza que te miro como una persona madura, congruente, centrada y difícilmente sales de tus casillas. Justo ahí se equilibran tus acciones con las mías. Bueno pues, eso es precisamente lo que me gusta de ti, que en mucho difiere de mi actitud. Es una razón sustentada, en tu ejemplo que me impulsa a buscarte y recargarme en tu criterio, aunque es cierto, no te miento, en ocasiones me inclino a pensar que hubieras sido el padre que de pequeña soñé.

—Gracias nuevamente por el piropo —le contesté al instante y agregué mi comentario que había guardado mientras la escuchaba —, quieres decir ¿Qué el trabajo de tu padre fue en vano? ¿No le agradeces por lo menos, la educación que recibiste cuando te sostuvo en la escuela?
—Lo que en realidad quiero decir es que el trabajo de mi padre no me gustó, ni al principio, ni al final de su camino. Creo que soy muy libre de subrayar y establecer una crítica razonada, sin querer aplicarle un juicio divino y dogmático, después de tantos años de vivir juntos, por lo menos quiero calificar el trabajo que hizo conmigo y la verdad, salió reprobado. Estoy segura que él pensó lo contrario. Dicho esto, te advierto que de ninguna manera significa que lo odie o ya no lo quiera, que quede claro, simplemente lo que quiero subrayar es que pudo hacer de mi, una mujer mejor preparada para enfrentar la vida, eso si se lo reclamo, ¿Por qué no? —. Se cansó de andar deambulando por el cuarto, se acercó a la cama para volver a meterse en ella cuidadosamente, como si algún hueso le estorbara.
—Si me queda claro— expresé casi convencido —sin embargo, me parece una posición muy unilateral de tu parte. Desde mi punto de vista el trabajo de los padres es encomiable. Sea cual fuere la forma en que te conducen por la vida. Obvio, siempre y cuando su propósito sea por el bien. Aunque tienes razón, yo no viví con él y por lo tanto mi comentario puede ser tomado a la ligera ya que no cuento con las mismas vivencias que vos, para ordenar una crítica de contrapeso —. No me dejó terminar porque me interrumpió nuevamente.
—¡Escucha corazón! si tú piensas que por el simple hecho de traernos al mundo, darnos cobija, alimento, casa y vestido es suficiente. Pues no, para mí no es suficiente. Es ese el trabajo de un proveedor precisamente. Que solo se ocupa de cumplir con una norma legalizada por la sociedad, se hace por tradición, vamos, porque lo ordena la biblia. No se lo que ocurra en otros países; pero en México los padres se preocupan tan solo de traer y mantener. Haciendo esa tarea y dando como dicen, todo su esfuerzo por llevarlo a casa, enmascaran el verdadero sentido de la paternidad y se auto nombran padres auténticos. Cuando su quehacer dista mucho de ser el que requiere un hijo en casa. Ser padre no tan solo es darme de tragar y comprar mis trapos, cualquiera lo hace. ¿Tú crees que los padres de Frida Kahlo, de Jackie Kennedy o de Hellen Keller realizaron con sus hijas, el mismo trabajo que todos los demás? —. Me miró penetrantemente con todo el deseo de que estuviera valorando su concepción de ideas, sentí que

ella deseaba ser escuchada plenamente en este momento. Quería tener la razón, le urgía tener la razón, por lo menos esta vez.

—Claro que no —dijo —el trabajo de esos señores debió tener un valor agregado, algo más que el proveer a sus hijas de lo básicamente necesario, más allá del consejo cotidiano moral y práctico. Ahí justamente se ubica el contrapunto. Mi padre debió suponer que algún día iba a faltar. Nadie tiene la vida comprada. El compromiso de él debió basarse en lograr que sus vástagos se valieran por sí mismos, generar que su apego amoroso mostrara el camino de nuestra independencia, educarnos para ser autosuficientes, claro, siempre a la sombra de sus lineamientos. Adonde iría a parar sin la fe que requiero para enfrentar las frivolidades mundanas. Sin embargo, con su actitud de no dejarte salir si no llevas acompañante. De no poder tardarte más allá de la hora prevista, porque no eras capaz de elegir a buenas amistades. Imposible guardar con llave lo que considerabas tus secretos, aunque fuesen banalidades. Con él en casa no podías narrar como había sido tu primer beso. No podías expresar felicidad si es que alguien te había dicho, te quiero. No podías llorar sin que lo hubieses transportado a la duda, mucho menos relatar tus primeras experiencias en el ámbito de las cosas del amor, sin que apareciese su insensato celo y la intención sempiterna de hurgar en tus adentros. En resumen, no podías encontrar respaldo de quien sabías, te iba a dejar caer todo el peso de su supuesta verticalidad. No podías confiar del que te enseñaba a desconfiar.

Me quedé anonadado, esperando que prosiguiera con sus verdades que me llegaban al corazón; pero que hacían conexión directa con el cerebro. Así era como ella había vivido y así calificaba el paso de la niñez a su adolescencia. Y como dijo, con la aparición repentina de enfrentarse al mundo de la mujer, que el papá le había escondido, tal vez con toda la carga cándida de alguien que no mide la estatura de sus hijos, sino hasta que los ve partir.

—Tienes razón, si, tienes razón. Prefiero silenciar mis comentarios al respecto. Y te pido que no seas tan dura contigo, ni con tus padres, que a su modo te han educado y conducido hasta donde ahora te encuentras. Por cierto, nunca te lo he preguntado —¿Oriundo de donde fue Don Raúl?

—El era de un pueblecito perdido en el desierto, que se llama Juan Aldama, por allá lejos, a lado de una de las desoladas carreteras del Estado de Zacatecas.

—¿También ahí naciste tu?

—Si así es. Al igual que dos de mis hermanos, porque el otro par, nació en el Distrito Federal debido a que mi padre decidió escapar de la provincia y convertirse en capitalino instalando una tlapalería al llegar a la ciudad.
—¿Recuerdas en que año se vino a la ciudad de México?
—¡Hummm!, creo que hace veinte años, si no me equivoco. Lo que si tengo en mente es que a la capital llegué a estudiar mi secundaria, preparatoria y más tarde, mi licenciatura en psicología. Que por cierto, es lo único bueno que he hecho en mi vida. Lo demás ya lo conoces.
—Creo que esa es una de las cosas que debes agradecerle a él, ¿no crees?
—Si, seguramente si. Otra vez tienes razón.
—¿Dónde enterraron a Don Raúl?
—En un cementerio que está en las orillas del Distrito Federal. Es un poblado pequeño llamado San Francisco Atemoaya, en Xochimilco. Por cierto que en ese lugar ocurrió una desgracia que debes recordar y si no, te pondré al tanto. Una mañana un camión de volteo bien cargado que transportaba tierra, se dirigía a tirarla en una obra en construcción de por el rumbo. Bajaba por una gran pendiente bastante pronunciada, de pronto, el infausto camión se quedó sin frenos; desgraciadamente el chofer no supo o no pudo controlar adecuadamente la carga y fue a parar hasta una esquina, donde cerca de veinte niños esperaban el transporte escolar. ¡A todos los mató!. Este accidente fue muy sonado y difundido en la capital. Pues bien, mi padre fue hasta ese lugarcito a prestar ayuda, asistió a los funerales y desde entonces hizo amistad con los funcionarios del panteón, cuya generosidad se manifestó en apartarle un pedazo para cuando le tocara su turno como sucedió más adelante. No sin antes, cumplirles con algunos regalitos y dádivas como pintura, herramienta y otras cosas que manejaba mi papá en su negocio de ferretería. Ya te he platicado del negocito que tenía para sostenernos a todos.
—Si así es, perdona mi curiosidad mujer no la confundas por morbosidad pero ¿como te fue en el entierro? Es decir, ¿como salieron las cosas el día en que enterraron a tu padre?
—A pesar de todo lo que acabo de contarte le lloré mucho. De hecho fui la única persona que se desgarró en llanto cuando la caja gris entraba al pozo profundo. Sabía que jamás volvería a verlo y ese sentimiento casi me derrumba dentro del hoyo en ese momento. Fue como si enterraran un tesoro que no iba a cobrar nunca. Increíblemente, tuve una reacción desconocida. Me vi en una situación sumamente borrascosa, al grado de no poder controlar los gritos que salían de mi garganta. Y es que yo esperaba mucho de él y se fue debiéndome la solución al crucigrama de mi

vida. Quizá por eso quería, en su último momento cobrarle todo el silencio con que me arropó. Mientras el vivió sentí que jamás me iba a pasar nada, carajo, nunca lo imaginé muerto. Pasaban y pasaban los años y el estuvo siempre ahí, en el umbral de la casa, esperando el nuevo día. Claro está que cuando presenciaba su último viaje hacia lo insondable, mi reacción fue totalmente dolorosa. Lo que siento por mi padre es inexplicable. Es un sentimiento de odio por encarcelar mi crecimiento; pero a la vez de agradecimiento por sobre protegerme. Debo estar loca.

Cuando ella terminó de decir todo lo anterior, me incorporé del sillón acercándome hasta la orilla de la cama, nos miramos ambos a los ojos y en forma automática nos buscamos para encontrarnos en un abrazo de solidaridad y lealtad. Al sentir su cuerpo con el mío no percibía adeudos, porque desde que nos conocimos marqué una señal en mi vida para esperarla, de eso hace casi diez años. Desde esa fecha decidí mantenerme cerca para conquistarla. Es cierto, desde entonces espero su caritativo sí, sin barreras. Y sigo esperando.

Dos días después dejó el hospital bastante apacible, aunque el médico nos había dado instrucciones superlativas de regresar a consulta para proseguir el tratamiento indicado. El psicoanalista fue contundente cuando mencionó que no debíamos dejar lo sucedido simplemente al aire. Todo en la vida tiene un porqué dijo, y ese tipo de reacciones desconocidas en la personalidad de uno, deben escarbarse hasta llegar al núcleo del incidente. No importa cuan profundo sea. De manera que, estando fuera del hospital, ella basó su preocupación en preguntarse donde iba a vivir ahora, y aunque yo le ofrecí ayuda poniendo a disposición mi casa, se empeñó en rechazarla en evidente manifestación de disuadir cualquier compromiso. Mi pertinaz insistencia dio paso a una respuesta inesperada que me costó mucho trabajo deglutir.

—Edgar, yo quería el cielo y tu me devolviste a la tierra. Yo quería un sueño y tú me devolviste una realidad gris. Yo quería un horizonte quieto, limpio, eterno, conjurado con las estrellas y tú me diste una palabra viva, cruda, envuelta en un consejo terrenal. Quería las flores divinas con todos sus colores en mi loza, y ahora sigues insistiendo, en querer encerrarme en la prisión de tus deseos. Por favor, no absorbas mi pertenencia y deja que mis decisiones, se alojen en el breve espacio donde se conciben.

—Lo siento —, le dije. No podía dejarte morir —. No puedo decirte otra cosa. Y lo volvería a hacer. Porque mi erario eres tú y yo soy de carne y hueso. Siento y pienso que soy un humilde terrestre y como tal actúo con plena libertad para defender mis ideales por los que tanto he luchado. Y tú

eres el más noble de ellos. Y como tú también existes en esta vida profana ambiciono satisfacer las tuyas. Porque te amo, y todo lo que amo lo considero mío. Lo que hoy en realidad deseo, es despojarte de la tristeza que te agobia y contribuir en lo que sea posible, para que seas una mujer nueva. Es irrefutable mi testimonio de honorabilidad y amor, hasta ahora. No lo dudes. Soy mucho más que tu amigo y mis sentimientos cubren ese perfil, más allá de lo imaginablemente contenido en una simple amistad. Por eso creo que el fin justifica los medios y hoy, no quiero desviar mi determinación de convertir tus días en plena bonanza.

Ella me regaló una mirada tierna, yo me quedé callado. Ella me tomó de la mano, seguí callado. Ella me besó suavemente en la boca; me calló. Las cosas siguieron funcionando. Cada quien en su rollo. Defendiendo su identidad. Pasadas unas horas ella se puso en contacto con una amiga, que desde siempre había conservado y quien vivía sola en un apartamento de la colonia del Valle, municipio de Garza García y hasta allí fui a depositarla obedientemente.

DON RAUL

Edgar desconoce muchas cosas acerca de mi padre al que tengo en gran estima. Son recuerdos que solo yo soy capaz de mantener en la memoria, por el amor y admiración que le debía. Se que soy discordante y voluble, tal vez mi carácter esté ordenado en función del mismo comportamiento consanguíneo, no lo se. Lo odio y lo amo, dualidad estúpida; ignoro a la vez cual de los dos sentimientos sea más intenso. Sin embargo, presumo conocer lo suficiente acerca de su vida.

Recuerdo muy bien de una extraña ocasión en que llegó a casa con sus tragos encima, medio borracho, reconozco que nunca lo hacía, pero esa tarde fue y fui la única en que lo vio en tal estado. Y justo cuando pensé que iba a aprovecharse de la situación para golpearme, por que estaba sola en casa, inusitadamente me buscó para confiarme sus secretos. En un plan meramente enigmático escuché sus confidencias nunca antes oídas, abriéndose de capa conmigo, como si la imagen de su hija estuviese convertida en alguna especie de receptora sacerdotal. Mi padre nunca abría la boca, a menos que fuera para comer. Y eso de contarme acerca de su infancia y parte de su adolescencia fue para mí, todo un acontecimiento. Creo que la borrachera le hizo sentirse nostálgico.

Desde entonces me grabé que un día del mes de mayo del histórico año 1906, Raúl Medina Hernández, era su nombre completo, salió gritando del vientre materno en un poblado semidesértico y polvoso, situado al norte del Estado de Zacatecas; llamado Juan Aldama. Mi padre por coincidencia tuvo la fortuna o la desgracia, de venir al mundo justo a la víspera de un torbellino revolucionario que virginalmente tuvo por objeto mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los mexicanos. Bueno, eso era lo que entonces se contaba entre los llanos del nopal y del maguey. La verdad es que toda la pelotera revolucionaria terminó siendo otra cosa, según las palabras de él mismo cuando refirió el caso.

Y comenzó a relatarme el cómo eran sus días en aquellos años de mocedad. Siendo Juan Aldama un poblado árido, seco, pobre y con fuertes problemas para la obtención del agua, no tan sólo para beberla, sino también para los servicios del campero en la agricultura. Situado allí en donde las cactáceas hacen su reino y las nopaleras se yerguen retadoras alzando las tunas, elevando su perfil hacia el sol poderoso y candente. Un poblado revestido de paisajes fijos e inmóviles, desértico a

los ojos del lugareño, salvo en ocasiones en que las nubes en plan benévolo y caritativo dejaban caer, un poco de lluvia regando esas tierras sedientas. Allí nació mi padre, bajo esas rigurosas condiciones climatológicas, en el corazón de un pueblo que se negó a morir y opuso una severa resistencia a las inclemencias del tiempo. Con los años, sin embargo, Juan Aldama revestiría gran importancia en la huella del movimiento revolucionario, por ser el paso obligado y crítico hacia el norte del país, por parte de las tropas de Francisco Villa y sus correligionarios.

El padre de mi padre, o sea mi abuelo. Siempre estuvo a la expectativa de los acontecimientos y de los actos beligerantes iniciados entonces, en aquel México bronco aún y cuando la geografía de este lugar es bastante apartada. Mi abuelo vive hasta que él cumple los seis años de edad. Según mi padre, él era un viejo campesino de recogidas costumbres de antaño, que convivió toda su vida junto al huizache y el mezquite. Alimentándose de tortillas embarradas de salsa picosa acompañadas del tradicional plato de frijoles y de su indispensable jarro de pulque para refrescarse el paladar. Campesino que al caminar con sus huaraches sempiternos por los campos, lo convierten en un hombre diestro para sembrar sus tierras y sacarle provecho a sus escasos recursos monetarios. De sombrero de ala ancha y su manta blanca, cual indígena que trasciende orgulloso desde sus ancestros. Dice un viejo refrán mexicano, todo por servir se acaba; y el viejo muere tendido en una colchoneta asentada sobre un tablón en una casita de adobe. Fueron dos velas a modo de cirios los que alumbraron las caras compungidas de sus mocosos, para luego mirarlo viajar hacia el fondo de esa tierra en donde tanto deambuló. Hombre que amó la campiña, arreando los animales, sembrando frijol y maíz, acarreando el agua en tambos sobre su espalda y la leña sobre sus hombros. Un ser humano que fue ataviado por el sol zacatecano.

Mi papá — me sigue diciendo — pronto aprende y hereda estas condiciones que impone el medio para apaciguar su hambre y la de sus hermanos menores, quienes empiezan a sufrir los estragos del estómago vacío y los inapelables retortijones intestinales. Entonces se dedica a transportar bultos y sacar agua de los pozos, a realizar mandados a los hacendados, a subsistir y ser testigo de manera indirecta de asaltos a ranchos de apoderados y gente adinerada. Constata la acción de bandas sublevadas enarbolando supuestas banderas de símbolos revolucionarios, que embisten impunemente al pudiente para arrebatarle y quitarle sus pertenencias, con el pretexto infame de ayudarse a sobrevivir.

Entre tanto mi abuela, su madre, se dedica a labores de servidumbre. Por la casa de aquí y la de allá, lavando y planchando ropa ajena para poder enfrentar un futuro que no había considerado en tan corto tiempo. Ya que su esposo murió de sorpresiva neumonía dejándola sin amparo económico, tornándose de la noche a la mañana en una persona que tendría que valerse por sí misma. En una madre con todas las responsabilidades consabidas agregando las que realizaba el padre recién fallecido. Tal situación se presta para que los chiquillos crezcan con marcado desequilibrio, sin las riendas del progenitor que siempre impone respeto en cualquier hogar. Ocupada entonces como estaba la madre, ya no tiene tiempo para dedicarse a sus vagos escuincles como lo hacía tiempo atrás, y ahora desorientados empiezan a errar entre las calles y los terregales del pueblo, sin vigilancia paterna y sin tener oportunidad de asistir a la escuela, porque lo que ella gana no alcanza para la compra de libros y cuadernos de sus inquietos hijos. De manera que la preocupación por si misma escapaba de sus quebrantos, tan sólo pensando en la urgencia de ganarse un dinerito para alimentarlos. Aún más, esta crisis era una verdadera epidemia en el pueblo, el analfabetismo reinaba en un noventa y cinco por ciento, no sólo en este poblado, sino en la mayoría de la provincia mexicana, de modo que, el no saber leer y escribir en tales condiciones de vida era un sello estigmático. Me imagino que ella se preguntó ¿Qué hacer? Toda su vida vivió entre el molcajete y los tepalcates ¿Qué hacer? Acostumbrada a dormir cerca de la lumbre iluminando su petate.

Mi padre subrayaba que en aquel entonces la República Mexicana subsistía en casi todos sus rincones, con una beligerancia absoluta. Todos en franca revuelta. Se sucedían acontecimientos atroces en el centro del país que trastocaron la historia de entonces, apareciendo en el plano político de manera preponderante, Don Francisco I. Madero cuyos conocidos propósitos eran sufragio efectivo y no reelección. Acaudillaba una nueva legislación en beneficio de la sometida clase obrera. Su arenga se basaba en la inmediata ejecución de obras de irrigación. De ayuda al campo que tenía pendiente a mi abuela. El fomento a la instrucción pública. El apoyo al municipio libre y manifestaba la urgente recomposición del mantenimiento de las buenas relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica.

Hasta Juan Aldama llegó la noticia, el 15 de abril de 1910 Madero fue postulado para la presidencia. Seguro de su popularidad efectuó su primer mitin el primero de mayo en el corazón de la ciudad de

México donde reunió a más de seis mil personas. Pocos días después empieza a realizar su gira política por todos los rincones del país. El ambiente estaba sumamente caldeado, se sabía que Don Porfirio Díaz iba a ser de las suyas para impedir que Madero se saliera con la victoria, así que buscaría cualquier pretexto para aprehenderlo, poniéndolo en la cárcel y desprestigiarlo ante el pueblo. Pero a Madero no lo detiene nada y llega a Monterrey habiendo cruzado muchos estados, continuando su campaña proselitista. Es en esta ciudad, donde realiza un mitin en que se arma una gresca entre partidarios y policías interviniendo muy oportunamente la figura de Don Roque Estrada quien impide con energía la violencia entre el tumulto, pero desafortunadamente esto bastó para que el gobierno de Díaz emitiera orden de aprehensión contra el orador político. Fue así como estando Madero a bordo del tren listo para partir, llegó la policía y lo detuvo con la cándida acusación de haber protegido y comandado la fuga de Roque Estrada y otros delitos menores. Haciendo gala de su cinismo acostumbrado Don Porfirio anuncia el 26 de julio de 1910 el triunfo de la planilla Díaz-Corral sin oposición al frente mientras que el menudito Madero es mantenido preso en Monterrey. Todos estos acontecimientos llegan a Juan Aldama semanas después con lujo de detalles, vía periódico de aquella época. Unos se aprestan a seguir a los que se augura irán con los revolucionarios, aunque otros camperos prefieren quedarse callados y proteger la vida de su familia por cuestiones de seguridad.

Meses más tarde Madero solicita su libertad. Se traslada a San Antonio, Texas., donde se reúne con Manuel García Vigíl, Sánchez Azcona y Aquiles Serdán; quienes lo apoyan para que firme el Plan de San Luis, en el que se declaran nulas las elecciones presidenciales de 1910 por violación al sufragio. A partir de este momento muchos hombres de varios puntos del país se levantan en armas en contra del régimen Díaz-Corral, quienes, según mi viejo, habían hecho de las elecciones un descarado fraude. Por tanto el famoso Plan de San Luis declara a Madero presidente provisional de los Estados Unidos Mexicanos, apoyándose en la tesis de que si él hubiera estado libre en las elecciones, indudablemente hubiese salido electo para ocupar la primera magistratura de la nación. Por ende invita a todos los ciudadanos para que el 20 de noviembre los mexicanos tomen las armas con el propósito de arrojar fuera de las fronteras al gobierno ilegítimo de Díaz.

Para infortunio de sus pocos habitantes Juan Aldama se sitúa justamente en el paso preferido de los revolucionarios; ya sea con destino hacia Torreón o Gómez Palacio. Al Estado de Chihuahua, o a la ciudad de

Saltillo. De modo que sus pobladores aún no queriendo quedan implícitos en la lucha colectiva, por la importancia que geográficamente cobra al paso de los grupos armados. Dicha coincidencia genera entendida confusión entre los habitantes de Juan Aldama siendo arrastrados por diversas corrientes ideológicas, perdiendo la brújula de las acciones y el sentido del bien final, en la batalla que se libraba. De todos era sabido que Porfirio Díaz había cometido el error histórico de no haberse retirado a tiempo, a pesar del consejo de sus más fieles allegados. Y ahora todo era un desastre. Los poblados y vecindades del norte de México principalmente sufrían las ingratas prácticas de violaciones, asaltos, asesinatos y persecuciones de pandillas armadas que se dedicaban a sembrar el terror por donde pasaban simulando ser leales a la revolución.

Doña Refugio, madre de mi papá, se hace de una máquina de coser que adquiere de una forma extraña, pero milagrosa sabiendo que ésta proviene del desfalco a un rancho de gente rica. En todo se fija menos en ese detalle. Hay que ganarse la vida de algún modo y dejar los sentimientos puritanos a un lado. Su santo Raulito y tres de sus amigos aprovechando el tumulto a la hora de asaltar una hacienda cercana al poblado de Torreón, sustraen de las recamaras principales el tesoro para llevárselo a la Señora Refugio que con una expresión de *"Válgame Dios Santo"* la recibe de mil amores, a pesar de ser extremadamente católica. Acción del todo reprobable de los chamacos sin lugar a dudas; pero con un sentido de imperturbable retribución en tales condiciones. La abuela empieza aprendiendo si, pero echando muchas piezas a perder, la carga que sopesa su espalda la revive constantemente, sabe que cuatro hijos dependen completamente de su férrea voluntad, del valor con que enfrente la crudeza de su realidad. Vaticina un futuro incierto en donde existen muchas carencias y hambre pero piensa que encomendándose a la gracia de la Virgen de Guadalupe, la esperanza y la fe no la dejarán sucumbir en la desgracia. Pronto la novatez deja de agobiarla y adquiere a base de práctica los conocimientos necesarios para seguir adiestrándose, se aplica en los secretos de la confección de prendas de vestir reaccionando positivamente ante el porvenir nada promisorio. Se enseña a pegar botones, hacer ojales, parchar y hacer remiendos. Comienza a colaborar en el diseño de algunos vestidos, introduce buenas ideas a nuevos estilos que requieren sus menguados clientes a precios accesibles, hasta que ello resulta en una acción promotora que en breve fue reconocida, por el resto del poblado.

Aunque este proceso resulta estimulante con el paso del tiempo, también tiene sus bemoles en la operación ya que el trabajo de costurera requiere de precisión y su edad no se lo permite, se nota que es torpe y lenta. Pero dicen que la experiencia hace al maestro y su oficio cobra fama entre la población a pesar de todo. Claro, no cualquiera tiene una máquina de coser que garantiza trabajos bien hechos, esa es la respuesta a la diferencia entre quien se dedicaba a coser. Y aunque al rato le gente se enteró de la procedencia de la maquinita, con el tiempo tal noticia ya no causó un impacto negativo. Meses después nadie se acordaba de cual había sido el verdadero origen de su afición por la costura, sin embargo, esa eventualidad cambió totalmente el porvenir de la familia.

El dinero en tiempos de la insurrección era muy escaso no sólo para ganarlo y obtenerlo, también para gastarlo, dependiendo de la clase y tipo de moneda que se traía en el bolsillo. Por el año de 1916 los líderes revolucionarios crearon sus monedas particulares con el afán de hacer compras de armamento y abastecerse para sostener a su tropa; pero dichos billetes llegados al bolsillo de los ciudadanos, no valían un cacahuate. En cambio quien poseía dinero de curso legal lo enterraba temeroso de la situación, ya que ni en los bancos estaba seguro. En aquellos tiempos broncos muchas fábricas cerraron y hubo una semiparalización comercial hasta que el fantasma del hambre amenazaba a la ciudadanía, no teniendo más remedio que participar en los lances aventureros, atracos y abordajes del movimiento revolucionario.

La impune y negligente impresión del dinero a su libre albedrío hacía que al llegar a la gente pobre éste causaba severos problemas para el intercambio comercial. Obvio es suponer que la mercancía también tenía sus marcadas diferencias, y los comerciantes no podían rechazar del todo a la gente que portaba monedas distintas, sabedores de los problemas que esto podría originarles, entonces clasificaban la mercancía para comprarse con una, u otra moneda. Es así como mi abuela, se ve obligada a materializar trueques con la comunidad debido a la dificultad que representa hacerlo con billetes que en su mayoría eran ficticios. Hace trabajos de costura al abarrotero con la finalidad de intercambiarlos por productos alimenticios. Al panadero para verse compensada con piezas de pan. También gratifica con la hechura de un vestido a la vecina por haberle hecho un favor económico. En fin, ella misma se ve impulsada para buscar la forma de salir adelante con todos sus hijos. Sabe muy bien que desde el día que mataron al señor Francisco I. Madero el país era un

verdadero revoltijo y por esa indispensable razón tenía que adaptarse a las circunstancias de la época.

Cuenta mi padre que él venía desenvolviéndose en un medio rural bastante hostil. Él y mis tres tíos atestiguan con frecuencia la entrada a tropel de la caballería militar advirtiendo el escándalo de éstos, en la plaza principal del pueblo. Se enteran de asesinatos y fusilamientos a mansalva en las afueras de las haciendas y ranchos cercanos a Juan Aldama, adoptando en su tempranero diccionario infantil palabras como fusil, paredón, general, soldadera, pelón, traidor, gachupín, federal, cañón. Cruzando los doce años de edad él investiga, pregunta, cuestiona, observa cada cosa que ocurre, esta ávido de conocimientos, envuelto en el voraz anhelo de resolver cada partícula de sus dudas para digerirlas perfectamente. La misma actividad volitiva a que está sometido lo hace transformarse de una manera decidida. Todo lo que presencia, piensa y oye se transforma en acción y movimiento, materializando así su noción de la realidad en que vive. Combina el hambre y la estrechez en que subsiste con la diversión y esa mentalidad infantil que facilita la disgregación de los problemas. Esa infancia que no dimensiona las necesidades a veces cruentas del estado en que se guardan las cosas.

Él y sus hermanos pasan los días como les es posible dentro de la conocida ranchería. Porque es obvio suponer que en un poblado de apenas dos mil habitantes aproximadamente hay una gran familiaridad entre las gentes. El entretenimiento de los chiquillos se basa en el ejemplo y la imitación de los guerrilleros inventando juegos de tiro al blanco o simulando la persecución de bandidos a los que hay que matar o pensando en la rivalidad, y en la mayoría de los casos soñando en ser igual al bandido admirado que envuelto en sus cananas y con sombrero ancho, hace de las suyas por las llanuras sembrando terror. Esta es la formación de mi padre y la manera en que se desenvuelve. Sin guía, sin orientación, en la nulidad educativa. Sobrevive como puede, a su modo. Arreglándoselas entre la necesidad, sus antojos y el paso de las guerrillas, sin tutor y sin escuela.

No tiene influencia escolar, de hecho nunca asiste. El silabario, que es el primer libro escolar de enseñanza primaria en donde se muestran las letras que componen el abecedario en aquel entonces, jamás pasa por sus manos. En parte porque en aquellos años la situación prevaleciente hacía difícil que se dieran esas condiciones educativas en los centros escolares provincianos. Los niños tenían clases por breves temporadas y se ausentaban por otras más largas. En ocasiones estos recintos plenamente

educativos al igual que los templos eclesiásticos se aprovisionaban como hospitales, pero en otras servían como escondite a favor de los bandoleros. En todo caso muchas escuelas eran destruidas por la acción propia de la revolución, en donde las batallas que se libraban, se escogían edificios al azar en donde esconderse o defenderse del enemigo. Así que, escuelas, hospitales o templos eran presa del estúpido momento arbitrario, de los contendientes.

En la segunda década del siglo XX el analfabetismo alcanzaba proporciones gigantescas debido a los sucesos ya referidos y a la diseminación que se dio en los niveles sociales, dando como resultado la abrupta separación entre las clases bajas y las altas, también a la falta de escuelas, maestros y a la exorbitante pobreza. Hay que vivir buscando el cómo y el dónde, de manera primitiva, tal vez intuitivamente sintiendo el hambre entre las tripas. Así que él se emplea en comparecencia de compañeros campesinos, en tareas de surcos o canaletas en las tierras para siembra, en la formación de acequias, para que el agua siga su curso cuando llueve. Se ocupa en arrear ganado, cuidar ovejas, arrastrar leña hasta las haciendas corriéndole el sudor por todo el cuerpo cuando se presta a las labores de pisca en los maizales y en los campos de algodón. Se aprende de memoria los paisajes, cruza las campiñas y las praderas, los panteones y los cultivos, las zonas arboladas y boscosas y los senderos que se dibujan caprichosamente entre los matorrales llevándose de penitencia varias veces, heridas importantes por las biznagas con su carnosa y cilíndrica masa de espinas, que le cruzan los huaraches o en los garambullos que la gente llama pitahayas y acostumbra ingerir, como si fuera el postre en algunas aldeas. Su sombra vaga entre las nopaleras y los huizaches, sueña con otro porvenir a la luz de los mezquites, que se dan por cientos en esos páramos desolados y calcinados por el rey sol. De vez en vez alza el rostro hacia el cielo en busca de algo que cambie el devenir de sus días, aún en esa temprana edad se resiste a la soledad campirana, al hambre, a las privaciones, a la forma de aprender de la vida misma.

Estoy segura que en aquel entonces— lo conocí tan bien —, en mi padre surgen reflexiones e interrogantes incuestionables ¿Quién soy yo? ¿Qué estoy haciendo aquí? Y en esa búsqueda interna explora sus propias relaciones con el medio ambiente al que domina con la palma de su mano, pero inconforme con la suerte que le ha tocado por vivir. Saber leer y escribir en ese entorno no le apura, porque aunque analfabeta a los quince años ya conoce muchas cosas y casos, lugares y sitios a la redonda que le

han dado cierta experiencia para proveerse de sus necesidades básicas de subsistencia. Sabe hacer todo en el campo y conoce casi la totalidad de la herramienta manual que un labriego requiere, para ser diestro en la siembra del algodón y en el tratamiento inteligente del maíz, ha manejado su almacenamiento y su frente ha sudado el desgrane de la mazorca, que tibia por el calor se despedaza entre los dedos cuando rasga los granos contra la piedra. La costumbre lo convierte en responsable de todos los menesteres, impulsado por su madre que lo saca temprano de las sábanas calientes de la cama. A fuego lento, le prepara sus frijoles en un plato hondo para que consuma el caldo lleno de hierro alimenticio preparado en una olla de barro puesto a las brazas del carbón, con una taza de café humeante que acompaña con tortillas palmeadas al rigor del desayuno. Así sale de casa todas las mañanas cuando el sol aparece esplendoroso por las montañas enanas del lugar. Este hábito hasta cierto punto forma una memoria imborrable ya que convergen en un canal de imágenes que facilitan sus posibilidades de adaptación para defenderse del medio ambiente en que viven.

Mi padre sin el suyo que lo oriente, distingue en su edad precoz una mayor inquietud para desenvolverse que sus hermanos menores. Más despierto y vivaracho, aunque flaco y de brazos largos, abdomen liso y cintura breve, enfrenta con vigor su adolescencia. La tifoidea y la viruela en esos años arrasan con la población en rancherías aledañas a Juan Aldama razón por la que, mi abuelita Refugio, los esconde en casa más de tres meses sin salir de la cocina. En cierta ocasión a uno de mis tíos le dio hepatitis y ella se vio obligada a encargar a los demás hijos por tiempo prolongado a otra señora vecina para evitar su propagación maligna entre la familia. Sabía que la confianza podía culminar en un fatal desenlace de sus hijos queridos. A pesar de su escasa educación conocía el oficio preliminar de las curaciones y pócimas para darle a sus chamacos. También escuché a mi padre decir que se había enfermado del estómago, su madre le dio a tragar aceite de ricino con jugo de naranja, con los retortijones tan agudos y un tremendo dolor entre los intestinos soportó valientemente el remedio de mi abuela, quien le oprimió la nariz con los dedos, para impedir que oliera la receta e hizo que se la tragara hasta la última gota; pero fue suficiente para que la panza se le limpiara completamente. En seguida le administró un té milagroso de yerbas un tanto extrañas combinadas con una poción cremosa, que apaciguó los dolores, tranquilizando los infames hervores estomacales. Como dicen,

"Santo remedio". Durante mucho tiempo él no volvió a padecer de lo mismo.

La convivencia con sus hermanos tuvo una peculiaridad. La disgregación familiar. La ausencia del padre fue la causa fundamental para que este fenómeno fuese el tatuaje del apellido, ya que cada uno de los hermanos tuvo un rumbo distinto. Mi padre inclinó la balanza iniciándose con el ejemplo para que esta situación se presentara, desapareciendo del hogar intermitentemente por la dedicación al trabajo y por querer vivir ansiosamente la parte que le tocaba. La angustia por sobresalir, las carencias y el orgullo fueron bastos ingredientes que reinaron en sus relaciones interpersonales apurando la desintegración, que sin mi abuelo presente transformó el rumbo de la generación sanguínea. Aunque nunca hubo un odio intrincado entre los hermanos si existió cierto divorcio que Doña Refugio adivinó desde la misma partida de su marido. Mi padre se dedicó a lo suyo, el hermano menor fue el único faldero que persiguió el destino de mi abuela, que en paz descanse, los otros dos fueron a parar a la ciudad de Gómez Palacios trabajando aquí y allá, donde más tarde encontraron un panorama regularmente estable a lado de unos parientes consanguíneos.

Cargando con sus dieciséis primaveras y dejando una gris infancia detrás, la adolescencia tocó a su puerta con el cuerpo viviente y ansioso de conocer los sabores que experimentaría en su proximidad. Él busca ese amanecer lozano, menos sombrío, quiere encontrar otro tipo de oportunidades que le trasladen a una esfera distinta, siendo ésta una distinción congruente dentro de su personalidad emotiva y juvenil. Su deseo incesante por saber que le depara el futuro es suficiente razón para el insomnio. En muchas noches no logra conciliar el sueño, tiene irrefrenables fantasías pensando en la nulidad en que pasan sus días. Afortunadamente estas introspecciones transitorias soliviantadas por sus cambios hormonales contribuyen para percatarse de que su incipiente protagonismo en el campo es fastidioso, por lo que decide construir sus días por venir con sus propios recursos. Con esa táctica fortalece su alma y espíritu para salir adelante. Este penoso cautiverio le permite estudiar sus cuitas y la miseria en que vive. Platica consigo mismo, con sus compañeros con los que ronda el pueblo, consulta con el párroco de la iglesia comunicándole sus conjeturas y vicisitudes. Se hinca ante la Virgen de Guadalupe, también ante la imagen del Santo Niño de Atocha, a fin de que ilumine su pensamiento. Según la tradición que ha cruzado varias generaciones se pide con toda la fe frente a los retablos católicos, ayuda

para sacarlos del atolladero. Así pasan los años entre los llanos y el desierto, viviendo los despliegues de la revolución estridente y el inacabable deseo de comer que maltrata al intestino, y en esa constante se mantiene para no sucumbir ante estas penalidades que arrollaron a familias enteras y pueblos que se pensaron seguros y estables.

Él presenció muchos incidentes que figuraron la cuerda atada a sujetos desdichados colgados de las ramas de los arboles en campos abiertos, como una señal de la triste historia de hombres que lucharon palmo a palmo por ideales evaporados en la cruda realidad. Villas y haciendas fueron quemadas, saqueadas sin consideración alguna, simplemente porque tuvieron la desgracia de haberse establecido accidentalmente, en el paso de las tropas de su bando o de otro. Huertas y quintas, que antes fueron una fuente de abundancia eran desvalijadas y desplumadas rabiosamente por el salvaje tropel. La población civil se vio maltratada e involucrada en los asaltos de los desalmados, que sin un alto en sus barbaridades mataban, violaban, usurpaban, cambiando así en minutos su destino. La estúpida caballería solo dejaba la huella del quebranto y la imborrable herradura sobre el cuerpo de los inocentes.

También fue testigo del rapto cínico y descarado de niñas y mujeres que habitaban en las haciendas, alzándolas en vilo y a carrera para abusar de ellas, inmisericordes. Hombres burdos sin educación, con el rencor en los ojos, ávidos de aventuras y correrías sin una razón augusta de ser, tan sólo en la loca idea del placer animalístico de pertenecer a una bola de salvajes. Y en este cúmulo de acontecimientos se desarrollan decenas de violaciones cotidianas sometiéndolas grotescamente a bestiales ataques sexuales arrancándoles gritos de dolor, destruyendo su guardada dignidad y entereza femenina, en defensa de un cuerpo destinado al hombre que alguna vez soñaron tener en una noche de plenilunio. Mi padre presenció físicamente, varias violaciones de chiquillas que no cumplían todavía los trece años. En aquel entonces la crudeza de las acciones, no daba lugar a fantasías. Los mexicanos estaban empeñados en su suerte siguiéndola hasta la mismísima muerte. La moneda estuvo en el aire durante largos años, período en que la gloria y el infierno se reunieron muchas veces, cambiando el matiz de la historia de forma incontrolable.

Sin embargo, todo principio tiene un final y éste no necesariamente tiene que ser un final feliz. Mi padre leyó en uno de esos panfletos que luego llegaban al pueblo que Don Venustiano Carranza logró después de innumerables diálogos, pactar un acuerdo nacional estableciendo la paz; pero la misma inercia del activismo revolucionario en la República arrastró

como consecuencia todavía muchas injusticias en los lugares más apartados del país. Entre este tipo de circunstancias estaba el caciquismo, una práctica añeja en la idiosincrasia de los pueblos, también en la falta de oportunidad para vender las cosechas obtenidas durante la última temporada. Los agricultores perdían un año entero de trabajo y dedicación al campo, porque no había quien les comprara el frijol, el maíz, el algodón y otros productos.

Por otra parte, el ganadero rendía las mismas cuentas, escaseaban los pastizales, el agua y el fertilizante, de modo que los animales eran mal alimentados y pronto morían. Si el ganadero resultaba bastante astuto para manejar estos problemas, no escapaba de los robos de bandas saqueadoras para despojarlo de un buen número de cabezas de ganado. De manera que el ganadero debía ingeniárselas para no dejar morir a su ganado y también para evitar que se lo robaran. De alguna manera mi padre se enteró de todo esto y en desventuradas oportunidades presenció el drama completo. Sorteando los peligros, escondiéndose, evadiéndose constantemente, logró sobrevivir a la fuerza brutal de la revolución y sus enfermizas secuelas.

Pronto cumple los dieciocho años de edad y se ocupa de ser ayudante de tendero en un pequeño comercio. Su trabajo consistía en proveer a la tienda de insumos. Debía ir hasta la ciudad de Gómez Palacio, en ocasiones a Torreón para realizar una serie de compras al mayoreo en un gigantesco almacén de abarrotes. El suministro de la mercancía requería de la mayor concentración posible, pues los caminos estaban atestados de bandoleros, debía escoger un camino seguro o desviarse de éste según fuera el caso, para ir por otro más escondido a fin de defender los comestibles. Según estuvieran las cosas por el rumbo, luego prefería esperar uno o dos días para regresar acompañado de algunos vecinos de Juan Aldama, asegurando así la mercancía, y su físico.

La tienda donde mi papá trabajaba estaba en una esquina y por mera coincidencia en un punto estratégico del pueblo. Situación que el dueño aprovechó para obtener ganancias sustanciosas. En dicha tienda se vendían comestibles, utensilios para la cocina, para la limpieza de la casa, enseres menores y otras chucherías, de manera que el negocio estaba bien puesto, siendo la tienda mejor surtida del lugar. Es decir, el cliente siempre salía con la compra que deseaba. Dice otro viejo refrán que; *la costumbre hace al monje.*

Al cabo de una temporada mi progenitor ya sabía casi todos los secretos del negocito. Don Pancho que era el dueño del tendajo le tomó

mucho cariño por la dedicación a su trabajo. Nunca faltaba, era muy honesto, probo, disciplinadito y además le gustaba mucho hacer cuentas. Quien lo dijera. Nunca había puesto un pie en la escuela y sin embargo le encantaban las sumas y las restas, aunque para multiplicar y dividir, tuvo que consultar a un profesor que fuera del salón de clase, le mostró los secretos de la aritmética y se compró su primer libro llamado Aritmética de Thornike. De este modo la familiaridad con la compra y venta de la mercancía le permite en corto tiempo tener plena identificación con el comercio. Es decir, saber donde invertir para ganar y también, encontrar el valor de una pérdida. Él cooperaba con mucho entusiasmo y voluntad, que le valió el aprecio de Don Pancho quien le pagaba un salario un tanto generoso. Con el paso del tiempo la confianza de éste fue total en la persona del muchacho que correspondía con creces. Aun estando enfermo el dueño, y ausente de la tienda, la lealtad de mi señor padre se anteponía a cualquier duda. Pasó el tiempo y la senilidad del tendero le empezó a causar enfermedades prolongadas y frecuentes obligando a quedarse en casa, esperando a que su muchacho le llevara las cuentas que entregaba precisas y claras. Don Pancho era un hombre viudo y sus hijos habían desaparecido entre las bandas de revolucionarios hacia tiempo. Jamás volvió a saber de ellos, todos en el pueblo los daban por muertos y el viejo ya se había resignado a su suerte.

Mi padre, con los años jóvenes en su persona, experimenta en carne propia el coeficiente de la crisis agraria. Testifica cientos de arbitrariedades y despojos de parte de autoridades inventadas por la ley de la fuerza y el plomo. Caciques que aparecen de pronto haciendo de las suyas, para luego desaparecer entre las sombras y escurrirse hacia otros puntos cardinales con las talegas llenas de dinero y varios asesinatos en su cuenta personal. A pesar de todo, la vida sigue su marcha, mientras unos mueren y otros nacen, muchos luchan por vivir. La idiosincrasia del Mexicano posee una fuerza que lo particulariza de otras, lo levanta de cualquier tropiezo, su carácter, su temperamento y la forma de deglutir los conceptos vitales lo transforman muchas veces en un ser invulnerable. Es decir, resiste y asimila golpes sin que estos causen su contundencia definitiva. Se adapta rápido a las nuevas condiciones del campo y del trabajo, al clima y a la labor aunque éstos no sean de su total agrado, siendo portador de una fortaleza espiritual convertida en fe, que apelmaza los malos augurios. Bien entrada su adolescencia las noches tienen un color distinto, con los vientos suaves que se estiran sobre los árboles moviéndolos en la falda de sus ramas, la luna brilla con mayor intensidad, con un fulgor renovado

nunca visto, las estrellas se aparecen formando una nueva estela en el cielo cruzando por las inmensas figuras que forman el universo perpetuo. Los días tienen un contenido distinto, tal vez mas expresivo, dinámico, la energía sobra y el tiempo falta para terminar las cosas iniciadas.

Es palpable su cambio en el bisoño, su juventud robustece sus voluntades, anuncia un fresco modo de ser, abre los brazos a la alegría de vivir para atenazar al inminente futuro. No hay rencores, ni resquemores con sus predecesores, la receta es generar un reto así mismo, un desafío, una contienda permanente para modificar su destino, luchar contra ese imprevisto circunstancial que lo colocó ahí, en ese tiempo, en ese pueblo y con esa gente. Por lo pronto vive lo que le toca vivir pensando como desearía estar en los años venideros, asimila esas ideas que lo sorprenden frecuentemente en la cabeza sin necesidad de proponérselo, simplemente llegan como consecuencia de su estado natural. Tiene novia, tiene amigos y aunque es poco parlanchín busca de vez en cuando ser partícipe, de una bohemia nocturna, de tomarse una cerveza o un tequila en casa de un vecino, de oír una canción que se tocan en el radio como: *La Adelita, La Cucaracha, La Valentina, Jesusita en Chihuahua;* que suenen bien con el acordeón, el bajo sexto, la redova y el contrabajo. Pero hay otras melodías que lo hacen mirar al cielo iluminado y suspirar profundamente, como la *Trigueña Hermosa* o la canción de *La Chinita, Paloma Blanca,* o la que le gustaba tanto oír; la *Norteña de mis amores,* que dice así;

Tiene los ojos tan zarcos, la norteña de mis amores
que si miro dentro de ellos me parecen los destellos
de las piedras de colores.
Cuando me miran contentos, me parecen jardín de flores
Y, si lloran me parece que se van a deshacer
linda, no llores.
Verdes son, como el monte en la falda
verdes son, del color de esmeralda.
Sus ojitos me miraron y esa noche me mató con su mirada.
yo no sé lo que tienen sus ojos
si me ven, con las luces del querer.
Y si lloran me parece que se van a deshacer
linda, no llores…

Las noches son largas y melodiosas, al compás de serenatas entonadas entre amigos mirando la fogata encendida al frente, se miran los ojos uno

al otro para encontrarle una respuesta al silencio después de cada canción interpretada, oyendo las guitarras, rompiendo la oscuridad con las cuerdas chillonas al ritmo de los dedos maestros de quienes las tocan. Los beodos dibujan las canciones en los labios temblorosos para evocar sus sentimientos infinitos en las sabias letras que imprimió el compositor, haciendo que la memoria prosiga zigzagueante entre el arsenal de recuerdos que llueven sin cronología por la mente excitada, verdaderamente emocionada por el tequila o el mezcal, por la alegría desbordante que repentina surge delante de las penurias que quedan olvidadas, por los momentos apasionados que promulgan sueños e ilusiones.

Nunca he olvidado los pasajes e historias de mi padre. Así fue la vida que tuvo mi progenitor. Una vida difícil, llena de estragos y de tragos amargos. Tal vez he manejado algunas conjeturas que siendo positivas son consecuencia de mi idealismo, del cómo le imagino en sus años mozos. Fiel admiradora de aquel hombre que supo sobreponerse a las adversidades de su época. Tampoco he olvidado aquel relato que me contó, del cómo llegó a tener su propia tienda de abarrotes a la que llamó, "*Las Quince Letras*". Un título original que compuesto caprichosamente por él significaba; Un amor imposible. Sí, mi padre también tenía su guardadito. Nadie de la familia se enteró del porque había nombrado así a su tienda. Pero antes estuvo total y plenamente enamorado de una mujer que nunca nombró. Simplemente guardó para él, como un secreto jamás confesado y que en un momento de fragilidad, en una noche lluviosa y con unos tragos encima, escuché de labios de mi padre cuando la melancolía lo absorbió. Aunque las quince letras que componen la frase, un amor imposible, fue una fórmula sentimental que se llevó discretamente a la tumba en recuerdo de alguien, yo me he solidarizado con él, respetando su secreto.

—Hija— terminó diciéndome —cuando el pensamiento me inunda de estos recuerdos que ayer viví, hoy me hacen llorar. No porque no quisiese haberlos vivido, sino por la inmensa nostalgia que me traen. El pasado me hace llorar. *Déjame imaginar que no existe el pasado;* porque al verte y tenerte conmigo prefiero la gloria del presente, sin éste no hubiera podido contemplarte.

Es por todo lo anterior, que al pensar en lo que me toca vivir ahora y evocar la figura de mi padre, abre de nuevo la respuesta exacta a mis quebrantos. La vida es un reto constante y el que se deja vencer muere, me dijo en aquella rarísima ocasión en que se confesó a mis oídos. Entonces me queda claro, que mi padre sobrevivió por un egoísmo

encumbrado y llegó al final por la fuerza que le imprimió desde su sórdida infancia. Ahora debo recomenzar con la lucha que alguna vez el inició para valerme por mí misma, sin duda sometiéndome a su férreo ejemplo y pundonor, pero reprobándole aún, en mi terquedad, el tiempo que no me dedicó y la forma tan cruel que su indiferencia en infinidad de ocasiones me mostró. Porque también el silencio hiere. Me contó su vida en una tarde, pero no me contó como darle vida a la mía.

LA SILLA

Las lunas se siguieron posando sobre las noches tranquilas y calientes en la sultana del norte. El tiempo vigiló el curso de los acontecimientos que pasaron sin pena ni gloria, pero que formaron nublados en el clima de nuestras expresiones y razones de anteponerse a la verdad de cada uno. En el transcurso de un par de meses, nos vimos con la frecuencia acostumbrada dejando que el teléfono nos citara en diferentes parajes de Monterrey.

Las hojas de los árboles comenzaron a cambiar de color y de volumen, las lluvias irrumpieron persistentes en las mañanas, la mitad de septiembre dejaba al descubierto la discordia entre el verano y el otoño, con temperaturas al mediodía más tolerantes, que aunque frisaban los treinta y dos centígrados el sol se hacía brillante y tierno en los atardeceres cayendo rendido, después de haber niquelado con vehementes rayos la segunda ciudad industrial más importante de la República Mexicana. El estado del tiempo anunciaba ya la entrada de la nueva estación, el equinoccio se asomaba en el calendario astronómico abriendo la puerta al viento y envolviendo a un sol distinto, veleidoso, que permite a los edificios lucir una tonalidad menos ardorosa.

Gozando un día de ésos, Rosario y yo nos detuvimos a comer cabrito en un restaurante muy afamado y reconocido de grandes marquesinas, cuya carne es su especialidad. Los cortes son selectos y regiamente suculentos, propios de la entidad, pero para nuestra sorpresa estaba casi lleno, salvo unas cuantas mesas vacías que aisladas se reconocían. En general, el lugar se componía de nutridos comensales y algunos grupos de jóvenes que rompían el silencio del local. Comí como desaforado hasta decir basta y aunque ella me pidió ayudarle con su trozo, apenas acabé con mi porción. Luego, anduvimos recorriendo calles sin rumbo fijo haciendo una ensalada de cualquier conversación, entre monumentos, prados, aparadores y vitrinas se nos pasó el tiempo, más adelante encontramos un agradable asiento en un café que tomamos al aire libre entre las calles empedradas de la zona rosa, donde la diversidad de pastelillos y dulces como las glorias de linares y natillas, nos endulzó el paladar bastante bien. De hecho no era la única ocasión en que hallábamos consuelo allí, el ambiente de la zona tiene un entorno mágico que envuelve mil razones y sin saber porqué exactamente, te invitan a

visitarla, principalmente cuando la tarde deja de ser y la noche con su inseparable luna aparece lúcida a lo lejos encendiendo la oscuridad del cielo, compartiendo esa sincronía con la retirada del rey sol. Es entonces que las calles y sus banquetas adquieren un matiz muy propio y singular, justo en el momento en que los dos astros gobiernan desde diferentes polos la naturaleza humana. Es decir que, a pesar del avance elocuente de científicos y tecnócratas — de sus invenciones y descubrimientos — el hombre seguirá siendo seducido por la mágica fascinación del universo siendo una inexpugnable página de la historia cósmica y bíblica, que seguirá atestiguando el rumbo terrestre. Bello espectáculo visual que a lo lejos contrasta con las montañas de la sierra madre oriental, en un orgullo rojizo y escarpado por donde escurren en el día, las gotas divinas del sol y en la noche las sombras se derraman con su velo lunar colgando onduladas desde sus puntas alzadas. Repentinamente mis ojos se desprendieron del imán del escenario nocturno y del poder de Rosario, cuando me pareció ver un rostro familiar del que no pude evitar emitir una expresión de sorpresa, al hallarse casi frente a nosotros.

—¡Mira quién está ahí, morena! – le dije, casi en el momento en que el señalado se incorporaba también, para venir a saludarnos. De su mesa se levantó y vino hasta nosotros, encontrándonos en un abrazo muy efusivo.

—¡Caramba Edgar! ¿Qué haces por estos lugares? ¿Cuéntanos de tu vida? Dijo, invitándose cínicamente y jalando una silla contigua para obligar a su esposa, de la que venía acompañado, a efectuar la misma maniobra alrededor de nosotros, que lo veíamos con una sonrisa fiel y ordenando al mesero que los atendía, que desviara su ordenanza a nuestro sitio.

—¡Como ven soy el mismo! pero ahora me encuentro acompañado de una bella mujer a la que tengo el gusto de presentarles – les dije - haciendo una reverencia con la cabeza e inclinándome para refrendar el respeto a mi compañera —. Ella es Rosario.

—¡Bravo, eso si es trabajar por México! – dijo Sergio -, mirando a su esposa Ana Bertha con una sonrisa abierta y franca —. Así que la estas haciendo de anfitrión —agregó sonriente.

—Si, en efecto, lo cual me da mucho gusto —dije alegremente —apretando la mano de Rosario al tiempo que pagaba la sonrisa ofrecida.

—¿Y tú, que te has hecho en estos últimos meses que no te he visto? ¿Que dice esa buena vida? —. Y como si hubiera visto al monstruo de la laguna negra, cambió su gesto sonriente por otro mucho muy angustiado.

—Nada, no he hecho nada, desafortunadamente nada, estoy sin empleo. Mi mujer es la que me mantiene y sostiene la casa —. Comenzó a

balbucear buscando los ojos de su cónyuge para empatar la aceptación de sus palabras —. Las condiciones de nuestra vida se han dificultado tanto que es materialmente imposible escapar de la crisis que nos azota. Yo soy uno de esos casos que le ha tocado la suerte de perder casi todo, si no fuera por mi mujer estaríamos pidiendo limosna en las soleadas calles de monterrey— siguió diciendo medio angustiado —.

Tuve que regresar el coche que compré en diciembre pasado, porque lo hice a través de un contrato a crédito insalvable. Además, tuvimos que sacar a nuestro hijo del instituto donde estaba y meterlo a otra escuela, donde las colegiaturas son menos agresivas para nuestro bolsillo. Eso no es todo, la compañía en donde yo trabajaba hizo recorte de personal para poder enfrentar la caída estrepitosa de las ventas. En la empresa todo se vino abajo. Desafortunadamente yo estuve en la lista mayoritaria de los despedidos, porque el área donde me desempeñaba era de planeación y apoyo a la alta gerencia, de esas a las que llaman áreas de staff, por ende una de las más volátiles. Desde entonces y hace varios meses he querido colocarme en alguna empresa. Para mi desventura, donde quiera que lo intento me dicen lo mismo; no hay vacantes. Y tú sabes también como yo, que cuando cumples más allá de los treinta y siete años, la cultura laboral de nuestro país te tacha de inservible. Pendejismo puro y absurdo de quien impuso ante nuestra sociedad ésta regla antagónica y retrógrada. Obvio es pensar que es una lógica consecuencia de ésta agobiante situación en México, lo quiero entender de esa manera— se consoló aseverando su misma contradicción —. Pero ni modo, son políticas laborales y empresariales que estrangulan las intenciones de gente desocupada como yo. Es decir, te ves atrapado en una sociedad que es consciente de ponerle barreras a profesionistas que intempestivamente se ven en la calle, casi pidiendo limosna, tan sólo porque tienes una edad frontera que te aísla del mercado competitivo; según las versiones de quienes se dedican a la colocación de empleos. Yo me pregunto, donde dejas a gente como Einsten, Churchill, Juárez, Ford, el propio Walt Disney en los Estados Unidos y muchos otros, que fueron individuos que modificaron y cambiaron el rumbo de las cosas a una edad completamente madura.

Lo que quiero decirte enfáticamente es que, es un crimen y una verdadera falacia deshacerse de un hombre de cincuenta años como si fuese un encendedor sin gas, o una pluma que ya no tiene tinta ¡Carajo en que mundo vivimos!. Pero como dicen, a la tierra que fueres has lo que vieres

—. Le dio un buen trago a su bebida y agregó —. Así están las cosas hermano. ¡Del carajo! —. Terminando su monólogo bastante dolido.

—Comprendo – le dije- y es que México siempre ha sufrido de subidas y de bajadas. Este año nos va bien y en el próximo, resígnate, porque aparecen fenómenos tan conocidos como el que, hay fuga de capitales; se devalúa la moneda; la inflación se va al cosmos. O sucede algo por el estilo. Si no es que el dólar sube hasta la estratósfera. Y entonces traer tu tarjeta de crédito se convierte en una trampa por los intereses tan elevados. Mientras esta ardida conversación se daba entre nosotros, el mesero cumplía con su parte al traernos el segundo platillo y algunas cervezas bien heladas y escurridas, que puso sobre la mesa.

—Lo peor de todo— interrumpió él con cierto encono —es que cada seis años es lo mismo. Debiéramos estar preparados, pero siempre nos agarran con la olla hirviendo entre las manos. Es imposible sostener un plan de vida y carrera a cualquier plazo; porque la reiterada sorpresa nos mueve el tapete y nos rompe la madre, con sus nuevos abismos sexenales. No sé que hacer amigo. Estoy al borde de la desesperación, créeme que debo mucho dinero, que además sé, no podré pagar por lo menos en dos años adelante, porque mis sueños de ser y tener se desvanecieron como el azúcar en el café.

—Yo espero —le contesté tratando de reanimarlo; pero también poniendo lo mejor de mí —que pronto encuentres empleo y la forma de resarcir tus pérdidas que hasta ahora has tenido. Ponle talento y voluntad al asunto. Levántate cada mañana pensando que ese día si habrá un nuevo sol. Blinda tus diálogos, hazlos convincentes para combatir las barreras del rechazo indolente que gravan las solicitudes de empleo. Piensa en que ocuparás el puesto. Que pronto se abrirá una puerta. ¡Que vale la pena reinventarte! —. Logré que levantara la vista y me mirara más lúcido y seguí hablando, más que con verdad, con entusiasmo.

—Perdona esto que digo amigo, pero soy la antípoda de muchos mexicanos, porque yo sí creo en mi país, México a costa de todo saldrá adelante, ya verás. Nuestro país no esta hecho en un año, ni en dos, ni tampoco de un puñado de ladrones corruptos y reaccionarios. Confío en que continuemos siendo una nación con gente osada, con coraje, que ha hecho historia y ha venido sobreponiéndose a severas adversidades, desde que nos conquistó ese gachupín salteador de Hernán Cortés —. A pesar de mis arengas estoy seguro que en ese momento mis palabras le sonaron huecas entrando por un oído y saliendo por el otro. Aún así, le deseé suerte.

Cambiamos de tema y empezamos con otra charla banal y vecinal en la que hubo recuerdos y anécdotas que cambiaron el rumbo de la severidad. Inclusive nos recomendó que visitáramos el nuevo museo de historia que se enclava en el centro de la ciudad a lado de la macro plaza donde dijo, es una joya histórica de nuestros tiempos, tanto en su geometría arquitectónica exterior como en sus bellos interiores. Se exhiben cuadros y pinturas esplendorosas, marcos y esculturas interesantes y es tan elegante como los mejores del mundo ¡vayan!, será muy ilustrativo para ambos, terminó diciendo.

Mientras tanto nosotros no perdimos la costumbre. Los domingos escogíamos con cierto lujo, el lugar donde preferíamos ir a visitar subiéndonos al auto desde temprano y llegando a casa hasta el anochecer, sin que nos percatáramos de la hora. Precisamente un día de esos decidimos subir por un costado el "Cerro de la Silla", una montaña que representa el símbolo de la ciudad y que se yergue orgullosa en el horizonte desde todos los ángulos en que sea contemplada por sus habitantes. La Silla, con toda su grandeza se levanta justo donde nace una dorsal montañosa de más de cincuenta kilómetros que se extiende hasta otro poblado conocido como Monte Morelos. Muy de mañana comenzamos el ascenso con entusiasmo y con un par de naranjas en las manos; pero al cabo de escalar su pendiente durante una hora y media las piernas perdieron su ágil motivo por falta de una buena condición física, irrebatible resultado cuando se lleva una vida sedentaria que acompañas con cigarro, café y desvelos. Tuvimos que hacer más de un alto en el trayecto a la escarpada, caminando a través de un suelo pedregoso y duro, clásico en el norte del país. De suelo árido y yerba escasa, para tomar suficiente aire y descansar. Desde su imponente altura se domina una inmensa mayoría de la ciudad, se contemplan diminutos los edificios, los monumentos, las calles y los cientos de anuncios que proliferan contaminando la visión de los choferes y transeúntes. Sin duda que sí, la contaminación visual te enajena, es enorme la cantidad de mensajes que quieren hacerte llegar hasta el cerebro por medio del poder de los ojos. Se aprecia tan breve el contorno cuando se domina con los sentidos todo el panorama que nos toca vivir. Desde arriba el mundo se ve tan chico e insignificante, que parece alcanzarse con estirar la mano hacia adelante para tenerlo atrapado entre los dedos; pero estando inmerso en él no encuentras la forma de escapar de esa emboscada, como el ratón entrampado en un laberinto, que para hallar la salida deja su vida en el intento.

—¿Sabes una cosa Rosario?, he llegado a pensar que la vida es como un vehículo que viaja permanentemente en carretera, algo parecido. Déjame explicártelo despacio — mientras ella me miraba muy atenta sentada sobre una roca —. Figúrate que tu estas representada por un carro que viaja a cierta velocidad constante. Si vas despacio, todos te rebasan y otro llega primero que tu. Si manejas con exceso de velocidad le generas accidentes a terceros, tal vez a ti misma y ya no llegaste. Si rebasas sin precaución y torpeza corres el peligro de perder la vida y si te duermes en el camino, en una línea recta, ya no llegas a tu destino. Es decir, la vida es una eterna contienda, inacabada competencia, en la que estarás corriendo al ritmo que te imponga el devenir de las cosas, perdiendo y ganando, atrás y adelante, según el freno que apliques o el aceleramiento que quieras darle al compás del reloj de tu existencia. En ocasiones pisarás el acelerador con ganas de llegar más rápido a la meta pensando, en alcanzar progresivamente lo que te hayas planteado. También encontrarás obstáculos de todo tipo, que deberás sortear. En el camino lloverá y te sorprenderá la tormenta, tal vez estarás inmerso en el desierto inhóspito con sus arenas vaporosas, o tu camino se verá encendido de luces engañosas que cieguen tu visión y pierdas el sentido de la dirección. El carro necesitará entrar al taller y revisarle su estado motorizado y revolucionado por las distancias recorridas. En otras palabras, tu salud en importantes ocasiones se verá quebrantada y hospitalizarás tus dolencias. Seguirás las instrucciones de un especialista, que dirá cuales serán los remedios para seguir la aventura de tus años y así irás y vendrás, por los caminos que quieras escoger y elegir, para estar bien contigo misma y para salvaguardar la vida de quien te acompañe durante el trayecto. En la vida como en los caminos hay que ver hacia el frente, porque si volteas para ver que viene atrás, seguro tropiezas.

Rosario me miró después de escuchar todo mi rosario. En una brusca interpretación de los caminos de la vida y mirándome a los ojos directamente dijo:

—Cada vez que te escucho Edgar parece que estoy con mi maestro de filosofía. Me encanta la forma en que desenrollas el contenido de los días y las noches, de las cosas y de las causas. Me gusta establecer contacto con tus ideas que son maduras y congruentes, se oyen bien, aunque a veces sientas que eres coche — dijo ella sonriendo —. Me estimulas a seguir, es cierto —, alzó la frente, miró hacia el infinito y agregó —. Es hermoso el paisaje desde aquí; pero no podría ser más bello sin tu palabra

acompañada de ese amor que tienes, por cada cosa que le incrustas a la propiedad de tu naturaleza.

Cuando concluyó su comentario, sentí que surcaban en el aire las vibraciones propias que posee una pareja enamorada a punto de hacerse el amor, porque su mirada se quedó en mi frente como una postal llena de colores. Dado el momento, creí conveniente arremeter contra su delicada sensibilidad, con algunas preguntas que según yo, habían quedado en el aire, aunque esta vez tratando de hallar algo más en su cavidad sentimental.

—¿Qué hay de Eduardo, tu novio?

En cuanto pronuncié su nombre y terminé la pregunta, de inmediato su gesto se distorsionó. Apareciendo la humedad en sus ojos de modo perceptible e inevitable. Aún así y percatándome de su esfuerzo por no sucumbir a la tristeza, rematé volviendo a la carga.

—No hagas pucheros y dime ¿Qué hay con él? —, dije con brusquedad.

—¡Maldita sea la hora en que tuve que ir a buscarlo! — contestó agresiva.

—¿Pero que dices Rosario? — respondí sorprendido —. ¿Cómo que tuviste que ir a buscarlo?

Ella hizo una pausa bastante prolongada, tragó saliva. Se incorporó de esa roca en que ya habíamos estado largo tiempo y ayudándose con ambas manos mudó su trasero, para recargarse en otra piedra igual de voluminosa a la anterior; pero adoptando otra postura y respondiéndome consternada.

—La figura de mi padre tenía apenas una semana de desaparecida cuando fui a buscarlo a su casa –, empezó diciéndome con la mirada gacha —. Que por cierto fue la primera vez que me atreví a presentarme allí. Nunca tuve la insensatez en los tres años que duró nuestra relación sentimental, de insistirle en llevarme a conocer su domicilio, porque siempre pensé que me estaba negado, era una condición muda; pero sabida de nuestra relación. La discreción entre ambos era un pacto sin palabras, que se selló desde el primer beso compartido. Cuantas veces pretendí hacerlo, me detuve para no provocar una situación embarazosa, simplemente acepté con madurez nuestra clandestina relación, con esa fiel credibilidad que tiene una persona amada en la otra. Aunque te confieso, por esos días estaba sumamente angustiada y yo necesitaba verle para reconfortar mi espíritu perdido, además, por que no decirlo explicarle lo que había sucedido, quería ser escuchada por él. Requería de un consejo y de su consuelo, y caramba porque no; escogí a Eduardo deliberadamente, así de simple.

—¡Tu sabías que él era casado y con hijos! Aceptar una relación sentimental de esa índole sin querer causarse daño en ambos, es vivir en el filo de la navaja, sin poder tomar más allá de lo que te corresponde, que es casi nada.
—Exacto — dijo de inmediato —, sin embargo ese día fui a buscarlo con la firme esperanza de hallar un bálsamo, una medicina para calmar mis nervios, al fin y al cabo estaba habituada a recibirlos de él; pero las cosas no siempre salen como uno las piensa, existen detalles que no planeaste, que no consideraste desde un principio, porque al madurar una relación sentimental de más de 36 meses das por sentado, aspectos que supones que el amor mismo que se da en una pareja solucionará en forma casi automática cualquier conflicto. Es decir, la aparición de esos oscuros y repentinos detalles negativos, te parecen ordinarios, sin advertir lo que venga adelante, por la obvia confianza que subsiste en un nexo amoroso donde el amor ha pintado de colores, muchos secretos compartidos. No obstante, al enfrentarlos surgen de improviso resultados desastrosos como es éste caso.
—¡Por favor se honesta! ¿Cuál era el objetivo de conocer como vivía?
—¡No me jodas!, ya te dije. Porque lo amaba y deseaba tener sus palabras, además ¿porque no hacerlo? tenía interés por conocer personalmente el aspecto de su esposa. Saber cómo era. Se que estaba mal; pero la curiosidad mata al ratón. Esa tarde salí prácticamente aniquilada de ese lugar.
—¡Qué amor tan estúpido! —, dije molesto —¿Y porque no le hablaste por teléfono? Hubiera sido más sencillo y te hubieras ahorrado muchos apuros.
—El me contó que estaría un par de semanas de viaje. No se donde carajos me inventó que lo mandaban de comisión, el caso es que yo recordaba que por esos días Eduardo ya estaría en casa. Así que fui a buscarlo desesperada. Como estaban las cosas en mi vida, necesitaba de alguien con quien hablar.
—¿Y qué paso al llegar? — la interrogué con ansia.
—Cuando toqué a su puerta me abrió su mujer que cargaba un chiquillo con toda la cara de Eduardo. Hubiera querido que él abriera la puerta, pero era mucho pedir. Para colmo de males — desde el interior donde él estaba y teniendo la seguridad de escuchar mi voz en el umbral de su casa — llegó hasta ella para acompañarla y hacerse solidario junto a su presencia. Fue entonces cuando me dijo en tono resuelto y contundente,

que yo estaba extraviada y confundida y que por favor, no perturbara la paz de su familia.

—Seguramente usted busca a una persona con otro nombre, retírese por favor —, dijo Eduardo con extremada rudeza; pero mirándome a los ojos con una crueldad no conocida — y me cerró intempestivamente la puerta, en las narices.

Quedé petrificada, casi desvalida. Me sentí tan desdichada, obesa y pesada, ridícula, ahí parada en ese pasillo, al punto del desmayo. Me costó un verdadero esfuerzo salir de aquel edificio. No quise armarle un escándalo porque estaba segura, que me iba a correr y tal vez me diría lo mismo que yo le grité a mi madre. A partir de ahí el futuro se me descompuso. Que odio le tuve desde ese momento. Tuve un acceso de rabia ilimitada. Si bien es cierto que lo amaba con todo mi corazón, su resuelta desfachatez de cerrarme la puerta sabiendo perfectamente que quien lo buscaba era yo, su amada amante, como dice la canción, esa situación me puso al borde del despeñadero. Mi sentimiento era tan puro y cándido por él, que cualquier propuesta dicha en ese instante, la hubiera aceptado de mil amores. Lo que fuera. Incluía la de aceptarle tener una doble vida matrimonial, aún conociendo su compromiso conyugal de por vida. Lo que necesitaba de él no eran sus pesos, ni su solvencia económica, lo único que anhelaba era su acostumbrada compañía, su cuerpo, sus besos y sus palabras, que tanto tiempo fueron mi conjugación verbal.

—En nuestro país y en el mundo entero no sería yo la única mujer que viviera en esas condiciones – prosiguió apasionada –, hay muchas mujeres que comparten a sus hombres y hombres que comparten a sus mujeres. El amor es como el dinero; lo necesitas para vivir. Son elementos que están en la naturaleza humana, que ocupan un plano importantísimo en la convivencia cotidiana. El amor y el dinero son como la luz y la sombra, dependientes uno del otro. Se conjugan para moldear la personalidad de cualquier individuo. Sin embargo, me atrevo a decir, que el amor supera inexorablemente la potencialidad del dinero. Porque el dinero no compra el amor. Pero el amor, te lleva al dinero.

—Mujer, no se que tipo de respuesta esperabas, todo lo dice su estado civil, ¿de que te admiras? — le subrayé — y luego, ir a buscarlo a su casa cuando en ella justamente esta su esposa, sus hijos. Lo que cualquier hombre considera su hogar, que como quiera que sea ha estructurado, bien o mal, pero es la familia. Para mi era obvio que asumiera la actitud que comentas. Y que prácticamente te echara de su

vida. Le ayudaste a apurar su decisión. Seguramente ahora se siente salvado de haberse librado de tamaña fechoría.

—¡Si es cierto, sabía que era casado!, aún así cualquier propuesta hubiera sido bienvenida. Me refiero a la forma en que me trató. Nunca he estado peleada con los hombres casados. Mantener una relación prudente con un hombre comprometido, no me asusta. He sentido que este tipo de vínculo amoroso resulta muchas veces mejor que andar de manita sudada con idiotas solteritos emplumados. Lo que quiero decir es que, esperaba otra forma de recepción, de aceptación, tal vez un gesto, una mueca, una señal en clave, una palabra insinuadora; pero no sucedió nada cuando se paró en la puerta a defender a la madre de sus hijos. Mató mi esperanza con su repentina postura desconocida, tirante — decía justo cuando me miraba con sus ojos vidriosos —. Y ya recuerdo, su teléfono no funcionaba, eso creo porque marqué y marqué el número que alguna ocasión me dio, pero nunca nadie respondió, a pesar de que recibía el tono por el otro lado de la línea. Por eso es que llegué desesperada hasta el corazón de su realidad —. Noté que sus mejillas eran mojadas por hilillos de llanto que empezaron a resbalarle llegando hasta la comisura de sus labios; pero no se rindió, siguió con su relato —. Cuando estuve por fin en la calle profundamente abatida y herida pensé si merecía este final. Eso es lo que me arde aquí dentro, el rechazo. Porque de haber conocido su reacción en el epílogo de esta historia absurda, hubiera sido mía y solo mía, la decisión de aceptarlo o rechazarlo y punto. Pero ese día todo se consumó. Decidí no buscarlo más, soportando este dolor intenso que llevo aquí dentro, clavado como un puñal, del que no puedo desprenderme. ¡Oh Dios!, no se me olvida ese momento tan ridículo y repugnante. Yo estatizada y vulnerable, parada en esa puerta pidiendo limosna a un hombre que ahora se, nunca fue mío. Tan solo él arrebató lo que yo le puse en charola de plata, un corazón sin reservas.

—Dime ¿Has podido asimilar el final de esta situación tan embarazosa?

—Caray Edgar. No la he asimilado aún, no la he digerido. La traigo aquí —, señaló con el índice de su mano derecha —, atorada en la garganta. Estoy como una boba pensando en lo que pudo ser y no será. Tanto que lo quería, hasta soñaba en que yo, su princesa, iba a ser recogida por mi rey para llevarme al reino celestial. Estúpida creyente.

—¿Qué piensas hacer para sobreponerte de este absurdo asunto?

—Ya lo hice; pero tú lo impediste —, intencionalmente guardó silencio algunos segundos, gesticuló y después agregó —. Créeme, quería quitarme la vida, de hecho por eso vine a Monterrey. Estoy segura de que tu

hubieras sabido que hacer con mi cuerpo sin vida. Pero bueno, ya que estoy aquí veré la forma de que todo esto se me olvide. Será difícil. Muy difícil. Imagínate, olvidarme que ese fulano existe, que alguna vez le amé con extrema locura — siguió hablando, mirando su parte baja del cuerpo —. No quiero volver a buscar sus brazos, que alguna vez fueron la receta sin prescripción médica. No más dolores de cabeza sobre mi almohada. Quiero dejar pasar el tiempo, dicen los que saben, que es el remedio absoluto. Fallido el intento suicida esperaré a que transcurran los días, espero sentirme mejor y ya veré que hacer más adelante. Por lo pronto tu reprimenda es válida, la acepto, bien lo dices, había tomado una decisión fulminante para socorrer mi desgracia. Si no has llegado a tiempo ya no estaría contigo, no se si lo anterior pueda calificarlo como el preludio hacia el puente de la cordura.

—Interrumpí adrede su pensamiento sonoro para agregar mi comentario — . Pues yo estoy muy satisfecho y orgulloso de haberlo impedido digas lo que digas. Sin duda, desde mi muy personal punto de vista, tienes muchas agallas para llegar hasta esa situación de quitarte la vida. Aunque, definitivamente pienso que existen otros medios, menos diabólicos para exterminar esa clase de dificultades. La vida es bonita sabiéndola vivir y te diré; hay muchos hombres mejores que ese pendejo ciego y sordo, que pueden ver y oír en tu interior, lo que realmente te mereces.

La montaña seguía erguida frente a nosotros que le hicimos poco caso. Los pasos que renovamos hacia arriba eran cortos, pausados y pensados, mientras platicábamos. De repente nos sujetábamos de las manos para mantener el equilibrio o la ayudaba con un brazo, o cada quien buscaba su propio caminillo para volver a encontrar nuestras caderas en la empinada subida de brillos pedregosos. La respiración se percibía agitada en ambos y la conversación en ocasiones tomaba sus ritmos intermitentes después de inhalar el aire nuevamente a los pulmones.

—¡Mira corazón! ya te he explicado como me siento ahora y seguiré con mi relato para que te enteres. Antes deseo contarte cuales eran mis sentimientos días atrás de todo este embrollo — agregó Rosario sin que yo le preguntara.

—En aquel entonces Eduardo para mi representaba todo. En el presente y en el futuro, ese hombre figuraba de manera preponderante en mis planes, no necesariamente para casarme porque casi nunca tocamos ese tema, pero lo consideraba la piedra angular en el ámbito de mis percepciones. Por lo regular al final de mi trabajo cotidiano deseaba estar

con él, contarle como había pasado la jornada laboral, a quien conocí, de que hablé, a donde fui, con quien estuve, en fin. En múltiples ocasiones yo prefería oírlo y guardar silencio para verlo como movía sus labios, admirar sus expresiones, copiarle sus gestos que me encantaban, mirar sus ojos cuando miraban los míos. Me gustaba cuando subíamos a su auto y me acariciaba los muslos y yo correspondía abrazándome a su brazo que caprichoso a veces surcaba atrevido en mis partes profundas. Durante algunos fines de semana en que él podía estar conmigo íbamos al cine o me llevaba al teatro para ver cualquier obra. Nos reíamos bastante, cantábamos juntos al poner la radio, cantar nos transportaba, era como levitar en un espacio no considerado por ojos humanos, si no la sabíamos, la tarareábamos o simplemente él la silbaba. Era un tipo que siempre tenía un detalle para mí, te puedo garantizar que nunca pasé una tarde desapercibida. Sus críticas siempre fueron atinadas y dulces sobre mis vestidos o las prendas íntimas, que con toda la intención usaba para él. Hablaba muy bien de mi cabello, lo acariciaba como si tuviera en sus manos una muñeca de peluche, con tantos cuidados y esmero para no desaliñarlo. Algunas veces nos fuimos de paseo lejos de la ciudad de México y la pasábamos de película, en la playa, en el bar, en los restaurantes. Por las noches me llevaba a bailar, a escuchar música viva de cualquier grupo de mariachis que se le antojara. Ahí me cantaba con tanta pasión que me hacía sentir que yo era la única para él. Me recitaba con sus labios pegados a mis mejillas, me hablaba al oído con sobrada dulzura, tenía el secreto para ruborizarme, sabía halagarme con frases hermosas y palabras tan bien dichas que parecían elevarte a confines no previstos.

—¿Y en la intimidad? — le pregunté con cierto encono.

—¡Por favor no seas masoquista Edgar! ¿Qué ganas con que te cuente todo esto? —, me respondió, sabedora que me haría daño.

—Quiero escucharlo, simplemente, quiero escucharlo. Anda dímelo, cuenta ¿cómo era contigo en la intimidad? —, repregunté con entereza.

—O sea, quieres saber como era en la cama ¿no?

—Si, quiero saber, espero no te importe comentármelo.

Yo quería oírlo, a sabiendas de que me dolería mucho. No se porqué había en mi interior una fuerza subterránea, que me impulsaba a enterarme como un hombre al que siempre consideré mi rival, había sido capaz de enamorar a la mujer que tanto he amado. ¿De que está poseído ese imbécil para embrutecer los sentidos de mi Rosario? Tal vez quería enterarme de

las facultades masculinas que tenía Eduardo para conocer de lo que estaba hecho. ¿Que le hacía ese otro, que no pudiera hacerle yo?
—Pues bien, él me hizo mujer — comenzó diciendo apurada —. Eduardo fue mi primera vez, el me enseñó la desnudez, también me enseñó a conocer mi cuerpo y el del hombre. Eso no quiere decir que nunca antes estuve en la cama con un espécimen masculino. Lo digo en el estricto sentido de consumar la satisfacción de ser sexualmente poseída y amada, por un hombre que sabe hacerte mujer. No cualquier macho te hace feliz en la cama. Cuando estábamos solos y de sexo se trataba. Eduardo se transformaba. Era otro, un hombre distinto, casi un hermoso animal. Recuerdo bien que apenas cerrábamos la puerta de la habitación en cualquier hotel y no dejaba siquiera que llegáramos a la cama cuando ya me estaba desvistiendo. Me alzaba la falda o me bajaba los pantalones con una rapidez pasmosa y me penetraba estando aún de pie. Me recargaba en la pared obligándome a subir las piernas alrededor de su cintura con una locura inaudita, me besaba como queriéndome arrancar los labios, hasta casi hacerlos sangrar. Cuando al fin terminábamos en esa posición, me llevaba hasta la cama despacio sin desprenderse de mi cuerpo, para estar nuevamente sobre mi, besándome, acariciándome suavemente, convirtiendo la marea en un mar sin olas, sumiéndose una y otra vez en mi vientre cual experto, con esmerada prudencia amorosa, hasta lograr un final feliz y solemne. El poseía la chispa sorprendente del sexo, me mantenía bien despierta, me invitaba a viajar en su delirante parsimonia que desquiciaba mis sentidos. Yo viví plenamente su mundo romántico que de mil maneras y formas me enseñó desde las cosas más simples hasta las más absurdas e impensadas. De primero me sentí confundida y humillada; pero a fuerza de hacerlo con la pasión que él me hacia ejercer, lo veía más tarde como parte de un todo a la que correspondía con mucho entusiasmo y entrega, con él no había actos degradantes. Compartíamos abrazos y besos, suspiros, muchos momentos de intensa energía en el que nuestros cuerpos conjugaban el deseo, la pasión y la lujuria. Yo no se si debo llamarle a esos tres elementos juntos, amor. Lo que si se, es que lo amé de un modo que tal vez nunca vuelva a sentirlo. Además quiero decirte que cada vez que pienso en ello, lo hago con tan grato recuerdo que me es casi imposible retraerme de inmediato a la realidad. Pero bueno, ese es uno de tantos pasajes que vivimos cuando de sexo se trataba. Para ser sincera mantuvo intacto mi deseo durante todo el tiempo que duró nuestra relación. Me dejaba enteramente satisfecha y colmada. Siempre supo como hacerme pasar los mejores momentos en la cama. El gozo y placer sexual

lo conocí con él, y no me imagino como sería con otro hombre. Ni quiero saberlo. Nunca después.

Se dio la vuelta con la cara al sol que se posaba sobre la joroba del cerro dimensionando la distancia que nos quedaba por subir, que era bastante aún. Por largos segundos mantuvo su rostro y sus ojos cerrados a los rayos del sol mañanero y brillante, para ofrendar sus lágrimas en esa altura montañosa al fragor del sentimiento. Se confundieron los verdes con los amarillos, los huizaches con los chaparros mezquites, la roca con el suelo pedregoso. La mañana se había puesto nostálgica, se había encargado de darle su color a las cosas. Mirando sus gestos yo también consideré suficiente por hoy su desahogo. Aunque a decir verdad su relato me produjo una gran introspección ¿Qué buscaba en Eduardo? ¿La palabra de su padre? ¿Reponer el silencio hiriente de su progenitor? Pensé que su conducta a todo esto podría tratarse de una venganza o revancha hacia el silencio insolente de Don Raúl. Dicen que las fugas o filtraciones obedecen a los estragos de la erosión y lo que ocurrió aquí, había sido consecuencia del choque de dos generaciones, cuyos sentidos contrarios no tenían la misma equivalencia y se filtraron ayudados por las trampas del tiempo en distintas identidades.

Decidimos no subir más la empinada. Del cerro bajamos tranquilos en ahogado silencio. Tomados de la mano surcamos la pendiente ya sin presiones angustiosas, como cuando estuvo en la Cruz Roja. Ahora Rosario exhibía un mejor estado de salud y en condiciones inmejorables para responder a cualquier situación que se le presentara en las próximas semanas.

DOÑA AMALIA

Velia era una gran amiga de ella. Alguna vez trabajaron para la misma empresa y en una área similar de dicha organización, claro está que también compartieron a un solo jefe con el que lograron obtener sus primeros méritos y aunque eso había sucedido en la ciudad de México hacía tiempo, tenían muchas cosas en común, razón por la que sus conversaciones podían comenzar desde lo anodino, hasta la oquedad de sus pasiones. La casa de Velia fue testigo de reuniones reiteradas, y al igual que muchas chicas de su condición que trabajaban y estudiaban compartían apartamentos con otras compañeras, o se incrustaban en casas de huéspedes para poder sufragar los gastos de sus alimentos y de vivienda. Aprendí pronto el camino hacia ese domicilio y de esa manera lograba que Rosario saliera conmigo.

Ahora mi interés radicaba en hacer que Rosario olvidara sus aflicciones personales y se involucrara con otro tipo de tareas propias del recreo y distracción. Poco a poco lo logré. Con el paso de los meses me encargué de que las cosas tomaran otro matiz. Estando en Monterrey se hace indispensable visitar la Macroplaza y sus verdes alrededores. Así lo hicimos en varias oportunidades, un lugar inolvidable donde pasar la tarde. Resultaba muy agradable ser parte de ese paisaje. Caminamos por los prados llenos de verde natural de esmerado cuidado, admiramos su maravillosa fuente con personajes mitológicos que adornan esculturalmente el centro de la plaza principal de Monterrey. Hablamos de los edificios construidos en su contorno, como la biblioteca y su casino, también del Palacio de Gobierno que se levanta hermoso al polo opuesto de las oficinas municipales, de estilo neoclásico construido a principios del siglo XX, con sus columnas estriadas al frente como muestra majestuosa, de una obra arquitectónica digna de ser apreciada a la vista del amante del arte antiguo. Ahí pasamos varios domingos divirtiéndonos en las funciones del teatro de la ciudad. Días después la invité al cine a ver una película que por cierto no recuerdo ni el título, porque me ocupé de estarla besando todo el tiempo en sus mejillas y sujetando sus manos con las mías. Por fortuna ella nunca me rechazó. En realidad lo que pretendía era su acercamiento, estar a su lado como si fuera el pretendiente de veinte años de edad tras la novia quinceañera, primeriza y santa. Tomaba sus manos y las besaba acariciando cada uno de sus dedos, sacando y metiendo sus

anillos provocándole cosquillas al manipularlos con pulcra minuciosidad. Entrelazaba una de sus manos con la mía haciendo que los dedos formaran solo una masa, acercándola a mi rostro para hacerla rozar con la barbilla. Ella volteaba de vez en cuando para corresponder a mis traviesas caricias; pero de un modo gentil y amable, sin que sus ojos perdieran el equilibrio y la cordura. Simplemente aceptando el comportamiento del ilustre y sempiterno amigo enamorado, que la tiene consentida. Ese día insistí en versos que la amaba, buscando reciprocidad en ella. Buscando despertar en su femineidad algún instinto, una señal que me hiciera pensar que iba ganando a pausas su cariño. Pero nada, no sucedía nada, la muñeca seguía dormida. Como siempre estaba frente a una entidad pétrea, insensible, pero cordial. Llegará después me dije, con el tiempo y un ganchito. Así fueron estos fines de semana, yendo y viniendo de aquí para allá, tratando de distraerla y de hacerla sonreír. Que viera la vida con otro semblante. En ese sentido si veía un cambio importante en su animo.

Algunas otras tardes asistimos al Centro Cultural Alfa, un sitio austero, sencillo, pero interesante, majestuoso, donde todo se asimila y se ilustra a base de ejemplos visuales, donde la física opera y se comprende en juegos. Te hace pensar que la física no es tan difícil y la escenografía del recinto invita al estudio de los fenómenos naturales. Donde el estudio se transforma en arte, donde el libro se convierte en fotografía y grabado y el manual en documental absorbido por la contemplación y la observancia de sus partes, cuyo mensaje se aloja en cada cerebro de manera sistemática. Todo tiene rasgos de originalidad al pie del visitante, todo es bello y seductor. Un lugar donde el arte tiene nombre y título, donde convergen sabiduría y experiencia, donde el sol se junta con la luna y donde el conocimiento se confunde con el juego.

A la mañana siguiente y muy temprano le sugerí Chipinque. Allí caminamos y caminamos y caminamos, hasta alcanzar en un par de horas la cumbre, o lo que la gente ha llamado la punta. Es una fila montañosa enclavada en las jorobas de la Sierra Madre Oriental. Es un sitio bello, grandioso, yo diría, hasta sublime. Estratégico y popular para pasar el fin de semana. Allí, se construyeron toboganes de concreto descubriendo el pasatiempo perfecto para los sábados y domingos, donde los chiquitines resbalan sonrientes cada tarde sus traseros, para encontrarse al final de la bajada con los brazos de sus padres. Y si los chamacos se aburren entonces recurren a los juegos especiales fabricados a base de troncos y sogas. Subir entre los peñascos de la Sierra y jugar a identificar los paisajes que domina tu vista, es toda una aventura. Desde ahí se domina

el Cerro de las Mitras justo frente a nuestros ojos, al igual que el Cerro del Fraile y las puntiagudas rocas de la Huasteca. Estando tan arriba sientes el fresco de sus aires que se dejan venir de las montañas aledañas, que rodean al enorme núcleo urbano cuesta abajo. Estar allí, en esas alturas prominentes, es algo así como evocar a los dioses del universo, es poseer el poder para dominarlo todo. Es sentirse ave capaz de alzarse hacia el azul insospechable que sabes que esta ahí; pero intangible. Es codiciar el vuelo del halcón quitándole sus alas para surcar el horizonte aéreo sin permisos humanos. Es saber categóricamente que el hombre no es nadie frente a la vastedad de la naturaleza.

—¡Esto es vida Rosario! – le decía –. Siente el sudor cómo corre entre tus sienes y resbala por las curvas de tu cuello mientras caminas. Siente como transpira tu piel cuando al calor de tus maniobras corporales se hacen manifiestas en tus ganas. Oye tu jadeo, oye tu latido, siente tu cansancio, percibe tu esforzada respiración y dale gracias al Señor que estás viva aún. Mira hacia allá abajo, tus ojos dominan desde aquí una distancia inacabable, abarcan el cielo, contemplas las aves, los paisajes, dominas la luz que cruza los horizontes azules. Esto es vida, porque eres parte de este paisaje elocuente. Tú eres parte de esta belleza, eres parte del dominio de la naturaleza. Eres vida y la debes vivir. Corresponde al vocablo humano y vive lo que tienes que vivir. Aprovecha el aire y el agua para hacer que tu cuerpo se convierta en flor de la esperanza. Dile a la vida que quieres vivirla con la misma certidumbre de las flores que envidian la duración de tus años, que Dios te otorgó desde que tu madre te parió. Declárate agradecida, porque viniste al mundo no tan solo a probarlo, sino a ser parte de su armonía. Eres la minúscula admiración que tiene este mundo; pero aún siendo diminuta tu aportación conjuga con la de todos los humanos, para que nuestra naturaleza se brinde generosa y nos regale siempre los rayos vitales del sol, la magia del día, la veleidosa noche, la impetuosidad del aire, la misteriosa vida de los mares, el frenesí de los ríos y así recoger de ella, la palabra divina del agradecimiento.

¡Qué bueno que eres mujer!, porque las mujeres son Evas imprescindibles para los Adanes en este paraíso terrestre. Comparten con el mundo la geografía vital. Ustedes, además de darle vida en su vientre a los hombres tienen la facultad de ser madres de los hijos del mundo, de transformar su cuerpo convertido en laboratorio maternal durante nueve meses, de darle forma a nuestras raíces epidérmicas, de diseñar gracias a Dios, un flujo sanguíneo y un corazón que palpita con todas las emociones

mundanas. De darle línea y fuerza a nuestros huesos para que en ellos se incorporen las estructuras corporales. Por eso debes amar la vida Rosario y por eso también debes estar orgullosa de ser mujer —. Terminé manifestándome con verdadera pasión —. Me tomó de las manos, me acercó hacia ella y me plantó un beso que acompañó su abrazo. El resto del día lo pasamos sonriendo.

Comer se convirtió en un gran placer. La llevé a un lugar muy popular, de costumbres tradicionales a probar comida característica de la región. Es sabrosa su sazón y sus condimentos, principalmente cuando de guisados y postres se trata. Pedimos un plato de cortadillo que está preparado a base de carne de res, que jalamos con las orejas de la tortilla hasta chuparnos los dedos, acompañados de una cerveza bien helada para estar a tono con el sabor de nuestros sagrados alimentos. Platillo extraordinariamente delicioso.

Otro domingo lo envolvimos en un día de campo que pasamos por la *Presa de La Boca,* siguiendo por la carretera nacional que conduce a Ciudad Victoria se encuentra una pequeña zona comercial que todos conocen como "Los Cavazos" cuyos bordes de la carretera casi invaden el área peatonal de las aceras circundantes del poblado. Donde los paseantes acostumbran casi siempre poner un alto en el acelerador del automóvil para saborear cualquier cosilla que a la vista haya enamorado. Comes, bebes y te relajas para después seguir disfrutando tu domingo. Si se cuenta con el tiempo necesario, lo que haces es darle la vuelta a la presa y pararte por allí con tu compañera, tu familia, tus amigos o con quien vayas para pasar un buen rato. Rosario la estaba pasando bien, me lo decía su sonrisa cada vez que me miraba por cualquier disparate que le susurraba al oído, a pesar del calor que gobernaba en el cielo limpio, sin nubes, con extremo bochorno y con el cuerpo sudoroso y húmedo. Cuando regresábamos a la ciudad, mirábamos la carretera curveada con su camellón en medio, lleno de flores coloreadas por las rosas, los claveles y las buganvilias. También nos dimos cuenta de innumerables invernaderos a la vera de la carretera, en donde vendían plantas y flores en macetas de muy variado colorido. Los comercios de esta clase por aquí proliferan, son abundantes, aunque tienen la gracia de existir debido a que los fines de semana la gente con el deseo de dar un paseo por aquí, cae ocasionalmente por estos negocios que ofrecen atractivos singulares.

Así, estando al volante y de regreso a casa le pregunté —. Chayo ¿Cómo y donde te ves dentro de cinco años? ¿Dónde te gustaría vivir? ¿Qué te gustaría hacer para entonces?

—No lo sé, no tengo nada en mente.
—¿Has pensado algo al respecto en estos meses?
—Mira, se que tengo que hacer algo. Quiero y necesito trabajar. Lo sé; pero no he llegado a concretar cómo será mi mañana. Ahora que lo preguntas, casi he resuelto en regresar nuevamente al Distrito Federal. He meditado mucho en ello. Es más, debo resolverlo pronto porque no me quiero pasar toda la vida de ociosa.
—Al escuchar sus palabras, angustiado, comencé con mi labor de persuasión acostumbrada —. Quédate en Monterrey — pretexté —. Es una ciudad hermosa, interesante, encantadora, dinámica, con mucha vida. Aquí puedes encontrar excelentes motivos y un buen empleo —, agregué, casi con la intención de ruego.
—¿Cuáles motivos, Edgar?, si me siento tan incompleta.

Me dio coraje pensar que no me incluyera entre sus motivos. Me había esforzado todos esos días sin contar los años atrás, por hacerla feliz. Todo el tiempo dedicándoselo a ella, como si fuera una diosa de las pirámides de Egipto, tratándola con extrema devoción. Todo mi itinerario lo ocupaba ella, los días, las noches, los fines de semana. En ella se establecían mis tardes después de trabajar, era mi entretenimiento favorito, mi desgaste, mi todo. No sabía a quien inculpar con mayor ardor, si a la ceguera de Rosario o, a mi estúpida insensatez de perseguirla.

Sin embargo, insistí —. Justamente de eso se trata, de no estarlo más. Busca con afán una esperanza, fabrica un sentimiento y transfórmalo en tu motivo, caramba no seas testaruda, sacúdete de ese abatimiento que solo te lleva a hundirte sin remedio en un hoyo sin salida. ¿Por qué carajos quieres regresar a la capital?

—A buscar a mi madre, que tengo muchas cuentas pendientes con ella. Entre otras cosas debo pedirle perdón. También, pedirle que me aclare una situación que no he logrado comprender, aún después de haberle dado muchas vueltas al asunto.
—¿Puedo saber que ocurre con Doña Amalia? ¿Qué le hiciste, que te tiene preocupada? —. Se quedó repentinamente callada, como si mi pregunta hubiera penetrado en las cavidades oceánicas de su conciencia.

A pesar de haber invertido considerable tiempo en su entretenimiento y distracción noté, que no había sacudido del todo los problemas que traía Rosario.
En eso estábamos cuando comenzó a llover despacito y gota por gota mojándose el color del pavimento, dejándose sentir la proximidad de una tarde nostálgica con el cielo medroso y un tanto oscurecido. La lluvia no

era todavía abundante y cegadora, simplemente el panorama de las montañas que rodean a Monterrey se hizo melancólico, avizorándose a lontananza las nubes cargadas de agua. Con las manos en el volante vi de reojo a mi compañera, su rostro parecía adoptar la misma tonalidad del clima en ese momento, mientras las llantas de mi automóvil ya invadían la entrada a la ciudad, encaminándose a la Avenida Lázaro Cárdenas después de subir un paso a desnivel.

—Retomé el curso de la conversación —¿Crees que pueda tener la capacidad intelectual para ayudarte en ese problema?

—Edgar no seas petulante. Y sí, sí creo que me puedas ayudar con un buen consejo. Te confesaré algo que estoy segura te dejará atónito. Tan solo cuatro días después de la muerte de mi padre, si aunque no lo creas, cuatro días después, encontré a mi madre en brazos de otro cabrón. Los vi cuando estaban besuqueándose descaradamente en la entrada de un edificio cercano a la casa.

—Me quedé estupefacto al escuchar lo dicho por la boca de Chayo, no supe que contestarle en ese momento. La sorpresa fue mayúscula. Me dejó perplejo. Tan solo respondí de manera automática —. ¡No puede ser! ¿Pero, cómo?

—Ella prosiguió con los labios temblorosos —. Has escuchado bien. Cuatro días tan sólo y mi madre, ya estaba embarrándose con el mugroso mecánico que arreglaba el carro de mi padre. Cuando los sorprendí, créeme que mi primera reacción fue matarla, clavarle un cuchillo justo en medio del pecho y desfigurarle la cara. ¿Como se atrevía a manchar el respeto a la memoria de él?, que estaba apenas enfriándose en la tumba del panteón. Y yo seguía sin salir del asombro.

—¿Y que fue lo hiciste en ese instante?

—La maldije mil, millones de veces. Le grité de lo peor, cosas tan vergonzosas y humillantes delante de aquel mequetrefe, hijo de su perra madre. Inclusive después de tantos meses que han pasado, no alcanzo a dimensionar todo el odio que salió de mis adentros. Le dije que era una prostituta, una cualquiera, que no merecía ser mi madre, porque una piruja no puede ser madre de unos hijos que la esperan en casa y que hasta entonces la adorábamos.

Nuevamente Rosario irrumpió en llanto, pero esta vez su llanto era cuantioso, no por tristeza, sino por coraje e impotencia. Y porque a todas luces sentía que el recuerdo de esos momentos la hundía en el pozo de la amargura. Adiviné su desilusión de encontrar a la autora de sus días, en esas penosas condiciones de perjurio. Escondida en un rincón para gozar

de las caricias de su amante, quien sabe desde que tiempo atrás, pero que ese día había sido descubierta por su hija, hiriéndola de lleno en la memoria de su recién finado padre.

Déjame decirte algo más Edgar. Premeditadamente le escupí en su cara. La quería despedazar, apalear, y con toda la rabia emergida del barranco de mis sentimientos, deshacerla con mis propias uñas. Quería venganza en nombre de mi padre que siempre fue muy hombre y de veras respetuoso. Pero cuando lo hice, ella me propinó una sonora bofeteada en la que puso todas sus fuerzas, de modo tal, que provocó que yo perdiera la vertical. Como pude me repuse para corresponder del mismo modo animal a la violencia, hasta que el pendejo de su amante nos separó como pudo. Quiero decirte que desde aquella fecha me arrepiento de llevar su apellido, la vitupero y la maldigo. Mi rencor no ha llegado al fondo porque sigue cayendo como la roca en un pozo que no ha llegado a su meta. Me he quedado sin alma, sin apellido paterno, ahora sin apellido materno, sólo conservo mi nombre porque tú lo dices con tanto cariño, que entonces me acuerdo que así me llamo.

Recargó su cabeza en la ventanilla y sus brazos perdieron en ese momento la rigidez natural. Tuve que orillar el carro en cuanto pude para acercarme a ella. Saqué mi pañuelo y con extrema delicadeza limpié las mejillas mojadas que en un momento dado, llegaron a confundirse con los filamentos de agua que rodaban por la ventanilla del auto. Seguía lloviendo. Acaricié y besé sus manos para consolarla y sensibilizarla. Las tomé entre las mías. Ella necesitaba amor, mimos, consuelo, comprensión y alguien que la escuchara para terminar de desterrar toda la mugre que traía encima. Se inclinó hacia mí y recargó entonces su rostro plañido en mi hombro. Sin pensarlo demasiado busqué su boca y la besé con un deseo incontrolable, como pude me prendí de sus labios fervientemente en un beso grato que ella correspondió prolongándose durante largos segundos.

—Eso no fue todo lo que ocurrió ese día —siguió gimiendo como pudo y pujando como niña —. Cuando subimos a la casa, no paró mi animadversión, delante de mis hermanos, que se encontraban en ese momento reunidos y les grité con fuerza inaudita —. He encontrado a ésta —señalando la figura de mi madre con exacerbada furia, deseando que mi señal fuera una lanza que la hiriera mortalmente — arrinconada aquí abajo besuqueándose con el imbécil del mecánico, muchachos. Esto es el colmo de la vergüenza que nos ha hecho pasar esta sirvienta callejera que se hace pasar por nuestra madre. Me quedé pendiente de la reacción de

mis hermanos; pero al notar su sorda y pasiva actitud al calor de mi quebranto, me arrojé sobre ella cual guerrero enemigo en busca del desquite. El impulso que generó mi cuerpo hacia el suyo, provocó que la tumbara en el piso y las dos nos agarramos como fieras en una lucha intempestiva e imprevisible.

Yo estaba desconcertado, escuchando como ella desmenuzaba su relato. Primero, porque ella lo manifestaba de un modo que el rostro se le descomponía cuando narraba sus angustias; y segundo porque era la primera ocasión en mi vida que me enteraba de semejante situación. Mi infancia y adolescencia en casa, del modo en que la viví, nunca se pareció a esta horrenda historia que Rosario estaba contando y apenas alcanzaba a comprender fielmente la espantosa realidad que le rodeaba. Siempre había pensado que mi vida era una calamidad; pero al escuchar esta crónica inaudita, sobrepasaba todo lo imaginado en mi mente. Me parecía increíble que una familia tan solidaria sucumbiera cuando el padre de la casa apenas desaparecía del panorama conyugal y repentinamente toda la estructura hogareña, se venía abajo en un terremoto de dramatismo incalculable al faltar la columna vertebral.

Comprendí que le faltaba el aire a Chayo, así que salí del automóvil rodeándolo hasta abrir la puerta de su lado, para ayudarla a sobreponerse de la impresión. La sujeté de los brazos y comenzamos a caminar en las orillas del parque Roma. Un bellísimo parque convertido en jardín, donde los fines de semana se aglutina la gente con sus hijos, para pasar un buen rato, hacer ejercicio o jugar con los trampolines. Había parado la llovizna y el ambiente húmedo nos permitió llegar hasta una banca de concreto, en donde ella pudo seguir desahogándose. Pensé que era el momento justo para que ella expulsara toda la porquería que había guardado desde entonces. Era el momento adecuado para vaciar del cesto, todos los recuerdos que contenía su rencor y no la dejaban en paz, por lo que cínicamente adopté una actitud de oyente.

—Prosigue mi amor, por favor, ¡te escucho con atención! —, le dije suavemente, casi en el oído. Ella me miró al rostro con los ojos lastimados y vidriosos, obedeciéndome. Sin duda adivinaba en sus evoluciones, que deseaba echar fuera todo lo desagradable que había pasado en aquellos días de extremo sufrimiento.

—Grande fue mi sorpresa —prosiguió —cuando escuché de mis propios hermanos que no les importaba lo que yo había descubierto. Que la prostituta era yo y ser yo también, quien tendría que largarse de la casa. La defendieron a costa de todo, exigiéndome callar, que no permitirían que

siguiera ofendiéndola. Me dejaron totalmente desarmada al momento en que mis consanguíneos firmemente apoyaron la conducta callejera de mi madre. Agregaron que yo no era una perita en dulce, que también tenía mi guardadito y para terminar dijo mi hermano mayor, que yo era considerada un miembro despreciable de la familia y por lo tanto, las puertas de la casa estaban cerradas para mi a partir de ese momento.
—¿Qué locura, sino me lo dices no lo creería? —. Dije en una expresión solidaria —¿Crees posible que ellos ya sabían lo de Doña Amalia?
—Sin duda Edgar. Ahora sé que ella le ponía los cuernos a mi padre desde mucho antes que él falleciera. Sólo así se explica que mis hermanos hayan actuado de esa manera. No tengo otra explicación. Estoy plenamente segura que por lo menos mi hermano mayor, sí sabia de las andanzas eróticas y lascivas de mi madre. También me atrevo a pensar que mi hermano mayor estaba enterado de mis amoríos, con un hombre casado, lo digo por aquello que él señaló en su momento, que yo también tenía mi guardadito.

Hasta entonces recordé que la madre de Rosario era menor que Don Raúl treinta y seis años. No me cabía duda, la sobrada edad entre ambos era una diferencia insoslayable y ésta bien pudiera haber sido una razón hasta cierto punto calificable y contundente, para darle a estos hechos veracidad absoluta.
—Oye, Chayo ¿qué edad tendrá tu madre ahora? —pregunté para recordarlo y circunscribir un comentario que deseaba poner en la hoguera.
—Creo que anda por los cuarenta y cuatro años, no estoy muy segura. Dijo casi sin mover los labios. Ya sé lo que estas pensando, que mi madre se recogió muy joven en los brazos de mi padre cuando todavía era una chiquilla. Pero eso no le da derecho de pisotear la memoria, del que fue su marido más de treinta años, y menos cuando apenas lo habíamos puesto bajo tierra. No es justo. Me digas lo que me digas, me parece una osadía imperdonable. Además, mi padre nunca tuvo un desliz que ella conociera, jamás puso en peligro la vida matrimonial de ambos. Siempre la respetó. No hubo un solo engaño, de eso estoy segura.

—Bueno, tu afirmación no la puedes certificar. Sin embargo, lo que haya sucedido entre ellos en el pasado, no modifican las cosas ahora en el presente. Mira Rosario, tienes razón en todo lo que dices. Comprendo tu dolor y rabia que sientes allí adentro —le señalé con el índice hacia su busto —, pero creo que la edad conlleva reformas en tu pensamiento. Es decir, no solamente los cumpleaños te hacen cambiar, también te cambian las costumbres adquiridas durante ese tiempo. Y si le sumas el entorno

social en que te desenvuelves, entonces generas nuevos hábitos y conductas, que van modificando el interior de tu persona. Ahora bien, a medida que la experiencia vivida permea de nuevos matices tus opiniones, te convierte paulatinamente en otra clase de individuo. De modo que cuando volteas tu rostro al pasado, comparativamente hablando, ya no eres el mismo, como sucede con la mayoría de los humanos. En pocas palabras, a medida que pasa el tiempo y vives nuevas experiencias tu intelecto se altera, tus pensamientos se renuevan y lo que antes fue prioridad y trascendente para ti, hoy pudiera ser una ligereza.

—¿Qué tratas de decirme, no entiendo?

—Lo que quiero explicarte, es que aunque te parezca inconcebible, tus padres difícilmente se entendieron durante toda la vida que pasaron juntos —. Rosario me miró con evidente desconcierto —. Si, escúchame con atención por favor. Hace muchos años, diría bastantes, ellos se juntaron porque seguramente a los dos les convino reunirse para aliviar su soledad y tal vez regular sus vidas, que según tengo entendido andaban sin rumbo fijo. Por lo menos fue lo que un día me contaste. Pues bien, Doña Amalia, tu madre, apenas rebasaba los dieciséis años y Don Raúl ya frisaba los cincuenta y dos. Sin duda, un gran contraste en la vida de ambos.

—Es que ella se vino a la aventura desde Puebla para trabajar en una lonchería y mi padre, la recogió en una noble acción, para ponerle casa, darle apellido e hijos. Y así le pagó la vieja desdichada

— Me asombró su calificativo. Hice caso omiso de esa recriminación filosa, el odio estaba a flor de piel todavía, así que proseguí con mi explicación —. Mientras Don Raúl pensaba en que su vida estaba hecha, con seguridad tu madre pensó que la suya estaba deshecha. Mientras que tu padre pensaba en la mesura y la cordura, tu madre se quedaba con una cruda encima, por haber dejado su juventud en unos brazos seniles y piadosos, ¿me entiendes Rosario? — Insistí —mientras que tu padre pensaba en dormir tranquilo seguramente Doña Amalia pensaba en hacer sexo. En todo esto estriba el gran abismo entre una edad y la otra. Ahí esta la razón del frágil comportamiento materno que tanto te ha dolido al final del camino de tus padres. Don Raúl, cincuentón había vivido casi todo lo que un hombre recorre por las calles del mundo. Y te puedo decir con toda certeza que tuvo mujeres y aventuras con docenas de ellas en su juventud; pero rebasando los cincuenta, el sexo ya no posee la lujuriosa excitación del adolescente, ni la pasión candente de los abrazos, ni el pensamiento cargado de caricias obscenas. El sexo pasando los cincuenta, nunca podrá

ser física y mentalmente tratado igual, que a los diez y seis o diez y siete años que tenía tu madre, cuando Don Raúl la recogió, como ahora dices.
—¿Y porque te refieres al sexo estrictamente? —dijo ella dolida.
—Para explicarte dos cosas que considero insalvables por nombrarte. Primero, en una relación de pareja, el sexo es una actividad preponderante y viva, que no escapa a las garras de la impotencia, ni de la aburrida continuidad. Es un elemento de equilibrio que se proyecta directo en los resultados conyugales. Para mi el sexo en una relación sentimental, es la parte coyuntural en la convivencia de una pareja y en gran parte depende de éste, para que el tiempo empobrezca o enriquezca, una relación amorosa. Además debiera señalar, que es fundamental esta actividad cuando entras al matrimonio siendo una jovencita, como es el caso que ahora nos ocupa. A menos de que se trate de una pareja muy madura, consciente, prudente y sensata que anteponga desde antes, las reglas del juego en su relación. Y segundo, porque es el caso del comportamiento de tu madre a la que encontraste en brazos de otro. Yo no creo que a la edad que tenía tu padre hiciera feliz sexualmente a tu mamá. Calculo que ya tocaba los ochenta, ¿no es así?
—Edgar ¿para ti, qué es lo más importante para que sobreviva una pareja?
—Bueno, tal vez no sea la columna vertebral de una relación sentimental, pero si me atrevo a afirmar que del sexo bien aplicado y correspondido brota la buena comunicación y la armonía. En la mayoría de los casos se mantiene la flama del cariño ardiente dándose por consecuencia, que en la pareja haya muchas posibilidades de conservar fieles los principios de lealtad, es más, cuando esta condicionante no se da por alguna razón, entonces son un tanto explicables fenómenos como los que acabas de contarme. Además reitero, la diferencia de edad entre ellos era gigantesca, una desigualdad muy severa —. Me atreví entonces a voltearle su ejemplo —. Fíjate lo que pasa contigo Rosario. ¿Qué fue lo que buscaste en Eduardo?
—Una relación sentimental con sentido y duradera, no importaba que él estuviera casado. Esa era mi pretensión – dijo ella con agudeza.
—Es cierto, pero para mantenerla entre ustedes, el sexo fue determinante. Me has contado al dedillo tus peripecias sexuales con él. Precisamente para que se diera esa estupenda conexión entre ustedes, tuvieron que darse factores importantes como la estrecha similitud en la edad y las circunstancias sociales en que vivieron sus encuentros amorosos. De alguna manera, fueron eventualidades y lances suscitados dentro del mismo ámbito que les rodeaba. Pudiera pensarse que esto es una

casualidad, pero precisamente por ello tu relación tuvo vida mucho tiempo. Fue un factor determinante en su enamoramiento. Claro como dije antes, a menos que se trate de una relación juiciosa y sabia, en que las reglas del juego se anteponen. Por ejemplo, cuando dos personas seniles contraen nupcias, o cuando se trata convenientemente de legalizar una nacionalidad, tal vez también cuando se quiere ayudar a una persona postrada o enferma. Inclusive se dan estos casos, cuando una pareja cumple una condena en la cárcel. No se, hay muchos ejemplos que podría darte. Y desde ahí podemos establecer, los parámetros de juicio de la relación entre tus padres y la que tuviste con Eduardo. La verdad sea dicha y lo digo con todo respeto, es que con la escasa preparación académica de tus padres se antoja difícil pensar, que entre ellos, haya habido un acuerdo total o parcial para tal efecto. Se me hace imposible.

El amor no esta en la cocina, ni en los trapos bien lavados, ni en el servilismo prolongado, ni siquiera en una casa perfectamente aseada por una esposa abnegada y dedicada. Si bien es cierto que son elementos importantes en casa, no son predominantes en una relación de pareja. Pasa lo mismo que decías cuando te referías a las tareas del padre con los hijos, no basta con cumplir lo que obedece a la paternidad socializada, debe haber un agregado, si tu quieres espiritual o sentimental que vaya mas allá de las simples obligaciones del ser. Existen vecindarios que señalan a un matrimonio determinado como ejemplo a seguir, siempre juntos, cariñosos, nunca se gritan, en fin, y desafortunadamente algún día se divorcian, es decir, algo ocurre en una pareja que no se da y tal vez sea por lo que te digo. No lo se.

—Se necesita amor —dijo ella tratando de ayudarme —y un poquito más.

—Si, ¿pero que requieres para que exista y permanezca el amor entre una pareja aparte de las obligaciones? —espeté animado por el calor de la conversación —. Necesitas hacerle saber a tu pareja que es lo más bello que has tenido, que adoras sus cosas, que lo requieres para vivir. Y para eso existen los detalles, los regalitos, una caricia repentina, el sexo en el lugar menos pensado, el chiste o la broma, una tarea robada con deseo de hacerle feliz al otro, una sorpresa grata, la visita repentina, una carta de amor, una frase amorosa, las flores perfumadas, un halago, una caminata en el parque, una poesía recitada. En fin, hay muchos detalles que se podrían inventar y descubrir para hacer que una relación tuviera ese valor agregado del que hablamos, dejando fuera obviamente a los aspectos tradicionalmente obligados, que aunque ocupan una parte imprescindible en el contexto de pareja, yo siento que lo primero pone en marcha a lo

segundo. Y estoy casi seguro que tu padre, por el hecho de haberle dado casa y sustento a tu madre desprotegida en aquel entonces y por haberle dado hijos, una familia, pensó que su trabajo estaba hecho y bien terminado, según él, a plena satisfacción. Afortunadamente Don Raúl ya no se dio cuenta que era vilmente engañado por su cónyuge. Por lo menos Doña Amalia supo guardar su pasión hasta que él desapareció del panorama familiar.

—¿Eso es lo que piensas? ¿La perdonarías? qué piensas de mi madre?

—Lo mismo que de la mía porque madre solo hay una, inobjetablemente —le dije en un tono amigable y convincente —. Mi madre cuidó de mis heridas, raspaduras y dolencias cuando fui infante, secó mis lágrimas y de hinojos guardó mi sueño nocturno. Cuando tuve el habla entre los labios me instruyó para decir familia, madre y padre, conciencia, futuro, patria, fe, Dios. Ella me preparó para saber amar a mis hermanos y a ser buen samaritano. Me llevó a la escuela, desde el jardín de niños con su mano pegada a la mía. Ella me reveló la alegría al oír la música y tararearla, a contemplar el mar, a vivir con la gente, me aleccionó para pronunciar perfectamente la frase, te quiero. La vida no sería lo que es sin ella. Porque mi madre es belleza, color, placer, dolor, fatiga, pasión, llanto, entusiasmo, arte, poesía, amor. ¡Como no voy a querer a mi madre! Créeme Rosario, amo a mi madre. Sin embargo, ahora como adulto, conociendo la dimensión del pecado y el costo de una equivocación, por eso, no me atrevo a arrojar la primera piedra.

—Comprendo. Pero ¿qué opinas de éste problema en particular?

—Mi opinión redunda en la comprensión y en la construcción. No puedo destruir lo que ya tuvo destrucción. Te recuerdo una vieja ley de Newton que dice; para toda acción corresponde una reacción. Y es aplicable en todos los conceptos. Doña Amalia reaccionó y procesó en forma normal las circunstancias de su perímetro familiar como *Dios le dio a entender*. Por esa razón y desde mi punto de vista la comprendo y la entiendo, aunque te suene cruel y despiadado. Y que conste que no estoy hablando mal de tu progenitor.

—¿Entonces tu la perdonarías? — preguntó sin quitar el dedo del renglón.

—No, indudablemente no. Lo que trato de decir es que a la luz de todos, tu madre siempre se comportó sacrificada y ecuánime, la prueba está en que nunca notaste su desvarío, aunque a la sombra era otra la que quería ser. Así puedo definirlo. Se que no se vale lo que hizo. Simple y llanamente digo que la distancia en años entre tus padres era tan abismalmente anormal, que me resulta obvio que esto haya sucedido. Trato de imaginarme como

era la comunicación entre ambos, tomé aire y seguí, si es que algún día la hubo, debió haber sido cortante, distante, exacta, frustrante, dando y repartiendo instrucciones, para ser obedecida al pie de la letra por la comandancia superior de la familia. Siguiendo la línea trazada por el padre para que los suyos hicieran, exactamente lo que él marcaba desde su propia independencia, y regir de ese modo el horizonte que Don Raúl consideraba como el correcto. Así debió ser. Fíjate, profundizando en esto pienso y no lo hago a la ligera; pero bien pudo suceder al principio de su unión libre, que tu madre haya sido violada varias veces por tu padre. Si, la batuta la llevaba él en todas las aéreas del contexto matrimonial. En la cama no pudo haber sido lo contrario. El la tomó, la penetró, la embarazó, a su propio parecer. En otras palabras, la usó del modo en que a Don Raúl según sus atavismos y costumbres debía tratarse a una mujer. Nunca pensó en que tenía a una niña como esposa. Y con respecto a tu madre, pasados algunos años y sin el sexo prodigado por su varón acabado en casa, ella no tuvo empacho para engañarlo con el fulano menos pensado por él. No creo que pasados los ochenta pudiera batirse en duelo sexual con tu madre.

—Edgar ¿Qué fácil resbalas el calificativo de prostituta? Lo dices porque eres hombre y porque seguramente también tú tienes historia con las mujeres de la calle.

—Sin duda, no soy un santo, ni profeso una religión. Y precisamente por conocerlas de ese modo me atrevo a opinar que la mujer vale mucho más de lo que tú supones. A estas alturas deberías entender que no soy misógino. Los hombres hemos sido afortunados al saber de mujeres tan bellas e interesantes como Sor Juana Inés de la Cruz. Ejemplo del mejor espejo en la poesía. Como Frida Kahlo, un ser que vivió atormentada, pero que modeló con su muy particular amor a la vida, los más ilustres oleos que su existencia nos legó. La Señora Kennedy, que pese al terrible asesinato de su esposo supo rehacer su vida en una sociedad atormentada. La inolvidable Hellen Keller que se repuso a su ceguera y sordera. Una mujer que sin dos sentidos vitales pudo, no solo subsistir, sino hallar el canal armonioso para sonreír de cara frente al sol, aunque no lo viera. Y puedo mencionarte aun mujeres con similar historia. Ahí tienes a Eva Perón; Indira Gandhi; Gabriela Mistral; etc. ¿Como no hablar bien de la mujer? si ustedes son el elixir de la existencia. En ustedes se encuentra la prolongación del apellido del hombre, la palabra madre que suena gruesa en la boca cuando se pronuncia con fe, en la mujer esta el beso, el abrazo, la caricia, el placer, la sabiduría, la paciencia, el encanto,

el perdón; en una palabra, la vida. Por supuesto que amo a la mujer, porque mujer es mi madre y mis hermanas. Porque tú eres mujer, por eso te amo.

—¿Me amarías igual si te dijera que provengo de una madre, que se comporta como puta y que tiene actitudes de sirvienta? Porque eso fue ella, una vil sirvienta, vivió así cuando llegó al Distrito Federal —. Dijo Rosario agresiva e insolente. Sabía mis respuestas de antemano; pero el rencor que hablaba por ella, no la dejaba ser congruente.

—Te amaría más, si amaras tu origen. Te amaría más, si te amaras a ti misma. Te voy a dar un consejo. Una mujer como tú, debe ser leal a sí misma. Tener fe en su capacidad de hacer las cosas, de llegar hasta ellas. Debes creer en ti, tener lealtad y fidelidad a tus principios e ideas. De nada servirán tus ansiados proyectos, sino te provees de autoestima. Debes pensar que eres una mujer que vales y mucho. Mujer de valor inigualable. Inalcanzable para las demás. Pensar que la mujer a través del tiempo ha llenado páginas de gloria, no olvides que vienes de la Malinche, de Doña Marina como le ha llamado la historia. Se dice que fue la mujer que traicionó la palabra del azteca. En mi opinión muy particular pienso que esa mujer fue el medio, por el cual ahora tenemos una religión, un idioma, la palabra entendida y una forma de vivir. No llores tu pasado, ni te arrepientas del vientre de donde vienes. Tu madre supo sacarlos del hoyo y los puso a flote en la superficie. No se vale hacer del árbol caído una hoguera. Debes pensar que tu al igual que muchas mexicanas han logrado romper con viejos mitos de la sociedad y han salido victoriosas saltando barreras consideradas paradigmas, en la mente obtusa de otras gentes. Cuando seas madre algún día, querrás que tus hijos superen el límite al que no pudiste llegar. Cuando seas madre y completes el ciclo verás con orgullo, a tus vástagos tener una mayor estatura y otras formas superiores, de aplicar los conceptos moralistas. Esta escrito que el hombre nunca se detendrá ante nada, menos ante la muerte y tu eres de esas raras personas que quisieron detener con su propia mano el proceso natural de la vida.

Rosario ya no dijo nada, simplemente se recargó en mi hombro para descansar, como lo tenía acostumbrado. Sus ojos se apaciguaron y su voz dejó de arrojar basura, solo se limitó a gemir en mi oído y dar paso a su transpiración acelerada que lentamente bajó de intensidad, por el cúmulo de sus reflexiones hasta perderse con el ruido de los coches, que pasaban por allí. Los árboles nos hacían compañía, espigados, verdes, frondosos, cubriendo el regio horizonte celeste desde nuestra banca. Con mi pañuelo

limpié sus manchas húmedas, que quedaron sobre sus mejillas con tierna precaución haciendo voltear su rostro moreno y triste hacia mi, para robarle un beso escondido en el silencio que perduró toda la tarde. Un beso que selló muchas palabras con recuerdos de un pasado negro, un beso que en la profundidad del sentimiento de ambos, se entregó pleno blanqueando el alma de viejos temores y dejando que las dudas se extinguieran después de haber sido combustible, en el triángulo del fuego. La tarde languideció y se quebró en el espacio, el otoño se asomó por las nubes que corrían empujadas por el viento. Las casas comenzaron a difuminar sus perfiles, ocultándose entre los árboles crecidos, las luces hicieron fiesta en las ventanas haciéndole honores a la entrada de la noche, los umbrales se encendieron y todo Monterrey se iluminó, igual que nosotros.

HOMBRE Y MUJER

Los días, las semanas y los meses pasaron como pasan las hojas de un libro al que se lee con interés tratando de comprender cada línea del pensamiento reflejado en las acciones de una mujer, a la que no podía negarle absolutamente nada, porque el amor no se mide por palabras, se mide por hechos que viajen directo hacia la razón de ser y estar en el alma de quien se ama. Llegué a pensar que el tiempo en estaba asociado con mi propósito, sin duda, no iba a ser mi mejor aliado, lo presentía. Agonizaba cada vez que me concentraba en ello: pero bien dicen que estar enamorado es estar ciego y no se ve más allá, de la pared de sus sentimientos.

A fuerza de querer penetrar en su interior como algo único e imperturbable y habiendo utilizado innumerables recursos para ganarme su crédito, lo único que obtuve fue su caridad y lastimosa gratitud. Notaba que sus predilecciones se situaban a distancias kilométricas de mis aspiraciones. Despreciando lo que yo ponía en su mesa, me percaté que estaba lejos de despertarle deseos por mi persona. Tal pareciera que ella en todo pensaba menos en que, yo estaba dispuesto a estar por siempre a su lado. Su salud florecía como las hojas de un árbol en primavera al paso de un crudo invierno. El sol se manifestó en la piel blanca de Rosario. Coronándola en sus tallos y ramas, de un follaje esplendoroso para enfrentar el nuevo horizonte de su vida. Ahora la veía fresca y rebosante, segura, nuevamente coqueta, indiscreta, audaz, muy femenina, medio altiva y con una sonrisa que asomó su rostro con una blancura suprema. Su talle se exhibía majestuoso en sus vestidos ceñidos a la cintura dejando ver sus piernas adorables cual tesoro mancomunado, como una diosa encendida. Al llevarla del brazo me sentía orgulloso de pasearme junto a ella; el clásico celoso de las miradas ajenas y pervertidas. Sabía y sentía que Rosario era la sombra de mi felicidad, el cobijo de mis pertenencias, la huella a perseguir, la mujer ideal que deseaba para toda la vida. Era feliz cuando conversábamos de nosotros, confiándome sus secretos, al sentarnos en una mesa de cualquier restaurante, al llevarla de compañera en la privacidad de mi automóvil, al tomarla de la mano bajo cualquier pretexto, benigno o codicioso, al oír su respiración cuando mi cara y la suya se rozaban por las mejillas para darnos un beso de bienvenida o despedida. Era dichoso del todo al percibir y desmembrar sus revelaciones,

cuando perdía su mirada en la nada explorando una respuesta. Exigiendo un consejo puntual para aliviar sus dudas. Por lo mismo, veía con extrema tristeza en su actitud que la frecuencia de mis visitas, solo servían para solidarizarme como su inseparable amigo, mientras que mi obstinación por poseerla, perdía terreno, para convertirme en mucho más que su incondicional consejero.

Debo confesar que tal tesitura me trasladó a la orilla de la desesperación. Me parecía imposible no encontrar la fórmula para hallar la estrategia que rompiera con ese lazo absurdo de coronada amistad. ¿Cómo provocar que mis alternativas me permitieran hacerle ver que yo era su futuro para el resto de su vida y no el adicto de su fémina cursilería? ¿Cómo hacerle sentir que yo era el hombre que la amaría sin condiciones y sin reservas? el hombre capaz de apaciguar sus congojas, de revivirle sus días felices, de hacerle digerible todas las angustias que había vivido, de convertir su incertidumbre en seguridad y confianza, de ser su solvencia en los aspectos económicos y morales, tal y como ella los deseaba tener. Me pregunté muchas veces cual sería el brebaje, fórmula o elixir para hacerla mía. No me refiero exclusivamente al cuerpo. Me refiero a aquella sensibilidad integral, en que una mujer enamorada ansía ser de un hombre al que considera único.

Pasé noches en vela abrazando a la almohada imaginando su cuerpo entre mis brazos, sus piernas entre las mías, su respiración en mi boca, su voz en mi oído, su placer en el mío. Imaginando que ella me imaginaba del mismo modo en que yo la figuraba en mi cerebro. Mi Chayo en casa esperándome, con un beso apretado y tierno, con la palabra amorosa, lista para recibir a su esposo que nunca faltaría a casa. Soñaba en que siendo mi compañera ambos nos comunicaríamos sabiamente, ella sus sueños y esperanzas, y yo las promesas y las metas por cumplir. Que compartiríamos las palabras y las miradas, la sopa caliente, la mesa servida, los quehaceres, los trabajos y las tareas. Pensaba que su demostrada inteligencia me ayudaría a sobreponerme de las incontables barreras, de las negativas y de las puertas cerradas, de los engaños y las personas esquivas, que vendría en mi auxilio para ser mejor cada día, en mi trabajo, con ella, con mi casa y con los hijos que tuviéramos. ¡Que felicidad tendría! En la montaña de mis anhelos la realidad superaría a la ficción.

Fuera de esta utopía, vivíamos la esencia y sustancia de Monterrey que es una ciudad moderna, vigorosa, de mucho movimiento, donde la juventud es reina de su crecimiento. Por lo que caminando a lado de una glorieta y

admirando una plaza casi jardín, a la orilla de la Avenida Vasconcelos y tomados de la mano como ya era nuestra costumbre, ambos dispusimos buscar una cafetería para disfrutar de un sabroso capuchino. Chayo trató de poner en claro algunas dudas que tenía sobre las características urbanas de Monterrey haciéndome algunas preguntas que ufano respondía.

—Rosario, al referirme a Monterrey, te hablo de toda la mancha urbana que consideramos como ciudad, incluye el aglutinamiento de importantes municipios como Guadalupe, San Nicolás de los Garza, San Pedro Garza García, Santa Catarina, Escobedo, Apodaca y tal vez se me escapa otro pero como ejemplo son una especie de delegaciones que maneja en la actualidad el Distrito Federal, claro que aquí adquieren una relevancia subrayada porque los ayuntamientos han adquirido poco a poco su propia personalidad histórica y social, y que juntas representan un todo en el contexto general citadino.

—Edgar, ¿tiene algo que ver su situación geográfica con todo esto?

—Explícate, no te entiendo.

—Es decir, la cercanía con el estado de Texas en los Estados Unidos ¿piensas que pueda representar alguna influencia significativa en la mentalidad y conducta del regiomontano en el proceso de su crecimiento y desarrollo? —. Ya tomábamos la taza de café sentados cuando me interrogó sobre el caso, en el interior de un vistoso restaurante de la Colonia del Valle, que se ubica dentro del municipio de Garza García.

—Yo creo que si, claro, conservando su intransferible propiedad cultural regiomontana. Aunque pensándolo bien no tan sólo desde el punto de vista urbano tiene inclinaciones texanas, también en algunos comercios y cadenas de tiendas que han llegado a penetrar muy dentro del gusto y paladar de los regios. Es una especie de guerra entre el taco y la hamburguesa. El taco tiene menos publicidad; pero ocupa un lugar muy especial en la tradición mexicana, en cambio la hamburguesa invadió principalmente la clase media de una manera importante. Respecto a costumbres, hábitos y tradiciones no hay cambio, aquí se siguen respetando a la usanza de los mexicanos. Tampoco pongo en duda que en cuestiones de modernidad tecnológica la unión americana represente una gran atracción para la gente de este lado ya que muchos prefieren hacer sus compras cruzando la frontera y traerse principalmente aparatos eléctricos para utilizar en casa, desdeñando un tanto la producción nacional. Sin embargo, el valor del dólar establece la limitación en las compras y adquisiciones de los usuarios ya que los condiciona el alcance

monetario. La distancia de aquí a la frontera así como el valor del peso en relación con el dólar equilibra el balance de intercambio monetario, poderosa razón por la que mucha gente se queda de lado mexicano a realizar sus compras en moneda nacional. Y además, tiene en su ciudad atractivos suficientes para preferir quedarse y gozar de instalaciones muy modernas y funcionales —. Vi el rostro de Rosario que me miraba y escuchaba atentamente todo lo que yo decía. Y enamorado de su contemplación que auxiliaba mi narcisismo seguí ansiosamente con mi monólogo —, ahora bien, en relación a la tipología de las acciones culturales, no hay punto de comparación con los de enfrente. Los aztecas seguimos teniendo nuestros talentos y hemos conservado cualidades muy propias, tradiciones y métodos en los cuales basamos nuestra formación.

—¿Y en cuestión de política, como ves a nuestro país en relación con los vecinos?

—Invariablemente los políticos mexicanos se hacen añicos en el Congreso de la Unión y se despedazan en cualquier espacio legislativo. Nunca un partido político favorece al otro. Son especialistas en señalarse los males y defectos, las desviaciones y los errores; pero nunca ponen en la mesa las buenas cosas de su rival, aunque éstas tengan su razón de ser para el beneficio de la población. El resultado de este comportamiento político es evaluado por los mexicanos en las casillas, cuando llega el día de votar para elegir a sus candidatos. Y en los gringos las cosas parecen tener la misma tonalidad, pero sin el calor latino que siempre le pone a los asuntos un poco más de condimento.

—Bueno lo que me cuentas para mi no es nuevo — dijo Rosario conmovida —eso ocurre aquí y en cualquier parte del mundo, se hacen garras entre ellos y después, quien paga los platos rotos es la población. Existen países en Europa que casi han desaparecido por desavenencias internas, que resultan tan intestinas hasta terminar sus asuntos en francas revoluciones. No seamos tan dramáticos y pensemos mejor en los prados bien cuidados de los güeros, los verdes de los camellones, las avenidas arboladas que procuran con atención esmerada, esa limpieza que se observa en sus calles es de admirarse. Desafortunadamente aquí, no existe esa preocupación por la limpieza en general. Por otra parte, debiéramos exigir que nuestros gobernantes se preocupen por el responsable abasto del agua potable, que al contrario de otras entidades en la república, en Nuevo León representa un líquido súper ansiado, por los tremendos calores que llegan a ser verdaderamente infernales. Ahora comprendo porque en casa, mis vecinos la cuidan tanto.

—¿Significa que te gusta Monterrey y lo que has descubierto en él? —le pregunté casi aseverándolo, presuroso, tratando de ser convincente con mi sonrisa y mirándole directo a sus ojos grandes, como nueces.
—Si es bonito y moderno. Para ser honesta principalmente lo que me cautiva de estos lugares es que aman su tierra y la presumen. Me he dado cuenta que son muy regionalistas. Fíjate, el otro día hubo una fiesta en casa de uno de los vecinos y vieras con que pasión cantaron todos, el famoso corrido de Monterrey. Bueno con decirte que me grabé parte del mismo.
—Cántame un poco de la letra —anda, quiero escucharte.
—Es que no se como empezar —, dijo ella sin apenarse.
—Significa que te quedas, ¿verdad? —, dije sorpresivamente y sin quitar el dedo del renglón; pero contestó ella sin inmutarse.
—Significa que me encanta la vida y el calor humano de la sultana del norte como le dicen también a la región de acá. Me encanta contemplar sus montañas por las mañanas, el cerro de la Silla, la dorsal de la Mitras que se pierde rumbo al horizonte del cercano Saltillo. La majestuosidad de la Sierra Madre Oriental que erguida y vertical nace desde mi ventana cada amanecer, con ese paisaje real y evocador, que mis ojos descubren cuando se abren para ver la luz del nuevo día que me toca vivir.
—Si es así, entonces entonemos juntos un pedacito del corrido —, contesté sonriendo invitándola a seguirme.

Es por eso que soy norteño,
de esa tierra de ensueño que se llama Nuevo León,
tierra linda bella sultana y que lleva por nombre si señor,
ciudad de Monterrey.
Desde el cerro de la silla se devisa el panorama
cuando empieza a anochecer.

Ella se río junto conmigo en una sonrisa confabulada, donde existía claramente una comunicación muda, pero entendida.
—Hubiera sido un insulto gravoso no cantarla juntos —le dije afirmando mi comentario —. Es el himno regional con que muchos programas de televisión y radio inician sus presentaciones cotidianas, es el coro de la muchachada en las escuelas preparatorias. Es el canto con el que se identifican las tribunas en los estadios de futbol, cada fin de semana. Es el viento que lleva el sentimiento de los de aquí. Es la sangre que canta añorando quedarse con un poquito de su belleza.

—Si lo he notado. Yo que vengo de la capital me he dado cuenta del entusiasmo con que interpretan su himno, como dices. Por cierto — prosiguió — ahora que hablamos de esto ¿Qué diferencia encuentras entre la vida de un capitalino y la gente que vive, en donde todavía le dicen provincia?

—Toda, voy a decirte la razón, mi razón. Para hallar el verdadero por qué, debemos tomar en cuenta el número de pobladores, el clima, el salario y el costo de los servicios. En el Distrito Federal, la cantidad de habitantes rebasa los 20 millones, mientras que aquí apenas se suman casi los cinco y medio, de gentes reunidas entre todos los municipios. En la capital el clima es muy benévolo, ya que su temperatura ambiente a la sombra, casi nunca rebasa los 32 grados centígrados en verano, mientras que en Monterrey hemos rebasado los 43 en la misma estación. En el invierno, aquí el frio es cruento por la cercanía de las montañas, ya que favorecen la entrada intempestiva de vientos que provienen del Golfo de México. Yo pienso que la sensibilidad es mayor, después de vivir calores tan intensos, ya que se llegan a tener en cuestión de horas, temperaturas que llegan por debajo de los cero grados. Ahora bien, si a todo lo anterior, le sumas que los servicios son muy baratos en la capital — el transporte, el agua, la comida —, por supuesto que todo esto marca una gran diferencia en el gasto, en la administración del tiempo, en las costumbres, en la despensa de casa, en fin.

Mientras teníamos ésta charla, en ocasiones intencionadas también sostenía la mirada en su rostro retándola directamente a sus ojos. En otras desviaba la vista, en una rotonda llena de rosales que los vehículos rodeaban con forzosa obligación. Atrás de la misma se perfilaba un parque vasto y extenso con sus verdes recién llovidos y sus encinos tupidos, pareciese como si esos prados fueran intocables en donde a nadie se le permitiese pisarlos. Formidable aseo para la mente sucia, pensé. Con los pretextos que da una buena conversación en la que se tiene interés desdoblábamos los brazos sobre la mesa, para encontrar nuestras manos, que jugueteando las cuatro con un popote se acariciaban en visible conspiración.

—Pues si, tienes razón. Pero es que allá todo es económico, barato y siento que esas diferencias marcan un estilo de vida distinto, indudablemente. Y entrando en profundidades — dijo Chayo con el afán de seguir platicando.

—¿Cuál crees que sea la opinión guardada en provincia, en relación con el papel que desempeña la mujer dentro de esta nueva sociedad? —me interrogó con severidad.

—Yo pienso que tanto en provincia como en la ciudad, han persistido todavía añejas costumbres machistas venidas de tiempos ancestrales. Me refiero a que aún en pleno siglo veintiuno, existen muchos hombres que quieren una virgen en la cama y una sirvienta en la casa. Inclusive, pienso que esta clase de mujer elegida, lo sabe y lo espera. Tal vez esté resignada a dicho fenómeno social. Y por otro lado, te hallas con hombres que quieren a una mujer en la cama y una compañera en la casa, por lo que la diferencia es enorme desde su concepción. Déjame pensar que estos últimos ya ocupan una mayoría. Voy a explicarte —, me reacomodé en la silla de metal —. He sabido de casos, de noviazgos serios y formales, con varios años de duración, en que el hombre por evitar tocar a su pretensa no hace sexo con su pareja sino que va y busca a otra mujer que fácil se lo proporciona. En otros muchos casos los chavos se enamoran de quien les facilita el sexo, es decir, se enamoran del sexo y terminan por otra parte con su relación que consideraban formal, argumentando que no hay química entre ellos. También ocurre que al casarse y poseer a su virgen en la luna de miel, ésta no es tan afanosa sexualmente en la cama como creía el novio y vienen los desencantos por arte de magia terminando en episodios dramáticos y hasta sangrientos. Son banales experiencias matrimoniales, sin embargo, a fuerza de ser honestos todavía persiste en muchas regiones del país, el requisito indispensable e ineludible de ser virgen, para ser digna de un hombre que quiera casarse contigo, si no lo estás, perdiste tu oportunidad.

—Quiere decir —cuestionó Rosario, ¿que todavía en algunos rincones de la República Mexicana encuentras machos, que le dan mayor merito a la virginidad de la dama, que a su intelecto?

—Exacto y no sólo en provincia, también en determinados niveles socioeconómicos de grandes ciudades. Contra eso no puedes hacer nada. Son costumbres retrógradas que han estado sucediéndose de generación en generación. Cierto, en la actualidad, la nueva del estudiante y la difusión de los medios de comunicación para prevenir el SIDA han despertado otras expectativas en la mente joven provocando que, éstos sigan tumbando viejos tabús de nuestros antecesores. Y no dudo, que haya parejas que echen por la borda esas tradiciones anacrónicas, que lo único que causan son matrimonios equivocados, parejas incompletas, o frustraciones sexuales en ambos que duran toda la vida. Con el tiempo te das cuenta, que la virginidad guardada para el matrimonio añorado, fue de nula utilidad y que existen valores de mayor envergadura en la intimidad conyugal de una pareja.

Al final de mi comentario Chayo ya no agregó nada. Simplemente se limitó a mirarme hasta hacerme ruborizar y me besó muy despacio juntando sus labios a los míos tiernamente, como si no quisiera lastimarlos mientras que una de sus manos guiaba mi barbilla hacia sus intenciones. Lo hizo una y otra vez sin inhibición alguna, cuando ella pensó que era suficiente recargó su cabeza en mi hombro y la tarde se volvió a ir entre los rosales y los verdes llovidos.

Rosario había estado trabajando en Monterrey, ya tenía casi el año. Pensé haberla convencido de una nueva forma de vida, pero el pasado tortuoso hace sucumbir al mejor futuro cuando no se saben o no se quieren borrar los recuerdos. Es cierto que el mañana se apoya en el ayer si éste se utiliza como archivo; pero también el pasado daña al futuro inmediato, cuando se anula la capacidad de rectificar los yerros toda vez brincados los baches que nos estorbaron. Por eso es conveniente señalar que cuando se camina hacia adelante, no se debe voltear hacia atrás, porque tropiezas. Ella nunca cedió a sus intrincados recuerdos, no pudo abandonarlos en el andén del pasado. Cada vez que platicábamos, la nostalgia y la melancolía campaneaban ansiosamente en su consciente. Su apellido nombrado a diario, por sus compañeros y su jefe en la empresa, le recordaban siempre su origen, su raíz y procedencia, como hija de familia y como mujer. No es sencillo menospreciar el recuerdo materno, cuando el apellido lo manifiesta cotidianamente. Sus pesadillas nocturnas le refrescaban esos gritos y aspavientos tan sonoros, dichos a su madre, a la que insultó con tanto rencor señalándole hasta de lo que se iba a morir. Alucinaciones que no la dejaban dormir hasta bien entradas las madrugadas. Esa revolución interna la impulsaba a regresar a la Ciudad de México, donde toda su familia se acogía tras la huella de un hogar, que algún día tuvo sus mejores glorias.

En la moderna Sultana del Norte había conseguido empleo en una empresa de comunicaciones de prestigio nacional e internacional, en la que se hizo de muchos amigos y en los que trató de sostenerse para tratar de olvidar lo que nunca pudo lograr. Más bien, a lo que Rosario aspiraba era a ser restituida en el glosario de su familia. Quería volver para lavar y curar viejas heridas que el tiempo le dejó. Conservaba una especie de deuda consigo misma debiéndola saldar resueltamente. La soledad, fiel compañera, y la prolongación de los meses de su estadía en el norte, tan solo habían envenenado su pensamiento al respecto.

Una tarde de junio que nos citamos en un café de la avenida Garza Sada, por cierto una avenida muy alumbrada, transitada y concurrida,

parecida a la de Insurgentes, del Distrito Federal. Me confesó que iba a regresarse definitivamente. La distancia no ha sido un elemento eminencial, para encontrar un nuevo destino fuera del seno de mi familia —dijo consternada en aquella ocasión —no he podido derribar esas barreras, que me tienen dando vueltas como una ruleta.

Esta no era vida para ella. Regresaba para buscar un lugar en el corazón de su madre y de sus hermanos. Optaba por retornar para ser admitida en la geografía familiar del hogar, como siempre lo había sido. Transcurrido más de un año desde aquella ingrata e intempestiva experiencia de anhelar suicidarse, ella consideraba haberle dado tiempo a su tiempo. Su obstinación por vivir sola llegó al límite de su resistencia, reflexionaba a cada instante para reinventarse con su realidad deseada. No regresaba para pedir perdón me dijo, regresaba para manifestarse como lo que es, como hija, como hermana, como parte integral del legajo hogareño, y para tal efecto se autocriticaba con energía para retomar su lugar en casa. El lugar que le correspondía. No era mucho pedir.

—¡Así que te vas! —le dije con tristeza —¿ya lo pensaste bien?

—Si Edgar, me regreso por fin —, dijo sin aspavientos —. Yo pienso que debí hacerlo hace tiempo. Aquí me siento sola e inútil. Se que tengo un buen empleo, gano bien, vivo bien, tengo excelentes amigos; pero no encuentro mi verdadero sitio. He ponderado las circunstancias vividas de aquel entonces, por eso necesito estar bien con los míos. He resuelto ir y enfrentarlos pero ahora sin violencia, sin agresiones, sino en el estricto sentido de poner las cosas en su lugar y que la familia me admita nuevamente como antes en que mi padre, estaba al frente de la casa. No quisiera que me ocurriera algo estando lejos de ellos y que nunca se enteraran de mi paradero —. Me miró a los ojos y subrayó enfática —. Lo siento, estoy decidida, de veras lo he pensado. Se lo que estas pensando, que no recapacité en ello cuando intenté quitarme la vida, cierto. Sin embargo, después de meditarlo a fondo, considero que aquello fue un trance muy difícil que afortunadamente ya asimilé y que aún ahora, pasados muchos meses de aquel drama, no entiendo como pude tener una reacción tan extrañamente suicida. De veras lo siento Edgar. Me llama el apellido, la sangre, siento que sin ello no tengo identidad, necesito de la célula familiar para sentirme viva.

—Emocionalmente, ¿Cómo te encuentras? —. Le pregunté ávido antes que ella recomenzara con su apremiante contenido — ¿acaso has logrado escapar de tus temores?

—Me siento completa, renovada, íntegra, sana. Mira mis ojos, hace buen rato que no lloran créeme que en mis pensamientos vive la libertad femenina, eché fuera el pánico, percibo nítida el equilibrio entre el ayer y hoy, mi balanza hace contrapeso entre el querer ser y el deber ser, son coherentes, son honestos. Se lo que me ocurre, necesito asirme como hija de familia a la que pertenezco, luchar por ese sentido de permanencia y pertenencia que es tan importante en la configuración de los seres humanos. Debo ir a buscar la identidad perdida que quemé en una tarde ardiente, llena de una pasión desbordada por los sucesos de entonces. El tiempo ha sido un medicamento estupendo en este caso, lo confieso y la distancia me ha enseñado que mi cuna tiene un valor irrenunciable. Es una cuestión axiomática, incontrovertible. Necesito reconciliarme con ellos, con mis hermanos, con mi madre. Inclusive, con mi contradictorio padre al que me gustaría ir a depositarle un ramo de flores a su tumba. Tonificarme con esa reciprocidad con la parentela me hará bien. Es hora de hacerlo.

—¿Y tu papel como mujer, donde lo dejas? — agregué con afán.

—Lo estoy retomando. No se que haré mañana, ni pasado. Todos mis sueños que había forjado se esfumaron en aquel tiempo borrascoso, necesito seguir desmenuzando el conflicto conmigo misma. Una vez que termine con ello, entonces daré paso a la concreción de lo que busco y quiero en la vida. Una de las tareas que haré al llegar, será buscar ayuda profesional. Un medico siquiatra que ponga en su lugar tantas dudas sin destilar que hay en mi mente. Verdades ensombrecidas, o más bien que no deseo admitir, que son como el boumerang, que van y vienen; pero con la brújula movida del lanzamiento primario. Es necesario replantear esos puntos vitales para sentirme parte útil de este mundo. Hay veces pienso que me hubiera gustado ser hombre para ser tan libre como ustedes. Así, si me equivoco nadie me señala, por lo menos me pierdo en la muchedumbre, o mi equivocación navegaría en las mayorías masculinas en la que se perdona todo. Ustedes pueden estar aquí y allá, con ésta y con la otra. Hoy, amanecer tirado en la calle embriagado y mañana de corbata en la oficina, como si nada hubiese pasado. Advertir el poder masculino, cuando cínico y fácil engaña con tino a la hembra asombrada, por la aparente palabra sincera. Me gustaría poseer esa dualidad del hombre; hay veces es tan inteligente y otras tan estúpido. Imagínate, tener la habilidad para manipular el destino de otras féminas; pero también me gustaría prolongar la mirada en la belleza del hombre, sin que yo sintiera

la tiránica necesidad de acostarme con ellos. Me gusta el hombre pero también me gustaría serlo.
—No suena mal tu filosa introspección, efectivamente en ocasiones somos inteligentes pero también tan estúpidos que nos perdemos en la frontera de las virtudes y los defectos —le dije tranquilo —sin embargo, déjame decirte que en la vida ha habido muchas mujeres famosas y encumbradas, como de las que te hablé el otro día, ellas han surcado caminos difíciles llegando hasta donde sus ideales marcaron su meta. Mujeres cuya visión del presente y clara proyección hacia el futuro no vieron o no quisieron ver límites, ni obstáculos. Y si alguna vez los hubo supieron sortear los peligros ajustándose a los hechos para alcanzar su propósito. No veo porque tú no puedas logarlo.
—Me lo dices para reconfortar mi espíritu dolido que sabes tiene mil y una razones de haberse derrumbado —argumentó ella tratando de defenderse.
—Te lo digo para estimularte, para que seas mejor cada día y te apures en conseguir lo que quieres, antes que el tiempo te alcance y seas presa de la amargura nuevamente, presa de un sentimiento frustrante y de la frase clásica de los fracasados. *Fue demasiado tarde.*
—Hablas muy bien de mujeres a las que es imposible igualar, no tan solo porque la historia las ha endiosado, sino porque de hecho, al nombrarlas son inalcanzables para mujeres comunes como yo. Las grandes estrellas no se alcanzan estirando el brazo.
—Rosario, ellas se impusieron al destino que según algunas religiones revelan se lleva inscrito desde el nacimiento. Se antepusieron a la pereza, a la renuencia, esa clase de mujeres delegaron la lentitud y la mentira, a las débiles y frágiles. Enfatizando lo anterior, fueron personas que no tuvieron piedad de sus propias limitaciones físicas y sociales, tampoco se dejaron enredar en la madeja masculina. Mujeres que en su tiempo no flaquearon después del segundo y tercer intento para conquistar sus ansiados territorios. Perseveraron hasta el final para conseguir lo suyo, como ha sucedido y sucederá con mujeres que poseen carácter y temple, que son de una sola pieza sin importar su estado civil, color y bandera.
—Si Edgar, conozco la historia y ejemplo de algunas de ellas, como bien dices ¿Pero eso de que me va a ayudar a mí? La historia ilustra y la verdad compromete. Ellas vivieron ayer y yo estoy viviendo ahora —, subrayó bajando la mirada y moviendo los hombros en señal de inconformidad —. Sé que ha habido mujeres que han llenado páginas enteras, conozco a grandes personajes que habitan en las enciclopedias o en acuarelas de los salones escolares, si esa es tu intención recordármelo. Vivieron un tiempo

diferente, en épocas distintas que volaron como los aires otoñales y que solo dejaron las hojas secas al pie de sus raíces, con situaciones completamente fuera de este párvulo siglo veintiuno.

—Te equivocas, nada es distinto —ahora me tocaba el turno —. Salvo los personajes que precisamente hacen la diferencia entre unos y otros, entre los buenos y los malos, entre quienes pueden y quieren y los que se dan por vencidos como tú. Cleopatra y Eva Perón vivieron épocas distintas y las dos hicieron historia, amadas por su pueblo, queridas y soñadas por los suyos, idealizadas por los ojos de quienes las juzgan a pesar de sus errores para gobernarse ellas y gobernar a los demás. Ante eso no puedes decir nada, porque no tienes pretexto para borrar lo que es verdad para todos. Si te nombro a esta pléyade femenina subrayando la pirámide histórica, es porque fueron personajes que han llevado a feliz término sus sueños de ser y hacer algo en este mundo. Estos personajes han demostrado que el mundo no solo está compuesto de juramentos y promesas sin cumplir, también como lo expusieron han ejemplificado un nuevo horizonte en el quehacer internacional rompiendo con exacerbados paradigmas de gente común y corriente, que ignora a que vino a la tierra y cual es su función como efímero mortal —proseguí sin interrupción y tomando aire —ustedes las mujeres han provisto de vitalidad al hombre, no solo han procreado su multitud, también se han esforzado por ocupar planos mayores, han revestido la cultura, embellecido a esta tierra de monstruos, su nombre califica la razón del acto de amar, han puesto su toque femenino en los libros, en el arte y la literatura, en los museos, en las vitrinas de nuestra geografía rodante, la mujer es grande, muy grande y por tus palabras adivino que has pasado por alto estos valiosos detalles que han convertido a los hombres en grandes héroes, muchas veces gracias a la sombra de la figura femenina. Así que, no me cuentes que la mujer es un cero a la izquierda, no reincidas en que la mujer poco vale a lado de un hombre, ni tiene cabida en los argumentos de una razón consciente, la mujer es oro pulido, es brillo sobre cualquier pared. Si bien es cierto que dicen que detrás de un gran hombre hay una gran mujer, yo sumaría que para hacerse un gran hombre, se necesita de una gran mujer; como una madre a lado del hijo, como una hermana que corrige a su sangre y como una esposa que encausa a su hombre.

—Está bien, está bien. Me rindo —respondió mi Chayo un tanto anonadada —no digas más al respecto, sólo que no he podido encontrar el nuevo camino. Déjame que te explique mejor todavía. Siento una gran angustia estar fuera de los míos, no puedo renunciar así como así, a mi

origen, a mi pasado, a mi apellido que como quiera que sea lo lees, en mi acta de nacimiento. Me siento incompleta, ¿comprendes?, he pensado en reconciliarme con ellos, buscando el cariño y calor de mis hermanos, perdonarlos y saber perdonar como debió haber ocurrido desde entonces con una explicación razonada y digerible. Ahora que he estado tanto tiempo fuera de casa he reflexionado sobre este asunto, hay algunos cabos que no termino por atar y es que en aquellos aciagos días no hubiera podido hacerlo debido a las penosas circunstancias que ya sabes.

—Ya lo creo, perdiste a tu padre, que en paz descanse. Encuentras a tu madre en brazos de otro fulano y la agredes por malos entendidos, aunque mucho ayudó el hecho de que ustedes nunca se interrelacionaron, como sí lo hiciste con tu tutor, eso provocó el extravío de identidad entre ambas y no tanto por desprecio como asegurabas. Perdiste a la familia porque te echaron de casa como a un animal, con la cola entre las patas. Te dejaste engañar por un hombre que nunca fue tuyo y solo obtuviste las sobras del pétreo deseo. Y también perdiste tu empleo, por todo ese oleaje de un mar embravecido que tardó en apaciguarse. Oh Dios, que tiempos aquellos en que el apocalipsis se adelanta a las profecías bíblicas. ¡Uuuf!. Sin duda fue una vía crucis para ti. Ahora me alegro que le hayas tomado ventaja a esa enorme depresión, que por poco te cuesta la vida.

Le puse un beso en la mejilla y dimos por terminado nuestro encuentro en la mesa, llamando a la mesera del restaurante. Pagué el importe de lo que habíamos consumido y la invité a mi casa, mejor dicho, a mi apartamento que se encontraba muy cerca del lugar en donde estábamos. Subimos a mi coche y crucé por la colonia Country llegando a la avenida Revolución más rápido de lo previsto. Es lo que me gusta de ésta ciudad, todo esta cerca, es funcional y extendida con amplitud para circular. Era la primera vez que ella entraría a mis dominios, no se porqué, nunca antes la invité a mi casa. Ella se dejó llevar por mí, fácil y confiadamente mientras que yo iba pensando que ésta era la última oportunidad que tenía. Ahora o nunca me dije. O se lo digo ahora, o me quedaré con un ardor espantoso el resto de mis días. Así que pensé en echar fuera lo que había guardado aquí dentro pensando en ella desde hace mucho tiempo.

DICHO CON AMOR

Entramos al apartamento, después de cruzar la plazuela del estacionamiento y subir dos pisos de rigor. No sin antes haberle descrito, previa consideración, las condiciones que tiene que guardar un condómino cuando se vive en el ámbito de un vecindario. Es un edificio pintado de color durazno de apenas cuatro pisos de altitud que contiene a ocho departamentos; dos por nivel. Habiendo cerrado la puerta principal la conduje hacia una habitación pequeña que había acondicionado como biblioteca donde mis libros, cuadernos de trabajo y manuales eran el panorama iniciático.

—Aquí es donde yo paso mis mejores ratos, Rosario. Me entretengo con la computadora ya sea escribiendo o buscando en internet alguna información y desarrollo algo en ella para pasar el tiempo. Como puedes ver, este lugar es chico y angosto. Aunque no puedes dar más de seis pasos hacia adelante, aquí en este espacio me desahogo, leo y escribo cuanto puedo y en ésta consumo muchas horas de mi vida solitaria.

Después me dirigí a la ventana de donde caían persianas verticales de aluminio color cobre. Jalé el cordón, para mostrarle el panorama del exterior corriéndolas de lado a lado y de esa manera, lograr que la ventana quedara al descubierto permitiendo que la luz del día penetrara al interior del departamento.

—Mira Chayo, desde aquí me doy cuenta si vivo, cuando me levanto por las mañanas vengo hasta esta ventana para saber si camina todavía la gente, si los perros y los gatos se mueven y si el sol sigue alumbrando con la misma intensidad. Es mi fuga matutina.

Cuando expresé lo anterior había rodeado su minúsculo talle por la espalda acercando mi rostro a su cabellera de manera bastante familiar, con su aprobación proseguí mi descripción.

—¿Sabes por qué? Sencillamente porque allá afuera percibo la vida, mis ojos lo atestiguan y aquí adentro mi sustancia intelectual se concentra en la lectura de mis libros; así me entero que mi interior tiene vida y que ambas fuerzas equilibran perfectamente mis sentidos.

—Ven te enseñaré el resto de mi casita —, alargando mi brazo aprisioné su mano izquierda contra mis dedos que se unieron sólidamente con sus

palmas, sintiendo un empalme fresco y exacto entre los dedos de ambas manos.

—Ésta es la sala —le dije cuando apenas habíamos recorrido siete u ocho pasos a la izquierda más allá de la biblioteca —, que me recibe todos los días al abrir la puerta; por lo regular enciendo el abanico de techo y me sirvo cualquier cosa para ver la televisión un rato, aunque te diré, pronto me aburre y busco un libro en mi estudio como si fuese un instinto mecánico. Poco después encontramos la cocina, toda vez que giramos las espaldas. Pequeña pero limpia, aseada, pulcra como mi madre la hubiese querido admirar, el refrigerador a la izquierda y la estufa a la derecha, con su fregadero de rigor al fondo de la cocina y un breve espacio sobre la superficie de madera, donde los platos y cubiertos navegaban según el quehacer del cocinero. A un lado se encontraba un pequeño molde cuadrado de acrílico, que mostraba cuatro cuchillos de mango negro, bien afilados insertados de punta. Caminando hacia dentro un poco más, se ubicaba el comedor cuyas paredes se adornaban por un cuadro de platos y cucharas que yo había encerrado en un marco desde hace varios años y que colgué en la pared, frente a la mesa redonda, rodeada de cuatro sillas. En la pared contigua una vitrina que lucía al estilo de mis abuelos, con platos, vasos y una vajilla que había comprado en uno de tantos pueblos de Michoacán.

—En esta mesa, mi querida morenita, es donde saboreo los mejores platillos que un hombre como yo puede preparar —. Le dije esbozando una sonrisa que ella correspondió con entusiasmo —. Ven conmigo —le dije al momento en que la jalé hacia la recámara — aquí es donde tu príncipe que hoy te acompaña duerme a ronquido abierto todas las noches pensando en que tú estas conmigo —le recordé —. Es aquí donde el sueño se concilia con mis semejantes y la almohada esponjada amortigua mis empeños que sobrellevan tu nombre.

—Después la trasladé a otra habitación adyacente que estaba vacía, considerándola otra recamara sin ocupar. Entramos a ésta, alfombrada con sus paredes pintadas de color coral y en medio del techo, se veía un abanico de cuatro aspas, que puse a funcionar cuando pisamos su interior. Al fondo de ésta, un guardarropa, sin ropa, que asimismo vigilaba que estuviese higiénico y limpio. Su sorpresa fue mayúscula cuando en la pared contraria miró su retrato que había montado en tamaño regular hacía un semestre aproximadamente. Allí estaba, con su cabello rizado, de frente, sus ojos negros y grandes, plenos y coquetos. Ella no dijo nada, se acercó al cuadro con parsimonia y miró su rostro en el

retrato cuya altura no pudo ser mas atinada pues ocupaba su estatura y luego volteó a verme para buscar una respuesta que despegó muda en la habitación volando por todas partes.

—Las paredes de esta casa y yo te estamos esperando —agregué con extrema firmeza —¿cuándo vendrás para ser la dueña de nosotros? —pregunté mirándola retadoramente. Esforzándome en no parpadear mientras que mi cuerpo y el suyo, quedaban frente a frente y tan juntos, como el papel y el lápiz. Mis manos aprisionaron las suyas y nuestros dedos jugaron entre sí, conscientemente.

—¡Qué tierno y encantador te oyes Edgar! —, dijeron sus labios carnosos casi tocando los míos —presiento que tu excesivo romanticismo no es amor. Es obsesión de tenerme.

—¡Es amor y amor del bueno! —, contesté de inmediato cual computadora —. No puedes, ni podrás dudarlo Rosario. Ni ayer ni ahora, menos mañana, porque mis ojos siempre miraran a los tuyos que los llenas de todo lo que necesitan. No requieren mirar a otro lado, ni mirar otro cuerpo o figura. Mis ojos pertenecen a tus colores, se gobiernan con tu parpadeo, se alegran con tu pupila, les das vida como ahora, que los hipnotizas como si fueras diosa. Puedes convertirlos en brillo chispeante o quizá los oscurezcas si los tuyos no los vuelven a mirar. Mi luz está en tus ojos, deja que ellos miren los míos con esa libertad que deseo, con ese afán coqueto de que se revisten.

Mi acercamiento no tuvo más distancia que su aliento. Mi voz se incrustó en sus labios de manera que al hablar mi boca se movía entre la suya —. ¡Mírame Rosario! —, dije apasionadamente —¿acaso mis ojos mienten cuando te miro? ¿Dime, encuentras una mentira en ellos? ¿Verdad que no?

Esos fueron mis enunciados mientras sus ojos quedaron fijos en los míos que parecían llover por dentro. Zafó sus manos aprisionadas de las mías y con las dos comenzó a acariciarme lento por la cara, que sudaba levemente. Sentí poco a poco su tacto como adormecía mi valentía, se hizo de un pañuelo desechable y sin quitarme su cercanía frotó mis sienes hasta cerrar mis ojos con su dulzura. De pronto, su beso cruzó el umbral de mis deseos y sus labios abrieron los míos con lentitud, para respirar de su boca el aliento divino de su provocación. Fueron instantes cercanos a la gloria, nunca antes un beso generó tanta dicha. Frotando mis labios con su rojo labial prosiguió el camino ninguna vez conmovido por alguna mujer, que hasta entonces inundaron mis pasiones pasajeras, no con esta ternura. Un beso que premió la espera, la paciencia y la insistencia. Así,

quiso que sus labios se ensamblaran con mi alma, en una perfecta armonía vibratoria llena de un placer inacabable. La magia de su aliento que no se desprendía de mi voluntad inflamaron mis deseos, pero no para poseerla, sino para contenerla en ese instante que perduró varios minutos sin que el beso perdiera su contenido pasional.

—¡Quédate conmigo, Rosario! —, le dije en cuanto recuperé la respiración —. ¡No te vayas! ¡Te lo suplico! Tengo la capacidad y la seguridad para hacerte feliz. Sé que puedo hacerlo. Ésta es tu casa, éste será tu paraíso, que procuraré todos los días para convertir tu imagen en la de una reina, mi reina —. La abracé con delicada dulzura para hacerle comprender que verdaderamente lo era —. Si no te gusta este pedazo de suelo entonces compraré, el que mereces cerca del cielo. Mira — le dije señalando con el índice —, allí pondré otra fotografía tuya que mandaré agigantar en la pared, para admirarte todos los días, me deleitaré con tu figura permanente que será testigo de esta felicidad que sumaré a mis brazos para enriquecer tu vida por la que lucharé hasta la muerte. Porque contigo soy todo y sin ti no soy nada. Todo o nada — y agregué decidido —. Esto no es un juego, es una proposición del hombre que quiere sólo a una mujer, para vivir. Sólo una mujer de entre millones que hay en el mundo; pero que posee todo lo que yo anhelo de aquellas que habitan en los corazones de hombres, que buscan a la mujer de sus sueños. ¡Quédate conmigo! (casi le gritaba nuevamente sin quitar mis ojos de los suyos que aún se mantenían demasiado cerca) y verás cómo transformo tus días de tormento en una existencia dichosa, déjame crear un nuevo calendario en tu vida, que tenga fechas nuevas. Seré autosuficiente para quitar de tu pensamiento los infiernos en que vives. Tu amor me dotará de tal energía, que sabré restaurar tu malogrado pasado, quiero hacerte experimentar en carne viva, el discurrir de horizontes limpios, que de lontananza distinguen solo las personas enamoradas de los años que se anhelan vivir.

Rosario se percató plenamente de mi entusiasta seriedad. De la indudable vocación que volcaba hacia ella en ese momento. Yo estaba poseído por el fervor que derramaban mis palabras y que sabía no iba a tener otro instante para decirlas. Así que, estaba totalmente decidido a cambiar el rumbo de las cosas entre esta mujer y yo.

—Edgar ¿verdaderamente estas tan enamorado de mí como dices? —, preguntó en un impulso que sonó incrédulo y que retumbó como campana de iglesia pueblerina, en un domingo de ramos.

—Estoy extasiado, elevado a la máxima potencia de mi sensibilidad, dominado por un intenso y gratísimo sentimiento de cariño causado por tu

presencia aquí y ahora. Y con ese beso tuyo, que me ha estacionado entre los andenes de los sueños y la realidad.
—¿Cómo debo interpretar toda esta pasión sumamente romántica?
—Quiero decir que te amo con todo lo que mi vida puede amar, que estoy en un estado tal de arrobamiento que me ha colocado en la horizontal, del todo o nada. O me quedo contigo, o mi vida de plano tomará otro rumbo desconocido. Quiero hacerte saber de una vez por todas, que tú eres la responsable de mi angustia constante, te hago subsidiaria de lo que mis noches puedan ser después, de mi futuro que sin ti veo turbio, que no veo más allá de tus mejillas y la curva de tu barbilla morena que asoma esos labios, dueños de mi respiración.
Ella miraba absorta mis gestos y escuchaba sorprendida cada una de mis palabras que salían de mi boca, con verdadero frenesí —. No te pido que seas mi pareja, es más, queda corta la frase de pedir tu mano, si eso pretendes oír. Te pido que unas tu vida a la mía con lo que puedas darme, que en mis manos lo convertiré en mucho, en pan, en casa, en vestido, en esperanza y en amor inalterable. Te adoro y te veo como la única mujer que debe anidarse entre mis brazos. Hazme feliz, hazte feliz, hagámonos felices convirtiéndonos en uno, siendo uno, pensando en uno. Seamos Vulcano y Venus formando nuestra propia mitología. Te invito a hacer vida juntos. Quiero que seas mi esposa, mi mujer —. Terminé diciéndole con encomiada vehemencia.
Cuando concluí lo que ambos consideramos una declaración, la vi perpleja, arrinconada, quizás, hasta desconcertada. Caminó unos pasos hacia atrás y me dejó con los brazos extendidos sin atinar cuál iba a ser su respuesta. Sabía que era una mujer imprevisible, de reacciones desconocidas como había dicho el médico; pero al ver que se alejaba y me miraba con los ojos más abiertos que nunca, me asaltó el pánico.
—Edgar, después de escuchar todo esto me siento obligada a decirte que debo considerarme una mujer muy afortunada porque un hombre como tú, me demuestre su amor de esa manera, yo diría con exacerbado entusiasmo — se dirigió a mi con la misma severidad con la que yo me había empleado —. Es para mí, un gran privilegio ser dueña y portadora de los sobrados halagos que me profesas en esta hermosa confesión, que en absoluto hasta hoy alguien me había dicho. Estoy segura nunca podría igualarse con ninguna otra. Jamás un hombre me habló como tú lo has hecho hoy. En verdad, tampoco pensé que me amaras con los calificativos que expresas. Siempre pensé que tus palabras de cariño eran piropos o meras alabanzas color de rosa para levantarme el ánimo. El trato que

hemos tenido durante años siempre ha sido generoso y tierno, con el abrazo y el beso a flor de piel, sin alguna promesa a cambio, sin un pago requisitorio. Y lo mismo ha sido con la constante de tus lisonjas a mi persona, halagos que ya me había acostumbrado a escuchar, pero hoy me doy cuenta que…

—Por favor no me aniquiles con un pero —, la interrumpí en seco, sin darle lugar a otras frases, evidenciando una angustia real, que mis ojos asomaron cuando percibí que ella con su pero, se había tornado dueña de la situación.

—Desgraciadamente si — me respondió, con cruel sinceridad — yo no soy de aquí para quererte así. Pertenezco a otro mundo, Edgar. Un mundo diferente al tuyo que no le toca vivir junto a los brazos de quien me considera una diosa, porque sencillamente no lo soy. Soy una mujer simple, llana, corriente, que no sabe qué le espera el día de mañana para sobrevivir, que come hoy ignorando que comerá pasado otro día. En otros tiempos me dejé arrastrar por las caricias de unos pendejos, que siendo aventuras fueron placenteras siempre pensando en evitar caer en un futuro inseguro y dudoso, porque tengo la horrible fijación de que un hombre nunca podrá ser de una sola mujer y de que una mujer nunca podrá ser de un solo hombre. Las mujeres inmaduras como yo subrayamos ser de un sólo hombre; pero pasado un tiempo deseamos una caricia diferente. Disculpa mi cinismo por favor. Por eso no puedo corresponder a este amor comprometido que me ofreces con tu pasión exultante. No puedo ser tuya porque todavía no sé en que cielos volaré mañana, ni cuáles serán mis condiciones particulares como mujer. Me siento insuficiente para encarcelarme en tu deseo pensando que el miedo me atrapará tarde o temprano para hostigarme, con esa ansiada libertad que en algún pasillo de mi camino deambula. De verdad lo siento mucho Edgar. No puedo, ni debo aceptar tu hermosa propuesta. No me siento madura para corresponderte, quisiera crecer más antes de pertenecerte.

—Entonces, ¿a qué se debió tu inesperada dulzura en el beso que me diste hace un momento? no puedo creer que haya sido una mentira piadosa, la pasión que depositaste en él.

—Fue un beso dulce, como los que siempre te he dado porque te quiero, Edgar. Pero no representa ni en mucho, una inclinación entrañable en pos de tus sentimientos. Fue un beso afable, entregado, eso es todo. Un beso cuya finalidad es grabar nuestra lealtad. Es correspondencia, apego a tus consejos y arengas, son buenas vibras. Es la única forma que tengo para pagarte todas las consideraciones y buenos tratos de que soy objeto por

parte tuya. En verdad agradezco en el alma que seas un hombre tan intenso conmigo.
Caminé lentamente hacia la ventana de aquel cuarto vacio que crucé solo con cinco pasos, hoy los departamentos son tan diminutos que se atraviesan muy rápido. Me paré junto al mosquitero para percibir el viento, un tanto fresco del venidero otoño, que otra vez llegaba sorprendiéndome en penosa situación y al punto insalvable del llanto, por el terrible sentimiento de impotencia. Enmudecí completamente, había puesto todos los ases en la mesa y me ganaron la partida. Por mis adentros expresé. ¡Qué desperdicio! con todos estos años dedicados a ella y no coseché nada. No puede ser. ¿Dónde estaba aquella presuntuosa y aguda experiencia sentimental, que se supone reinaba en mi poder? me había topado con pared, parece ser que la barrera era infranqueable, sobrevino entonces el pánico de perderla y emergió la ineptitud e incompetencia. Lo ilustrado y versado en estos menesteres se enclaustró en el armario de los trebejos. No sabía que agregar para convencerla, de pronto se esfumaron los argumentos, ella había sido categórica con sus palabras. Tan firme como un soldado en el frente. Rosario no podía, no sabía, o no quería ceder un ápice en la tangente de su sensibilidad romántica, estaba vedado su lado amoroso desde que su relación última se vio truncada, tenía miedo de convertirse nuevamente en una mujer enamorada. Es decir, que como hombre nunca iba a despertar en ella aquel deseo ferviente de hacernos el amor como una pareja enamorada. Mi imagen le servía como apoyo paterno, en el que hallaba protección sin reservas para confirmarme sus íntimos secretos. Eso era todo. En mi, veía a su progenitor. A su confidente entrañable, al asesor de su moral agrietada. Y como tal me procuraba y hasta me amaba. Me sentí tremendamente desdichado, triste, frustrado y disminuido a la mínima expresión. A punto de iniciar una rabieta colosal.
De pronto ella se acercó también a la ventana pegándose a mi cuerpo tembloroso por la brutalidad de sus palabras que se aglomeraron en mi mente. Buscó mis ojos e hizo que volteara la cara para mostrarme una leve sonrisa que encerraba un cinismo misterioso. Me liberó de la ventana con su densidad femenina y me atrajo hacia ella sin reclamo, recargando su espalda a la pared quedando erguida frente a mí. Me observó por unos segundos con exagerado aplomo. Yo creo que se puso a analizar mi reacción al juntar tentadoramente sus caderas a las mías, sus piernas se entrelazaron con mis rodillas, en un acto fascinante e inesperado. Su abrazo me hechizó, percibí la perfección de su cuerpo retador frente a mi

erección palpable e innegable, unió su cara a mi pecho donde los latidos de mi corazón seguramente tronaron en sus oídos como tambores de guerra. Así se mantuvo durante largos instantes mientras yo guardaba prudencia absoluta sin aventurarme más allá de la periferia permitida. Repentinamente levantó sus ojos y exclamó.

—Ven aquí ¿quieres hacerme el amor?

Tuve ganas de besarla apasionadamente y perderme entre su cuello moreno y sin arrugas. De abrazarla y desnudarla tan rápido como pudiera antes que se arrepintiera de habérmelo pedido. Tirarla en la alfombra, arrancarle sus prendas íntimas, besar y morder sus senos duros y erguidos como montañas a punto de hacer erupción, de penetrar en sus ardientes paredes vaginales y vaciar la potencia guardada de los incontables meses de espera. Pero mi reacción fue del diez al cero. Presentí que ella tenía en mente definitivamente otra cosa muy distinta y que ser solícita para hacerme un favor sexual iba a agigantar la distancia entre un sentimiento y otro. Me di cuenta que mi vocación por ella estaba en el hilo de las circunstancias. Me parecía increíble que rechazara todo este cúmulo de demostraciones amorosas, no había más que ofrecerle, a cambio ella me daba limosna. No podía creer lo que oía, de verdad. Y eso me encolerizó al máximo.

—¿Qué te pasa? — le dije plenamente contraído —. No te comportes como una vulgar prostituta —, agregué afligido con la voz bastante sonora —. No quiero cobrarte nada que sea por compasivo agradecimiento. Me doy entero y no por partes, ya debías haberlo comprendido después de tantos años de conocernos. Los regalos aventureros son para los amantes que has tenido en tus ayeres. Yo soy de una sola pieza, y soy para ti —. Justo en el momento en que le desprendía los brazos de mi espalda con fuerza impensada, pero con coraje.

—¡No soy ninguna puta! — chilló con coraje —. Respétame, soy una mujer sensible en busca de apoyo, de tu apoyo. Y si te ofrezco mi cuerpo no es por simulado agradecimiento, es para complacerte y quitarte esa pendeja cruda espantosa de la que no has podido deshacerte desde que el sol iluminó nuestra amistad — recomenzó su arenga con excelsa excitación —. Te necesito, te quiero si, aunque de otra manera, sin que eso signifique que me seas repulsivo. Es más, lo haría con agrado.

—No deberías sacrificarte por mi, tu dádiva no me devuelve el valor que requiero. Quiero ser tu hombre y no tu amigo, tu esposo y no tu amante — le respondí, al tiempo en que decidí moverme de lugar, ordenándole —, hazte un lado que voy a pasar.

Me dirigí hacia la sala encendiendo el ventilador de techo — me dio mucho calor —, pisando el mosaico café que relucía por su limpieza y recargándome en el respaldo de un sillón voluminoso. Ella me siguió hasta la sala donde estaba, para tratar de minimizar los gastos del encono que mostraban las arrugas de mi frente amplia —. No comprendo — le dije con ardor —, porque ustedes se enamoran del hombre que no les toca. Y si he de agregar algo te diré, que me parece inconcebible de tu parte rechazar al hombre que daría hasta la vida por ti.

—¿Pues no que admiras mucho a las mujeres y que son lo máximo para ti? —respondió burlona y sonriente asomando el reluciente rojo de sus labios.

—Es cierto amo a las mujeres, pero amo y admiro a las que se aman a sí mismas, porque reflejan su intensidad de vivir, a esas mujeres que cuando se miran al espejo proyectan vehemencia y entusiasmo por su naturaleza femenina, jóvenes que se ven bellas y hermosas simplemente por su razón de ser y de crear en su entorno un mundo afable sin herir el ego, ni la intimidad de los demás. En fin, no quiero lastimar la libertad de tu palabra, ni coartar tus actos porque te quiero como eres, a pesar de todo, es que me siento desarmado con tu respuesta que me ha hundido en la desesperación. Me siento mal — le dije, con ganas de empezar a golpearla.

—Cuando una mujer se da, no le importa nada – dijo Rosario –, corre el riesgo de perder o ganar, está implícito en la decisión, el amor esta envuelto en una complejidad tan absurda que rompe con la ortodoxa moralidad de cualquier persona. No hay una moral lineal, no existen verticales, ni horizontales, solo impulsos que te van llevando como una bola de hielo hacia un rumbo que desconoces, a una velocidad vertiginosa pero que te agrada percibir. No puedes parar lo que sientes porque ello no tiene control. En cosas de amores yo te gano, lo siento Edgar. Pero la experiencia me ha dicho muchas veces que el encuentro con el amor es inesperado. Es incauto, cándido, llega en una mirada, en un verbo bien aplicado, con un detalle, a veces con una sonrisa, no lo sabes. Y tú quieres que yo sienta por ti, lo mismo que yo sentí por Eduardo que por cierto aún lo recuerdo. Él ha tatuado mi percepción en la palabra que se acerca al oído. Desgraciadamente no se me olvida.

—Pero él era casado, estaba atado con otra —grité feroz —y yo estoy libre sin ataduras. Soltero.

—Es cierto, no me correspondía como dices, pero lo amaba, lo sentía mío aunque legalmente fuera de otra y en el amor no valen las normas, ni caben las reglas impuestas por la sociedad. Sé que hacía mal y qué.

Aunque ahora me arrepienta, el amor es así, no lo encarcela una pared, ni tiene aduanas.
—Yo te he dado mucho más que el imbécil de Eduardo — le dije tratando de recuperar mi seguridad y ganar terreno, en esa lucha de palabras y frases que agresivas horadaban las paredes.
—Cierto y no. Me has dado lo que tú crees que es bueno y tolerante, tu consejo sabio y admonición oportuna, asesoría al oído, constante apoyo moral, tu hombro para llorar, tu madura compañía y la conjugación de tu ayuda casi espiritual. Pero él me dio su calor desde la primera vez, su beso desprendido, me dio sus mejores momentos, me hizo sentirme mujer, con él descubrí el placer, el amor. Nunca me puso en la orilla del bien y del mal, simplemente me supo dar y hacer feliz. Y eso tú no lo comprendes. Siempre me trataste como muñeca de porcelana a la que no puedes testerear porque se rompe.
—No puedes comparar todo esto con valores tan extrapolados — exclamé defendiéndome.
—Claro que no. Ambos son abismalmente distintos. Él fue mi arrebato y tú eres mi espíritu alienado. Tú eres blanco y él fue negro. Tú eres el sol y aquel fue la noche. Lo reconozco y en esos calificativos justamente se pierde mi predilección. Para serte honesta, con tu formalidad masculina y exacerbada pulcritud en el trato y en el habla, dudo que hagas feliz a una mujer en la cama. Te falta la chispa para encender el fuego de la pasión. Hay que salirse del cuadro de la ortodoxia, romper con las acostumbradas líneas de la decencia, atreverse a cruzar la aduana de lo permisivo y llegar sin sorprenderse al gozo del tiempo y el espacio prohibitivo.

Lo que dijo en ese momento agotó mi paciencia y polarizó mi furia. Me cansé de estar recargado en el trasero del sillón. Me encaminé hasta la breve y mediana pared de la cocina que colindaba con el comedor. Allí recargué mi cuerpo en el brazo izquierdo. Tenía razón, en cuestiones de apetencia pasional ganaba. Aunque desde mi punto de vista ella hablaba del sexo prohibido, de la escaramuza tras bambalinas, del placer escondido, del beso robado y del magnetismo que existe cuando una relación se adelgaza por debajo de la mesa. Mientras que mi referencia subrayaba la concepción del amor innato, de la flor viva y extendida, que posee una mujer cuando es bien amada, de la sensibilidad virgen y pura.
—Sé lo que estás pensando — me dijo como si fuera prestidigitadora — que para causarte este dolor, hubiera sido mejor dejarme desangrar en aquella habitación. Y yo agregué convencido —. Estás loca, no sabes lo que dices.

—Sí estoy loca, tienes razón. Créeme que hago un esfuerzo por no rechazarte. En ocasiones deseo despojarme de este maldito hábito de anteponer la franqueza a mis frases. Sin embargo, son inquebrantables los principios de la verdad que me has enseñado desde la primera cita que tuvimos. Recuerdo desde aquella vez que me aconsejaste. ¡Sé auténtica, positiva, natural, fresca! Al hombre le encanta la arrogancia femenina, son virtudes que se persiguen, me dijiste esa noche. El amor ocupa todo el universo de nosotros, de la mente, de los actos, de la luz, de los sentidos. Sin amor no somos nada. Cuando falta el amor es mejor morir.
—Eres muy cobarde para eso. Te faltan agallas para culminar un suicidio — lo dije en tono retador pero totalmente provocador cuando mencionó la palabra morir.
—Ya te demostré una vez que no es así.
—Porque sabías que llegaría yo a la escena. Que yo, tu Edgar, tu imbécil esclavo paternalista, te salvaría del intento. Lo calculaste matemáticamente, mientras que yo me volvía loco por llegar a tiempo. Por esa razón levantaste el teléfono y me llamaste. Sabías que estaba pendiente de ti.
—Eres un arrogante mentiroso y estúpido — gritó Rosario furiosa.
—No tienes valor para hacerlo. Tus palabras no reflejan la realidad vivida. Si le tienes miedo a la vida, mucho más le tienes a la muerte. Eres una farsante.
—Mejor cállate imbécil, estas diciendo estupideces por ardor —. Exclamó con incuestionable rencor reflejado en su rostro que comenzó a mostrar pucheros por su barbilla.
—Según tú, quisiste matarte porque tu madre se acostaba con otro que no era tu padre y te retuerce la idea de que lo haya hecho a escondidas de tu progenitor. Mírate al espejo, reflejas lo mismo. Eres igual, te engañabas a ti misma siendo amante de un hombre que no te pertenecía, haciendo sexo a escondidas, metiéndote en pinches moteles clandestinos para no ser vista por los ojos de quien debiera vituperar tu comportamiento equivocado y soluble. Por eso quieres regresar, porque también te sientes manchada, humillada y sucia, porque tienes el mismo estigma de tu madre a quien no perdonas, sencillamente porque no te has perdonado a ti misma.
—Eres un desgraciado —. Gritó con ganas de ahorcarme en ese preciso momento. Su mano izquierda fue a dar directo a mi mejilla, en una bofetada tan estridente que estremeció mi excitación que ahora arremetía con fuerza contra ella tratando de responder, pero se hizo hacia atrás,

entonces me fui hacia su cuerpo, empujándola a la pared primera que encontré. Con todo y el golpe recibido en pleno rostro distinguí apenas el pequeño molde cuadrado de acrílico que guardaba los cuatro cuchillos de cocina a un lado de la estufa. Y desprovisto de cordura tomé uno de ellos justo de la empuñadura negra colocándolo entre su cuerpo vestido de negro y el mío, cuya distancia guardada volvió a ser extremadamente corta del uno con el otro; pero con el filo de éste en dirección a mi estomago.

—¡Anda matate, insensible! A que no tienes el valor de hacerlo frente a mí, o entiérrame el puñal, como tú elijas. Mata mis quebrantos, mis desdichas. O aniquila tu cobardía. Elige, Rosario. ¡Elige! Ella puso sus manos forzadamente sobre las mías que envolvían la empuñadura y miró mis ojos por donde llovía abundantemente.

—¡Anda hazlo, atrévete! —dije con la garganta atorada. Al tiempo en que las manos de ambos empezaron a manosearse mutuamente realizando un vaivén peligroso de ir y venir, con el cuchillo entre los dos, jugando con la muerte. La empujé presionándola hacia la pared con las fuerzas de un hombre desesperado y le repetí —ésta vez dejaré que te vayas, no interrumpiré el viaje ansiado de tu fantasiosa locura, veré sangrar tu cuerpo hasta la última gota que derrame, ¡anda hazlo! — grité enfurecido y rabioso.

El peso de mi cuerpo recargado intencionalmente sobre el de ella hizo girar lenta y trabajosamente sus piernas hacia el filo de la mesa redonda, donde quedó atrapada irremediablemente con mi peso, que cobró ventaja cuando la perseguía, sin quitar sus manos de encima de las mías, que envolvían al cuchillo.

—¡Hazlo! — volví a empujar y a vociferar, en una acción descomunal.

—¡Estás loco! ¿Qué tratas de hacer? — respondió también inundada en llanto.

—La empuñadura del cuchillo restregaba su blusa y el filo de éste mi camisa. Nuestras palabras se volvieron ruido, altisonantes e imperceptibles. Abrimos la boca gritándonos mutuamente cosas sin sentido, insultándonos mientras que el arma prendida de todos los dedos seguía su macabro vaivén.

Ahora el que ya no quería vivir era yo. ¿Para que? Sin ella no valía la pena. Su negativa había sido tan clara y contundente como la mortandad que deja un sismo. En todos los días ella ocupaba mi tiempo, en todas las horas ella gastaba mi presupuesto. Ella vivía en mí, porque mi espacio y calendario con todas las fechas a pasar contenían su nombre. No había nada sin Rosario. Y si ella me había quitado su amor entonces también

ella debía quitarme la vida. Así que empujé consciente todo mi cuerpo hacia adelante, abusando de mi estatura y del tamaño de mi humanidad.

De pronto sentí un calor inmenso dentro de mis intestinos, el dolor apareció como el frio en el invierno, se acabaron las fuerzas que antes manejaba con energía inaudita, mis ojos empezaron a mostrar una ceguera imprevista, por el llanto, por el dolor. El estupor me abordó en seguida como cuando inicia un terremoto. Todo me dio vueltas como en la rueda de la fortuna, en aquel juego mecánico que no tiene altura, ni destino, mis manos sin pensarlo se tornaron temblorosas y húmedas de un líquido caliente que emanaba de mi entidad corpórea. El puñal estaba dentro de mí, muy dentro, interrumpiendo mi respiración acostumbrada. Lo habíamos hundido, tan profundo como la cuchara en el azúcar. Vi los ojos de Rosario tan abiertos y espantados, cuando yo me desplomaba de frente rumbo a la mesa del comedor, haciéndose a un lado sin detener el viaje insolente de mi cuerpo. La caída derrumbó las sillas cuyo respaldo rompieron los cristales de la vitrina en donde guardaba los trastos que lucía todos los días. El estruendo fue mayúsculo, cayó la mesa, las sillas y los cristales, con la vajilla en otro instante y enseguida yo, sin que ella pudiera evitarlo. Mis 80 kilos de peso quedaron extendidos en el piso.

No sé como, pero quedé mirando al piso recargado en el costado derecho de mi hombro sintiendo el puñal desgarrador en mi existencia con una profundidad total, incluso creí que tocaba mi columna vertebral. Percibí claramente a Rosario. Gritaba, lloraba, gemía, incansablemente. Iba de un lado a otro sin saber que hacer. Creí que tomaría el teléfono que se encontraba en la biblioteca, pero no fue así, aunque llegó hasta él. Después regresó hasta donde yo estaba, esquivó mis pies pero sin detenerse, entrando a la recamara y jalándose los cabellos. No se que quería encontrar. Lloraba ruidosamente, con amargura, casi gritando todo el tiempo. Yo la pensaba y miraba con amor aún en ese momento y ella me miraba con enorme quebranto. Estaba totalmente desecha. Recapacitó y fue a encontrarme nuevamente sangrante y desvanecido en el suelo del comedor. Creo que empezó a decirme perdóname, perdóname, no quise hacerlo, tu me lanzaste hasta ello. Te amo, no creas lo que te dije. Te amo, te necesito, no me dejes, porque me iré contigo, lo juro.

—En eso, alguien tocó a la puerta — su sobresalto fue enorme —, seguramente era Doña Argelia que vivía en el apartamento próximo de abajo. Subió para ver que ocurría. Tocó con energía la puerta en repetidas ocasiones gritando — ¡oiga Sr. Alvarado que le pasa! ¿esta usted bien? —, sin que Rosario contestara. Ella se esforzó en guardar silencio. Hizo lo

indecible por controlar su llanto y tuvo el intento de apagar la luz, pero en eso recordó que yo estaba tirado. Regresó a mi con la tormenta reflejada en sus gestos y se hincó a lado para cerciorarse que todavía respiraba, o tenía algún signo de vida. Cuando verificó lo anterior se acostó a mi lado sobre el mosaico, acercó sus ojos como pudo hasta los míos en una especie de suplica para que yo la viera, acarició mi rostro con el suyo sin percatarse que en esa posición el peso de mi cuerpo se inclinaba poco a poco hacia el piso hundiendo más al puñal perdido entre mi camisa desabotonada.
—¡Dios mío déjame ayudarte, por favor! — dijo implorando, con los ojos inundados de lagrimas. Retiró la mesa y las sillas empujándolas más allá del alcance de mis pies y recogiendo los pedazos de florero que se perdían encima de mi cuerpo desfallecido. Como pudo, intentó mover mis hombros y voltearme para colocarme en una posición menos dolida oyendo los quejidos y los ayees de dolor. Comenzó a besarme torpe y bruscamente en besos, que se partieron en mil pedazos, percibiendo su perfume preferido. Sus labios temblorosos y mojados se afianzaron a los míos. Fueron besos húmedos, desesperados como si con ello hubiera querido resarcirme.
—¡Es mentira lo que te dije! — Acercándose a mi lo más que pudo —. Es una maldita mentira. Lo dije para que dejaras de lucir tu estúpida serenidad, tu arrogante serenidad que me enerva y siempre ostentas. Me desespera tu controlada paciencia y tolerancia. No es cierto lo que dije —, repetía — si te amo, soy una loca, sin ti estoy perdida. Por favor dime algo, respóndeme. Edgar vamos donde quieras, llévame donde tu ordenes, soy tuya. Escúchame, te amo.

Atolondrado como estaba y escuchando su acongojada confesión me impresionó. Me impresionó su espontánea elocuencia. Yo la escuchaba sin poder exteriorizar mi sorpresa, esas palabras que tantas veces añoré, ahora me las regalaba pero en un estado lamentable. Ella y yo habíamos vivido decenas de coloquios y nunca llegó a mi, la profundidad de su cariño; pero aquí y ahora no podía hacer nada por mi, ni por ella. Quería moverme pero fue imposible lograrlo, estaba quieto, engarrotado, inválido. Mi mente ordenaba, pero mi cuerpo no respondía. Y el cuchillo en mi interior seguía haciendo de las suyas, pues llevado hasta el paroxismo embotaba mi capacidad de congoja. Mis ojos la veían sin verla, mis labios querían nombrarla y decirle que lo siento. Que no intenté pagarle con el mismo dolor, que no quería hacer de mi pasado su presente.
En las condiciones en que estaba me di cuenta que Rosario no era mujer para mí, finalmente lo comprendía. Que me daba por vencido a pesar de su consumada reflexión, a pesar de ceder en su último lastimoso

arrepentimiento. Sabía que Rosario decía cosas para suavizar la situación crítica que en esos momentos se vivían entre los dos. Liquidado como estaba, entendía al fin que ella no se concebiría en mi futuro si acaso salía vivo de ésta, inútil sería después de todo lo ocurrido seguir aferrándome a la falaz idea de mirarla en el brillo diario de mi espejo. No podría ser. El amor no se esconde en el miedo, ni se parapeta en los actos de amargura. El hombre no puede amarrar a la mujer a base de caprichos, ni valerse de argucias turbias para someterlas, porque entonces pudre la identidad que las hace bellas. Esta vez el sol no estaba en mi ventana, pero se abrieron sus hojas para dar paso a la lucidez estrellada. Se había esfumado mi esperanza y entendía con una bárbara lección, la intensidad de los sentimientos de Rosario. Por más que ella se afanara en darme el sí. No podría vivir toda la vida escondiendo su verdad. No me amaba, me dolía tanto darme cuenta de ello, aunque no podía escaparme a la transparente situación que ahora se daba. Me quedé vencido en el mosaico. Ya no quería despertar del dolor que me dormía. Ni escuchar sus lamentos, ni sus gritos. Quería escapar de su presencia. Si tú no eres mía tampoco lo seré yo de ti. Parecía inhumana esta venganza en el final, se repetía la escena primera, pero con la otra cara de la moneda. Ahora yo emprendía el viaje al exilio. Así es la vida, mientras unos suben otros bajan en el óvalo existencial. Morar, habitar, obrar, errar, siempre dando tumbos en la conocida circunferencia terrestre, de modo que las curvas no permiten los extremos. Al humano se le olvida que se crearon dos al mismo tiempo para glorificarse y no para matarse entre sí. Sonó el teléfono sin que ella hiciera algo por contestarlo, creo que nunca lo escuchó, estaba en estado de shock, igual que yo. Tocaron nuevamente a la puerta, una, dos o más veces y en éstas parecía percibir más gente que se acercaba a mi apartamento. Tocaban y tocaban a la puerta, llamaban por mi nombre, gritando — Señor Alvarado que le ocurre, conteste por favor — y Rosario tornaba a silenciar su llanto apretando la mandíbula, para apaciguar sus quejidos.

Me percaté de la mancha de sangre que se hizo gigantesca en mi entorno y la sombra de Rosario, que luego se perdió en la neblina de mis ojos, quise gritarle que me abrazara, que persistiera en sus besos apremiantes, hablándome para seguir viviendo aunque cada segundo que transcurría se iba sin volver, dejándome ahí entre el yo dolido y sus lágrimas escurridizas, envuelto en mi sangre y en el remordimiento de una mujer, a la que siempre había amado por sobre todas las cosas de este

mundo. Y que hoy le atormentaba haberse negado a mi ruego. Y se hizo el silencio.

EDGAR

Llegar hasta hoy y aquí me ha sido difícil, diría harto difícil. Apenas hace un mes cumplí los cuarenta y mi edad ya se refleja en el rostro como las arrugas en la arena del desierto. Siempre consideré que los cuarenta son la mitad de la existencia de un humanoide en estado natural. Ochenta sería el entero pero si difícil fue llegar completo a los cuarenta, más cruento será duplicar la existencia. Pero bueno, la vida te enseña que cada año que se cumple te deja una arruga, varias canas y mucho dinero despilfarrado, que no supiste aprovechar.

Nací en el Estado de San Luis Potosí, en un pueblito alejado del ruido de la carretera y de las inacabables correrías de los traileros y camiones de carga. Para llegar allí hay que salir de la ciudad y tomar camino con rumbo a Saltillo, y pasados 130 kilómetros desviarse a la derecha para encontrar un camino de terracería con dirección hacia lo que considero hasta hoy, mi rancho. Una vez situado en el crucero, entonces hay que iniciar una caminata de siete kilómetros hacia adentro en línea recta, con el sol en las espaldas, caminando entre cactus, magueyes, huizaches, mezquites y nopaleras ardientes; y una que otra serpiente que cándidas se cruzan por el camino terregoso, pero que distingues en las noches bajo la lumbre del campo. Y si pasadas las nueve de la noche vas por allí, se mira el nocturnal bello y el horizonte se pone benigno y romántico, gracias a que la luna y las estrellas le hacen compañía a la inmensidad del cielo. Dicen los que se atreven, que se aparecen fantasmas entre las cactáceas, que tienen la mala costumbre de violar a las mujeres y asaltar a los varones. Así que hay que cuidarse del camino, en esos fatídicos siete kilómetros por recorrer. El camión solo pasa tres veces al día, en la mañana, en la tarde y el último entrando la noche y el que se fue se fue y sino, pues se queda a dormir en el quiosco de la placita principal, porque en *Peotillos* no hay hotel, ni casa de huéspedes, ni nada que se le parezca. Así están las cosas en el pueblito donde nací.

Años después emigré a la capital impulsado por los favores de una tía, hermana de mi madre, que me recogió prácticamente de la ignominia, porque las cosas en casa en aquel entonces eran un martirio. Ya en el Distrito Federal y entrados los 13 comencé a ir a la secundaria por las tardes. No admiten burros en la mañana y por eso asistía en el turno vespertino. Al reprobar el examen de admisión y buscar la forma de evitar

perder el año escolar, me vi en la urgente necesidad de acudir a la escuela después de la comida. Nunca había ido en ese horario y tenía yo verdaderos quebrantos, porque me daba un sueño horripilante por ahí de las cuatro de la tarde, de tal manera que el cabeceo era formidable, tanto, que parecía centro delantero de la selección mexicana. Lo bueno fue que la maestra usaba unos lentes de fondo de botella tan gruesos, que no se percataba del cabeceo fantasmagórico de mis tardes futboleras al final del salón de clase. Pero aprendí, de veras que aprendí, no importó el horario, ni el sufrimiento por el sueño traicionero, aprendí. El segundo de secundaria ya lo cursé por las mañanas y entonces el sueño me atacó con vengativa insistencia a las seis de la madrugada que era una cruzada gigantesca vencerlo diariamente, pero del que también salí victorioso y triunfante.

Pronto cambiamos de domicilio y mi tía, con todos mis primos y primas nos fuimos a vivir a la Delegación Tlalpan, donde el monumental estadio azteca era nuestra referencia principal. Ahora el tráfico era la *vía crucis,* problemas para abordar un taxi, problemas para esperar un camión, para subirse al pesero, para caminar al tren o ver la manera de llegar a la estación del metro más próxima.

Me sorprendieron los 17 años de edad con la continua asistencia al estadio de futbol, me convertí en un verdadero aficionado al deporte de las patadas y lo perseguía a toda costa, inclusive vía televisión, cuando me era imposible estar en el estadio. Sin embargo, tampoco perdí la afición de visitar con asiduidad a mi pueblo, disfrutaba mucho hacerlo y yo veía como, pero me las arreglaba para estar ahí tres o cuatro veces al año. Llegando a él, al bajar del autobús lo primero que veía es su clásica iglesia colonial frente a una plaza pequeña que funge como la principal, sin faltar por supuesto su quiosco hermosamente erguido en mitad del paraje. Las calles sin pavimentar y con las huellas tradicionales de las carretas jaladas por los bueyes o mulas, que atraviesan las esquinas sin el nombre de sus calles. Aun ahora siguen estando sin nomenclatura, tal vez porque la gente del pueblo no ha exigido el nombre de éstas, o porque al presidente municipal no se le ha ocurrido bautizar las calles. El camión llega hasta el panteón municipal que esta bastante retirado de la entrada del pueblo y después emprende su regreso rumbo a la ciudad de San Luis Potosí, cuyo tiempo estimado ronda por ahí de las cuatro horas de camino. En aquel entonces ir a *Peotillos* era como exigir oxigenarme, razón por la que respetaba mucho su periódica visita, era algo así como una terapia necesitada para recordarme que en ese pueblo estaban mis raíces.

Siempre me impresionó su facha despoblada, a la fecha pienso que es un lugar desamparado por el destino, muy poca gente en las calles, casi nadie diría. El sol y la luna eran y siguen siendo los únicos amigos leales de mi pueblo, nunca faltan, salvo los días lluviosos y cuando las nubes se ponen celosas del paraíso desértico de su geografía, que se interponen en su trayectoria. Aún así es bello mi pueblo, como esté; llovido, inundado, pedregoso, lodoso o polvoso. Caliente en verano y helado como refrigerador en invierno. Con todo y eso, cuando llegaba a mi natal origen, buscaba a mis amigos para jugar al futbol, para enseñarles y actualizarles sobre las novedades en el dominio del balón. Y en más de las veces mis coterráneos vecinitos se peleaban por alinearme en su equipo, cuando se trataba de jugar una cascarita contra otro equipo de un pueblo cercano. Fueron días felices, sin duda.

Poco tengo que contar de mis padres y eso lo sabe Rosario, razón por la que casi no tocamos el lado paternal de mi existencia. Se separaron cuando yo apenas contaba con once años de edad. Repetidas ocasiones mis dos hermanos y yo presenciamos las broncas entre ellos llegando incluso a los golpes, que mi padre le propinaba a nuestra insultadora madre, que gritaba desaforada mientras que él de repente le lanzaba una bofetada o empellón, que la aventaba por allá debajo de los muebles de su recámara. Así fueron muchos meses de rounds domésticos en que no había propiamente un ganador, ni vencedor, y la familia se acostumbró a ver dos púgiles en constantes revuelos. Pero justamente un día impensado si lo hubo. Mi padre la golpeó con mayor fuerza sangrándole la nariz de manera profusa y mi madre, le aventó lo primero que encontró, con tal tino, que le abrió la cabezota. Del golpe recibido por el proyectil, por cierto, bastante voluminoso creo que era una crema limpiadora de manos, de aquellos frascos de vidrio de sobrado grosor. Por eso es que nuestro tutor lució orgulloso una frente con alcancía figurada y un parche grotesco, cuya imagen difícilmente se me olvidara. Porque sangrantes los dos en aquella noche aciaga, aparte de decirse toda clase de linduras sofisticadamente léperas, el colmo fue cuando mi madre le dijo apurada y convencida. Ya ni en la cama sirves carajo. Dicho lo anterior con suficiente aplomo, además de anteponer su fémina voz esquizofrénica y otros calificativos nada dulzones, mi papá literalmente agarró sus chivas y dijo dos días después del zafarrancho, hasta aquí estuvo bueno. Se fue de la casa, se fue del pueblo y de su *amada* esposa. Lo volví a ver hasta pasados cuatro años de este penoso incidente.

Asistí al Colegio de Bachilleres donde cursé toda mi preparatoria en poco más de tres años, porque tuve que pagar materias con exámenes extraordinarios y porque además re-cursé matemáticas. Nunca fui bueno para las cuentas y menos para algebra, que verdaderamente era mi dolor de cabeza. Pero bueno, todo tiene un final y este fue final feliz, porque recibí mi certificado liberado que me permitió presumir el pase íntegro a la Universidad.

Con mis padres divorciados. Mi madre en el eterno pueblo, enclaustrada para defender su terruño, permeada de sus viejas costumbres y amistades, prefirió anclarse hasta la fecha, en donde me espera periódicamente con regalitos que le llevo, para que no me olvide. En cuanto a mi padre, pues es un hombre que va y viene de *Peotillos* entra y sale sin checar tarjeta, nadie lo vigila, en realidad no se exactamente a que se dedica hoy, aunque toda su vida fue labriego. Pasa mucho tiempo en la capital de San Luis Potosí. En ocasiones coincido con él, al visitar el pueblo y platicamos, pero sin sacarle información relevante de su entendimiento atribulado. Yo espero que sea feliz a su manera a pesar de su avanzada edad. De verdad, a ninguno de los dos les guardo rencor. Simplemente los comprendo, los acepto como son. Hoy, cuando se encuentran por las calles del pueblo se saludan cordialmente y de vez en cuando, mi madre le invita un plato de sopa para calmar su hambre y tal vez para que se le olvide el santo golpazo que le puso en la frente.

Decidí estudiar la carrera de Ingeniero Industrial en la UNAM por varias razones, pero creo que la más poderosa fue la de pensar en que esa carrera tronco, como le llaman los profesores podía ramificarse y diversificarse en el área laboral. Es decir, puedes ocuparte en cualquier cargo dentro del aspecto operativo y técnico. Inclusive te puedes colocar en puestos relevantes dentro del área administrativa. Y bueno pues si, un tiempo trabajé en una empresa metalúrgica como Supervisor de Operación, por el rumbo de la colonia Industrial Vallejo hasta que después de haberme recibido y titulado pude seleccionar un empleo, más remunerado y de mejor proyección en mí carrera profesional. Trabajé y estudié al mismo tiempo, solo así pude sacar avante mis propósitos, sin ello no hubiera sido posible. Y aunque la tía Ofelia, también tenía sus deberes y compromisos supo con sabiduría corresponder a mis anhelos y me ayudó muchísimo, para construir mí futuro. El día que salí de su casa le agradecí profundamente el haberme sobre protegido durante años para llegar hasta donde estoy. Gracias a ella desayunaba y cenaba bien en casa. Por las mañanas estaba en la universidad hasta las doce del día, después

me trasladaba desde allí hasta la Industrial Vallejo checando mi tarjeta de salida a las once de la noche, para llegar a casa pasadas las doce. Cenaba con lo que mi Tía me dejaba listo y puesto sobre la mesa, inmediatamente después me iba a la cama. Sábados y domingos no iba a la UNAM pero si desquitaba mi salario yendo los sábados medio día a la fábrica. Así transcurrió ese tiempo en que mi juventud y el anhelo por ser y llegar a tener, hicieron de mi el que ahora soy.

Un año después de esta cruzada estudiantil ya gozaba de la tenencia de un Volkswagen. Vocho mejor dicho. Me fui a rentar un departamento a la altura de mis posibilidades y acorde con la distancia a recorrer desde mi casa, hasta la oficina. Increíble pero, empecé a disfrutar de mi trabajo y también de algunas experiencias sentimentales, que poco a poco me ayudaron a ponderar mi lado sensible comenzando a brotar las primeras impresiones románticas en mi cerebro. Descubrí las debilidades y virtudes de mi ribera romántica, a distinguir instantes deliciosos de la edad en la que me tocaba vivir. Comprando un libro aquí y otro allá. Llegar a casa, deleitarse con una taza de café, apremiar la lectura y ejercitar con inusitado placer el intelecto que se alimenta gozoso de la literatura. Fue y sigue siendo mi pasatiempo favorito. Estrene mis pasatiempos comenzando a consumir mi tiempo de lector con biografías de Nerón, Gandhi, Napoleón y libros de esa índole. Más adelante, mi exigencia se volcó sobre novelas historiadas de sucesos reales, de autores importantes de predilección latina, que fueron llenando mi estantería hasta presumir hoy de una biblioteca bien armada, profusa, fecunda, ya que aparte de digerir con cierta facilidad la lectura, me hice de libros de consulta, con los que me sirvo para resolver mis dudas al respecto.

El tiempo pasó como un calendario colgado en el armario, sin ser visto. Trabajando en una empresa ligada a la Industria de la Construcción. Allí conocí a Minerva. Una chica delgada de rasgos finos y mirada profunda, de nariz perfilada y blanca piel. Tenía cuatro años menos que yo. Ella era secretaria del Gerente de Soporte Técnico y yo ocupaba el puesto de Jefe de Control de Calidad. Salíamos a comer a la misma hora y muchas veces coincidíamos. Nuestro horario de salida era el mismo, por lo que cruzar nuestras miradas e iniciar una charla fue relativamente fácil, rápido y si apuramos al intrincado destino que se encarga de unir lo despegado, pues en ocasiones nos encontrábamos en algún restaurante de la colonia, donde platicábamos hasta de las manzanas podridas del paraíso. Así que sintiéndonos Adán y Eva entramos a un edén no bíblico por conocer, hasta que el matrimonio nos unió después de dos años de

tratarnos. Y así llegué a una edad más o menos racional en la que tus decisiones son el crucigrama a resolver, alimentándome con frecuencia de un libro que ilustrara mi entender, tomando vacaciones cada vez que se podía y dejándome querer por una mujer que pasados los primeros escarceos fueron de gloria y satisfacción. Que bello es sentirse amado, sin duda, y que bello es sentirse indispensable para una pareja. Saberse único, es lo único. Es un deleite conocer el amor cuando te lo profesan sin dilaciones. Pero como dice Facundo Cabral, el amor no acaba, sólo cambia de lugar. Realmente yo nunca amé solidariamente a Minerva. Fue una relación de aquellas en las que basas tu matrimonio, o unión si es que no quieres darle un título a esa relación sentimental, en la salvaguarda de una mera compañía. Es decir, quieres darle a tu soledad aquel rasgo de conmiseración ayudándole a no caer en la desesperanza y desolación. Quieres buscarle nombre a tu soledad. Ponerle apellido. Claro, tu no lo sabes sino hasta que estas hundido en el dilema de la interpretación del conflicto. Poco duró esa filiación conyugal, pronto me percaté de mis delirios. Así que en unos cuantos años me deshice de ese falso proceder, por lo que el divorcio se hizo inminente siendo la mejor solución. Con el tiempo re-encontré mi dirección afectiva buscando afanosamente la persona de Rosario. La mujer que ocupó siempre, todo mi pensamiento y llenó en su totalidad mis expectativas.

ROSARIO

Llegué temprano a la iglesia, le dije al chofer que no quería dar más vueltas por la céntrica colonia. No importa que fuera yo la primera persona en llegar. Deseaba estar ahí lo antes posible. Siempre he vivido con una angustia constante. No se porqué, pero tengo la idea de que los días no me alcanzan para disfrutarlos plenamente. Y hoy es un día especial para mí. Diríamos único, porque hoy no hago una visita común y corriente a la iglesia, ésta vez tiene un gran significado.
La capital de la República Mexicana siempre ha sido mi hogar. Se que hay lugares mejores y mucho más bellos en la tierra que habitamos; pero soy como las olas del mar, siempre regreso a la playa arrastrándome en la arena, regreso al origen de mis primeros pasos. Como pregona Juan Gabriel en sus canciones, al mismo lugar y con la misma gente. Y aunque nací en el histórico estado de Zacatecas, un lugar bellísimo e incomparable, el Distrito Federal es y ha sido mi cuna floreciente donde amamanté la vida de adolescente hasta llegar a ser mujer.

Mi padre que en paz descanse llegó aquí a probar fortuna hace muchos años después de abandonar las "Quince Letras", de Juan Aldama. Y en ésta gigantesca ciudad nos creó. Estudié en la Universidad Autónoma de México. Aquí me gradué presentando mi tesis con excelentes resultados. Pronto obtuve el primer salario trabajando en base a mi licenciatura universitaria. Conocí el amor bisoño y también el caduco, hasta sus últimas consecuencias, aquí está la tumba de mi padre y la vida de mi familia que el dejó. Como no amar lo amado, si en esta capital es donde he obtenido la felicidad que antes no reconocí. Me da gusto haberle sido fiel a esta ciudad de los palacios, tal y como la pintó alguna vez Carlos Fuentes en su novela más afamada.

Como dije, estoy al pie de una iglesia pero dentro de un auto negro. Le ordeno al chofer que no pare el motor del auto, donde me encuentro acomodada para que el aire acondicionado siga refrescando mi angustiada espera. Miro hacia los lados, pendiente del exterior. Veo los rostros de muchos invitados que han llegado a tiempo cumpliendo con la cita que impacientes buscan mi atavío, pero a mí solo me interesa un rostro. Faltan minutos para que la ceremonia comience y él no ha llegado ¿que pasará? Estoy segura que vendrá. El nunca ha fallado a mis citas y mucho menos a ésta que marca un hito en la vida de ambos.

Fue preciso arrojar por la borda y desechar lo ocurrido en Monterrey. Solo así he podido llevármela tranquila. Aunque es lamentable recordarlo. Edgar sigue apareciendo en mi vida de manera automática. Imposible figurar esa hermosa ciudad sin la imagen de él. Una metrópoli próspera, creciente, dinámica, viva, industriosa, nueva, pero donde mi corazón dejó una gran nostalgia viviendo tiempos aciagos, que serán difíciles de borrar. Sucesos que no podré omitirlos en mi futuro. Edgar ha sido desde entonces el testimonio crucial de mi existencia, donde terminó una época intrincada y comenzó otra plana. Donde terminó el virus infeccioso y se hizo la salud en las páginas de mi enciclopedia. Cambió la noche convirtiéndola en día, el error en cuenta nueva, la resta en suma, pasado tormentoso transformado en presente aclarado. Razón por la que sigo queriéndolo con una fuerza distinta a la de antes, con el fervor mítico del pupilo hacia el maestro, del subordinado al jefe, porque de sus años aprendieron a vivir los míos, con similar sapiencia. Aprendí el riesgo que corremos las personas en la búsqueda del ser, me enseñé a defender mi identidad y su equivalencia, a valorar el sentido de la vida, a no caer en la enajenación, a no dejarme contraer por las engañosas modas sociales y los costos sin título, a no ser manipulada por la comunicación masiva, a generar y digerir mi propia comunicación con los que me rodean. Después de todo conozco el afecto y la belleza, el bien y el mal, la verdad y la mentira en toda su magnitud. Gracias a dios creo que voy en busca de la verdad y gracias a ésta libertad, de la que hoy gozo puedo dejarme conducir hacia el mismo regalo que me otorga la naturaleza, que es la vida. No me he dejado tentar por la trampa del espejismo.

Hoy, pasados dos años y medio de aquella tremenda crisis y aquí en el umbral de esta iglesia, me dispongo también a desprenderme de los viejos tabús del celibato. Hoy me caso con el hombre que siento y creo es el príncipe azul, después de haber andado por el camino pedregoso durante treinta y tres años. Que bueno que me caso a esta edad, cuando he probado todo lo que la vida.

Miro y volteo hacia todas partes, nuevamente a la derecha y a la izquierda, persisto impaciente en el asiento trasero del elegante automóvil, muevo el cabello entrelazándolo con mis dedos, pretexto para darle tiempo al tiempo. Y suavizo mi vestido blanco con las manos impregnadas de perfume, esperando impaciente al borde y al frente del inmenso atrio del templo. En unos minutos más dejaré mis apellidos colgados en la pared del pasado, solo serán retratos del ayer, tiempos de soltera, ofreceré mi mano comprometida para ser transformada por el anillo matrimonial. Así,

luciendo de blanco pisaré la alfombra interior del claustro que se extiende como un camino largo, para llegar con la frente erguida al pie del altar. Sueño de cientos de mujeres y de padres afanosos, que contienden por este momento culminante. Cuantas aventuras dejé en el camino, que pudieron haber terminado en el lodazal de los baldíos, o en el barranco de los hechos fortuitos, no tengo en mente el número exacto de fulanos pendencieros que se ufanaron con apasionada voz procurando ser mis dueños a base de engaños, para violar mi persona con su inmaculado machismo olvidándose primariamente que, era una mujer y no el objeto de su deseo. Me conmueve pensar en ello porque ahora yo escogí, y no me escogieron. La decisión fue mía sin influencia de un miembro viril erecto, disfrazado y escondido en los bares o en las calles. Ahora comprendo que las aventuras pasadas en mis años juveniles, pudieron no haber sido tan terribles. Yo los hice terribles. Los años me mostraron que soy la única responsable de mis posibilidades, sin que para ello intervengan los demás.

Ya casi es hora en que el sacerdote saldrá para recibir a la comitiva nupcial, sigo volteando para allá y para acá sin mirar a nadie conscientemente, estoy muy nerviosa y creo que todos lo han notado. Me comen con sus miradas. Sigo sentada en el interior de este auto largo, también bastante ancho, curiosamente ataviado para mi boda, estoy uniformada de mi propia concordia.

A estas alturas, mi pensamiento entra y sale de la realidad. Me siento mucho más segura de mi volumen intelectual y del alcance competitivo que puedo desarrollar como mujer profesionista. Regresaré a trabajar con ardor. Crearé un plan de vida y carrera junto a mi esposo. ¡Que bueno que las cosas con mi madre se subsanaron! Al fin y al cabo la reconciliación con ella tuvo sus frutos, ahora entre las dos llevaremos avante la ferretería que mi padre con esfuerzos nos heredó. Emprenderé innovadoras estrategias de venta, diseñaré acciones que redunden en la preferencia del cliente. Juntas, haremos genialidades, haremos equipo, lo se.

Solamente un hueco me falta por llenar que he dejado intencionalmente para después. Tal vez porque requiero ayuda para reforzar mis debilidades y encontrar su origen. Trataré de adaptarme a mi nueva vida sin doblar las manos y en adelante recoger los frutos de los años venideros, en compañía de quien será mi esposo. Ser capaz de reconocer mis fortalezas. Confieso que no será fácil entender el amor en todas sus direcciones; como pareja, como amante, como amiga. Será interesante dar y recibir proporcionalmente. Sacar mis sentimientos

amorosos, de la profundidad oceánica en que estuvieron hundidos para ponerlos a flote. Ojalá y el cónyuge que hoy elijo represente no solamente a mi ansiado amante y complete el hueco cariñoso por colmar, sino también me haga comprender el trasfondo de la palabra masculina, que tuve intermitente durante mi crecimiento. Dicen que el matrimonio es la segunda escuela de la vida. Quiero un hombre completo. Al compañero que me escuche en atenta reciprocidad. Al hombre fiel que me represente ante la sociedad, al amante que me haga sentir joven y buscada, deseada y bella, atractiva y coqueta, que me haga el amor en todas sus formas caprichosas, que me envuelva en su virilidad, que estimule mis ansias y me vuelva loca en la cama.

Vuelvo a sacar el diminuto espejo de mi bolso de mano y contemplo mi rostro para verme a los ojos en busca de la respuesta a mis pensamientos, que en ocasiones quisiera hablaran para marcarme los errores que seguramente han de aflorar. Aunque en realidad busco tus ojos, pero no te veo aún. Vaya, al fin apareces detrás de una palmera de tallo indisciplinado, en medio del patio enorme. Ahí estás Edgar, que bueno. Sabía que no podías fallarme. Entraremos juntos a la iglesia tomados de la mano como nunca imaginamos estar, desde hace muchos años. Nos tomaremos una y otra foto para recordar este momento. Espera ya no tardo.

Como sufrí por él aquella noche en Monterrey cuando el cuchillo infausto hizo estragos en sus intestinos. Nunca tuve una noche tan aciaga como la que viví en esa ocasión. Que bueno que al final, todo salió bien y ahora estaremos juntos otra vez. Recuerdo que estaba hecha una loca, le vi sangrando por todas partes, tirado en el piso como animal atropellado a media calle, con el puñal hundido hasta su encuentro con la cacha. Le hablé tantas veces pero él no me escuchaba, llegué a pensar que estaba muerto. Buscaba una sábana para mojarla y limpiarle toda la sangre que le escurría, darle los primeros auxilios con algo, pero a pesar de buscar en cada una de las habitaciones un maletín médico o algo que se le pareciera, no pude hallarlo hasta que finalmente abrí la puerta a los vecinos para que pudieran prestarme ayuda.

Muchos días transcurrieron para franquear esa penosa y publicada situación jurídica; pero en cuanto me liberaron los judiciales hice guardia en el hospital al pie de su camastro en el Instituto Mexicano del Seguro Social donde fui a pasarme noches enteras después de que sucedió nuestro altercado. El hospital era un centro médico localizado justo en la Avenida Constitución casi en el centro de la ciudad donde llegaba muy

fácil en camión, o en carro de alquiler. Ahí estuve pagando a cuenta personal lo que él mismo había hecho por mí algunos meses atrás. Caprichos del destino y del juego interminable de palabras, hoy por mí, mañana por ti. Sin embargo, ahora que veo tu rostro desde la ventanilla de este alquilado carro y te hablo sin que me escuches, te evoco en los resquicios de mis remembranzas, sé que fuiste mi catarsis, mi desahogo, la esponja donde deposité un mar de lágrimas, mi compañía en la desolación y en el mayor vacío que alguna vez experimenté como ser humano. Solo de ti obtuve reconocimiento, halago, ternura, cuidados y aplauso. Es por eso que sigo admirándote con todo mi ser.

Cuando era niña lloraba mucho, dicen que era excesivamente quejumbrosa, no recuerdo bien esos años tan lejanos de mi infancia, sin embargo, lo que sí puedo recordar es que mis padres siempre fueron muy despegados cuando yo alcancé la pubertad y pasé a la adolescencia. Me engañaría si dijera que alguna vez recibí una felicitación por buenas notas en la escuela. Mis boletas escolares solamente llevaban la estampa de su firma sin yo recibir un premio. Me ceñía al escrutinio simple de su labor paternal, en una acción considerada saludable de ellos hacia la vista de mis calificaciones. Mis años de escolapia fueron grises en el corazón de la familia igual que lo fueron para mis hermanos. También, se enlazaron detalles cicatrizantes que no puedo olvidar y creo que nunca podré hacerlo, como aquel día en que compré con mis ahorros un camisón, en que se dejaba ver parte de mi pecho naciente, tendría aproximadamente unos catorce años cuando parada junto a mi cama y admirando mi hermosa prenda frente al espejo, presumiendo mi cuerpo, llamé a mi madre para compartir el gusto. Enorme fue mi sorpresa al oírle gritar que yo parecía una prostituta de la calle, una provocativa insana, una puta parrandera con pensamientos diabólicos y libidinosos. Me desgarró el camisón color azul comprado ese día en una de las calles del centro del Distrito Federal. Mi padre se prestó a la reprimenda y entre los dos me dieron una sonora golpiza de pronóstico reservado, que ha perdurado en mi memoria desde entonces. ¡Que padres me tocaron! Por eso ahora, gozo de esta posesiva libertad que yo misma he interpuesto entre el ayer y el hoy, pero que solo depende de mi razón de ser, de la nueva identidad adquirida a fuerza de tantos tumbos que he dado en la vida. Aprendí que en los años que cursa una persona existen pasajes imborrables, a pesar del desarrollo evolutivo del pensamiento. En otras palabras, hay acciones calificadas como execrables en el pasado, que no podrán ser desprendidas aún con el paso de los años. Aunque también existen hechos y acciones

como las de Edgar que encumbran a la máxima expresión, la excelsitud del ser humano con todo lo que él me dio. Estoy profundamente agradecida con él. Es por eso que hoy, le he invitado para compartir y correr los dos otro momento memorable. Es una lástima que nuestra ambivalencia nos separe y nos impida ser el uno para el otro. Pero creo que al final ambos lo hemos comprendido.

Caray como cambian las cosas en los deseos de una persona. Después de tantos años de evitar que mi cuerpo se deformara, ahora espero dar a luz a un bebe que llevo en mi vientre. Quiero ser madre. Si, quiero ser una nueva experiencia en este México poblado, ponerle número a la casa, prolongar mi existencia, extender mi flujo sanguíneo para dejar herencia e historia en la boca del que me seguirá con los años. Quiero verme al espejo acompañada, ser un tallo con retoño florecido, esperar las primaveras brillantes y los veranos calientes con unas manitas sujetas a las mías, ver mi rostro en el suyo como el espejo creado por la divina multiplicidad del ser humano. Quiero sentirme útil, ocupada, dar esa energía que me sobra todavía y que tengo aquí guardada para darle aliento a quien me dirá mamá de un modo sublime y tierno. Quiero darle a mi país un hijo bien dotado, inteligente, independiente, educado, patriótico, visionario y leal a sus principios. Espero poder concedérselo.

Así es Padre mío, Padre ausente, ahora me tocará hacer tu papel ¿Que cosas tiene la vida? Tú fuiste un analfabeta y yo soy Licenciada en Psicología y aún con mi preparación incipiente me siento tan ignorante que cambiaría tu sabia experiencia por mi academia inexperta. Pero espera, que digo, se acabaron las venganzas y las actitudes revanchistas. Ya no habrá más Eduardos para mancharte, ni escupiré tu recuerdo cuando me sobrevengan tus consejos, cuidaré de ti como tu lo hacías de mi, celosamente. Descuida, hiciste un buen trabajo. Te amo padre. Soy tu herencia.

Ya voy Edgar, no te impacientes. Llévame al altar, quiero llegar acompañada de tu brazo firme y solidario. Ya voy, ya voy.

LA ENTREGA

En el mes de mayo, mes amigo del sol, se elige a la flor de la primavera. Casi en todas las poblaciones provincianas de la República Mexicana se acostumbra, es una tradición tan añeja que no me atrevo a dar una fecha de nacida. Hoy es una tarde lluviosa en la ciudad de México y debo hacer entrega de una flor de primavera en el altar de ésta iglesia. La Flor de la Primavera se elige por méritos propios, es decir, con la complacencia de un jurado escogido, se premia a la joven más bella de la localidad, por su juventud y frescura que son los principales atributos que se califican para poder seleccionarla según la tradición. Una vez elegida la muchacha sube a un estrado y se le gratifica colocándole una corona que la simboliza como "Reina de la Primavera" que es, según los astrólogos la mejor estación del año. Allí frente a la mirada de toda la concurrencia se le hacen los honores al símbolo primaveral del perfecto encanto femenino. Después irrumpe la música en donde todos los allegados y amistades desean inundarse de la grácil peregrina venida de la flor más bella del ejido. Es menester decir que para todos los concurrentes resulta memorable y atractivo bailar con ella, ceñir su talle y verse favorecido con una sonrisa de la reina, que en plena fotografía mostrará mañana el recuerdo de una celebración inolvidable.

Hoy es uno de esos días. Entregaré a la morena más bella del ejido. A la Reina de la Primavera, aunque yo me transformaré en un trozo de hielo polar. Si, esta tarde seré el *rey feo* que también se celebra en mi pueblo. Dejaré en el altar el recuerdo de lo que pudo ser mi pretendida primavera. Depositaré a mi amada Rosario en las manos del hombre que quise ser y nunca pude, aún y cuando busqué mil y una fórmulas para serlo. Mientras la observo impaciente dentro del coche nupcial estacionado al filo del atrio volteando para mirarme y encontrarme atento a su sonrisa, que se asoma cruel y desconcertante. La verdad es que no pude hallar las matemáticas sentimentales que dieran con un resultado positivo. ¡Que lástima, pudimos ser tan felices! Para ella este es un día inolvidable, para mi significa enterrar mis sueños y fantasías, que ahora se perfilan a la profundidad de la tierra, donde todos nos hacemos polvo, como en polvo se convirtió mi sueño.

Mi madre querida dice que yo tengo un gran defecto, al externar todos mis sentimientos con la gente, que no se guardarme nada, ella me acusa de ser

extremadamente previsible. Tal vez ese fue uno de mis grandes errores al mostrarme auténtico, transparente, honesto y abierto. Rosario siempre supo de mi desgaste poético y de mis jaloneos románticos que afloraron constantes en frases delatadoras cada vez que nos vimos, creo que nunca hubo un día en que mis ojos no se manifestaran pendientes de los suyos y ella supo leerlos a la perfección. Recuerdo aquella vez en que la invité a tomar un café, en una de esas colonias elegantes de Monterrey. Desde ahí le dije que ella era una mujer que no me gustaba para una aventura. Que no me inspiraba su singular coquetería al instinto vulgar de acostarme con ella a las primeras de cambio. Porque el hombre puede tomarse la ligereza libertaria de visitar casas de baja reputación, encontrar allí amiguitas de fácil acceso en donde apaciguar los calores sexuales masculinos vaciando su energía en una vagina sin sentimientos. También le dije que yo deseaba un estereotipo de relación sentimental. No quería hacerla pasar como mujerzuela en mi compañía. Ansiaba poseerla de otra manera, de un modo serio, formal, caballeroso, gentil, yo diría hasta un tanto ortodoxo, y es por eso que desde la primera conversación traté de convertir su avizorada amistad en un compromiso cordial. Craso error, como diría mi madre que desafortunadamente ya no me vive —¡Como te quiero madre! — Porque ella tenía lo que todas las mujeres llaman, un sexto sentido.

Ahora, después de tantos años de amar a Rosario y de vivir en el hastío, sopeso el valor de mi estúpida actitud. Mis añejas tácticas de Don Juan fallaron desde el primer día de nuestro encuentro. Me entero después que a las mujeres les gusta regocijarse con la insinuación, la verdad desnuda les asusta, huyen al compromiso inmediato y a la declaración espontanea. Claro, me refiero a la mayoría de esas mujeres que prefieren estar atentas al piropo disfrazado, mujeres que están pendientes a la encaminada seducción, que comienza por confundirse entre frases banales y palabras triviales dilucidando veladamente un pensamiento aventurero. A la espera de una llamada telefónica en busca de una cita que perturbe la jornada laboral. Les gusta gobernar aquella relación que nazca de sus faldas para asirse al pantalón, y lo que yo hice en abierta ignorancia fue tratar desde el principio, de enjaular a la presa para satisfacer un instinto de posesión, en busca de un sí extremadamente audaz, sin percatarme que en un *tris* había espantado a la hembra. En ocasiones la claridad llega a caer en la insolencia y así la veracidad de las palabras bien firmes se extravían en busca de una respuesta concreta, y solo encuentran evasión. Desafortunadamente esas cosas no se aprenden de la noche a la mañana y

al final de la crónica, los desenlaces terminan como el día de hoy, en forma irónica.

Yo debo entregar en un momento más a la mujer que tanto amo. Debo entregarla a otro hombre al que envidio, pero que tuvo la inteligencia y paciencia para conducir adecuadamente a una joven rebelde, beligerante e intranquila. La ha llevado a una vida sin conflictos y por un camino sin piedras, sin obstáculos, ayudándola a manejar sus contingencias. A ese hombre —que no quiero saber siquiera su nombre— que nunca ha sido casado, que es más joven que ella y que la ama sin auscultar su pasado ¡Bravo!

Vuelvo a fijar mis ojos en el vehículo nupcial y ella sigue mirándome con su tez morena alzada por la insulsa altivez que le caracteriza. Han ordenado desde el interior de la iglesia el momento de entregar a la novia. Mis manos están hechas un puño. Al punto de congelación. No se en donde poner mis pies. Me estorban para caminar, todo me molesta y parece ridícula mi presencia en este lugar, ignoro si es bueno llorar o reír, correr o quedarme, gritar o callarme. El sol se ha escondido entre los cielos contaminados de esta increíble ciudad y la tarde languidece auxiliada por la bruma y el smog de la capital más poblada del mundo. Los ruidos no se oyen, se pierden. Los árboles no se ven, se difuminan. Ya no hay movimiento, solo percibo un airecillo que sopla sobre mi frente húmeda y alborota mi cabello. Los invitados quedaron inmóviles con la sonrisa entre los labios, nada se mueve. Ya Rosario sale de su negro escondite con su blanca mascarada y se dirige a mí, con una decisión inexplicable. Mi mente teje mil preguntas en el espacio de la nada, el vacio se proclama vencedor en un momento en que la guerra debería ser imparable, rabiosa. Y yo como un guerrero herido por las mil batallas he bajado la espada para quedarme en un estatismo incomprensible esperando que la guadaña corte de tajo mi existencia.

—¡Edgar, que bueno que has venido! ¡Me da gusto verte! ¡Esperé tanto este momento! — dijo evidentemente emocionada.

—Yo no — contesté secamente —, hubiera preferido no venir. Ni ayer, ni hoy la suerte estuvo de mi lado. Porque en este presente te veo igual que en el pasado. Inmaculada, brillante y divina. Vine porque he accedido a tus ruegos a los que nunca supe negarme. Aunque entérate sigo pensado en lo que pudo ser y no será —. La miré directo a su cara con obcecado detenimiento. Busqué sus ojos que de mis labios estaban pendientes — y agregué —. *Déjame imaginar que no existe el pasado.* Que sólo existe el

hoy. Y que no existirá el mañana. Que tú y yo somos un espacio sin llenar en el ámbito meramente mundano.
—Sin duda es lo mejor para los dos — dijo apuradamente, buscando darme una respuesta determinante e inobjetable, pero procurando no hacerme enojar con su comentario —. No se puede unir al invierno y al verano en una sola estación. Sería romper con la génesis longeva de este mundo destinado a preservarse.
Metió su brazo izquierdo entre el mío ubicándolo en mi costado. Su mano suave y frágil llegó hasta mis dedos provocándome una erección automática. Cada estupidez que cometen los miembros del organismo, pensé. No se que movimiento hicimos pero quedamos tan cerca el uno del otro, que pude haberla besado justo en ese momento, delante de todos, pero la cordura y la maldita acidez me retuvo. Las notas nupciales hechas música movieron las cabezas de los innumerables invitados hacia la boca del recinto eclesiástico, umbral que ocupábamos sin perder la mirada del uno con el otro.
—¿Que caprichos tiene la vida Edgar y que ironía nuestro reencuentro, verdad? —, dijo Rosario ataviada por el velo que le rosaba sus mejillas — pensar que hubiéramos podido cambiar el mundo —. Pero su enunciado no tuvo eco en mi respuesta y contesté con otra cosa distinta.
—Tú serás como las noches que llegan del cielo alumbradas por las estrellas, siempre estarás de vuelta conmigo, con la misma luz golpeando mis sienes. Te seguiré recordando, aunque tus desvelos pertenezcan a otras lunas y eso me avisará que sigo vivo —. Un segundo después, sin pensarlo mucho y con toda la firmeza que mi aplomo detentaba, le dije mirándole a los ojos con extrema firmeza.
—No quiero saber de ti jamás, ni para bien ni para mal ¡Deseo con todo mi corazón que te vaya bien en adelante! Desapareceré de tu vida a partir del momento en que te entregue —. Lo dije con la garganta tartamuda y temblorosa casi a punto del desmayo —. Así como te amé, así te olvidaré. Si fui capaz de crearte, seré capaz de desaparecerte.

Oída mi sentencia apareció el pánico en su semblante y de inmediato se llevó el pañuelo a sus ojos, porque de ellos brotó el llanto estruendoso. Un llanto que figuró la frontera entre el siempre y el nunca. Entre el hoy y el ayer que ambos atestiguamos. Una historia que no tuvo fin, que no llegó a nada, que se perdió en la selva de los arrebatos cotidianos y que no figuró en el almanaque de nuestras vidas.

Hundió su cabeza en el cuello y bajó la mirada ostensiblemente. Yo levanté la frente para mirar el pasillo alargado y borroso por la bruma que

irrumpió en mis ojos. Los metros se hicieron kilómetros y los kilómetros se convirtieron en infame desierto. Estábamos en ese camino por recorrer cuando de soslayo alcancé a figurar un torrente de lágrimas que se perdían en la comisura de sus labios formando dos canales en sus mejillas coloreadas. Entonces la distancia se separó del tiempo, el reloj marcó el final y llegamos paso a paso al pie del altar donde la deposité tal y como estaba descrito por el protocolo eclesiástico. Al punto, su mano cálida dejó mi mano extendida en el aire, en el adiós final de dos caminos que antes quisieron ser un sendero ¡Que Dios te acompañe! le repetí en mis adentros. Nos miramos por última vez.

Me aparté de ella y ofrecí una doliente sonrisa al novio guardando mis manos vencidas en los bolsillos y torciendo el tórax, para alcanzar un lugar en una de las bancas bien nutridas, que eran ocupadas por los innumerables asistentes a la ceremonia. Allí permanecí sentado, sordo, inmóvil, preso, estúpidamente engarrotado, sin fuerzas para seguir el ritmo de la misa, que todos al unísono secundaban por las instrucciones del párroco. Al final del rito cristiano, los novios se besaron y abandonaron sus banquillos. Ella ofreció una sonrisa melancólica a su público interesado y se ocupó del quehacer que le daba su vestido blanco.

Concluyó la ceremonia nupcial con el viaje de regreso por el mismo pasillo angosto y alargado hasta las postrimerías del templo iluminado por el fulgor de una luna cómplice. Ahora esposos el y ella se acompañaban del brazo y del futuro que les rondaba. Rosario y yo ya no volvimos a encontrarnos con la mirada. El adiós ya se había establecido en forma mecánica. El adiós salió de nuestras almas mutuamente en un mensaje clarividente y mágico. De entre la multitud que se arremolinó en el pórtico de la iglesia escapé casi corriendo sin despedirme de nadie, cuando la claridad insolente de la luna caía entre las calles poco alumbradas del Distrito Federal. Y en ese momento se me vino la letra de una vieja canción que sin desparpajo entoné a solas, pero en voz alta.

Que un viejo amor
ni se olvida ni se deja.
Que un viejo amor
de nuestra alma si se aleja
pero nunca dice adiós…

Desde entonces no he podido conciliar el sueño, sin antes recordarte cada noche. No me he olvidado de tu olvido que hasta hoy me recuerda que

todavía transpiro. Vivo hablándole a tu memoria, en ese vacío fantasmal que me acompaña en todo mi calendario personificándote como si estuviese tu halo en mi almohada. Desde que me dejaste, las ventanas de mi casa no se abren para recibir el aire, desde entonces el exterior no invade mi intimidad, respiro con el yo repetido en mil verbos sin poder conjugarse pluralmente. Y es que la sal no se combina con el azúcar, ni el aceite con el agua, algebraicamente el más con el menos se repelen, la suma con la resta no se enlistan en la misma relación. Así fuimos tú y yo polos opuestos que jugaron el gato y al ratón cayendo al final, en una trampa laberíntica. Como las quince letras que encierran un amor imposible.

Desde entonces te idealizo cuando llego a casa cada noche, como lo que nunca fue y nunca será, como la canción que no se puede cantar, pero se aprende de memoria, como la fotografía que se mira pero no se reconoce. Desde entonces he escrito cien poemas con una protagonista y un sólo nombre que evoca tu génesis. Desde entonces más te pienso sin que te enteres, calladamente te llevo entre mis venas que arrastran mi sangre infectada bajo mi cuerpo dolido por los rencores. Desde entonces mi piel añora tus caricias y cercanías, tus perfumes inquietantes, tu lozanía que comprobaron mis brazos cuando se abrazaron con tu cuerpo. Desde entonces no dejo de pensarte y en ti vuelco la página que humedece mis ojos cada vez que pronuncia tu nombre. Eres la hermosura plástica y necia, la nube vaga de incienso, la luz quebradiza de mis ideales, eres la gloria ida, la flor de mis encantos en ruina, el sueño de mi sonrisa esfumada, la ruta de mis quebrantos, el capricho de mi existencia, la princesa sin rey y mi barca perdida entre el huracán oceánico. Desde entonces gozo del privilegio único de encontrarte en la vía de mi anhelo. Ahora se que sólo fuiste un sueño del clima regiomontano.
Te acusé de haberte enamorado de quien no te correspondía y es la misma pregunta que me hago ¿Eras la mujer para mi? Te acusé de no apreciar el trabajo y el amor que te dieron tus padres ¿Y donde están los míos, que hace mucho no se nada de ellos? Seguro estoy que tú encontraste un futuro ¿y yo? Encontré la amargura. Es por eso que los días, las semanas, los meses y los años a mi soledad, le han hecho magra compañía. Qué infame es el tiempo cuando los recuerdos nos invaden. Y que fieles son las heridas cuando el tiempo las renueva y te hacen regresar al camino andado.

Hoy estoy aquí. Otra vez en este hotel, increíblemente solo, en la habitación 325. En este encierro que enferma mi cabeza. Para culminar con una tarea que antes debió ser cumplida a cabalidad, en la vida de otra persona, pero que hoy no interrumpiré. Aquí estoy. Decidido a darle fin, aunque el protagonista invierta la historia en su contra…

ROMEL